

John Berger

Hacia la boda

ALFAGUARA





Título original: To the wedding

© 1995, John Berger

© De esta edición: 1995, Santillana, S. A.

Juan Bravo, 38. 28006 Madrid

Teléfono (91) 322 47 00

Telefax (91)322 47 71

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. Beazley 3860. 1437 Buenos Aires

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de C. V

Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,

México, D.F. C. P. 03100

ISBN: 84-204-2826-4

Depósito legal: M. 25.231-1995

Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Cubierta: Manu Berástegui, a partir de un dibujo de Yves Berger.

© Foto: EL PAÍS. Gorka Lejarcegui

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

*Delicioso puñado de nieve en los labios
de quienes se afanan en el calor del verano
Deliciosos los vientos primaverales para los
marineros que desean zarpar Y más
deliciosa aún la sábana sola que cubre a los
amantes.*

Me gusta citar versos antiguos cuando se presenta la ocasión. Recuerdo casi todo lo que oigo; y me paso el día escuchando. Pero a veces no sé qué hacer con ello. Cuando sucede así, recurro a palabras o frases que suenan ciertas.

En el barrio de Plaka, que hace un siglo más o menos era una ciénaga y hoy es donde se pone el mercado, me llaman Tsobankos. Este nombre significa pastor de ovejas. Montañés. Me lo pusieron por una canción.

Todas las mañanas, antes de ir al mercado, me limpio los zapatos y me cepillo el sombrero, que es uno de esos tejanos. En la ciudad hay mucha contaminación y mucho polvo, y el sol empeora aún más las cosas. También llevo corbata. Mi favorita es una muy llamativa azul y blanca. Un ciego no debe descuidar su aspecto. Si lo hace, habrá quienes saquen falsas conclusiones. Me visto como un joyero, y vendo *tamata*, exvotos, en el mercado.

Los *tamata* son objetos muy apropiados para un ciego, pues se distinguen al tacto. Unos son de hojalata, otros de plata y también los hay de oro. Tienen el grosor del lino y el tamaño de una tarjeta de crédito. El nombre *tama* viene del verbo *tázo*, hacer votos. A cambio de una promesa, la gente espera que la bendigan o que le concedan un favor. Los jóvenes compran un *tama* con una espada cuando se van al servicio militar, y esto es una forma de pedir: Que no me pase nada.

O tal vez a alguien le ocurre algo malo. Puede ser una enfermedad o un accidente. Aquellos que quieren a la persona que está en peligro hacen un voto ante Dios de que llevarán a cabo una buena acción si la persona que quieren se salva. Cuando uno está solo en el mundo, también lo puede hacer para sí mismo.

Antes de entrar en la iglesia a rezar, mis clientes me compran un *tama* y le cuelgan una cinta que después atan a una barandilla junto a los iconos. Esperan que de esta forma Dios tenga siempre presentes sus súplicas.

En el ligero metal de los exvotos hay repujado un emblema de la parte del cuerpo que está en peligro. Un brazo, una pierna, un estómago, un corazón, o, como en mi caso, un

par de ojos. Una vez tuve un *tama* con un perro, pero el párroco protestó diciendo que aquello era un sacrilegio. No entiende nada de nada este cura. Ha vivido siempre en Atenas, y por eso no sabe que en las montañas un perro puede ser más importante, más útil, que una mano. No se puede imaginar que la muerte de una mula puede ser peor que una pierna que no acaba de sanar. Le cité al evangelista: «Mirad las aves del cielo: no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre Celestial las alimenta». Cuando se lo dije, se tiró de la barba y me dio la espalda, como si huyera del demonio.

Los músicos de *bouzouki* saben mejor que los curas lo que necesitan los hombres y las mujeres.

No pienso decir a qué me dedicaba antes de quedarme ciego. Nunca lo sabréis, por más que lo intentéis.

La historia empezó la Pascua pasada. El Domingo de Pascua. Era cerca del mediodía y el aire olía a café. El olor a café llega más lejos cuando el sol está alto. Un hombre me preguntó si tenía algo para una hija suya. Se hacía entender en un inglés chapurreado.

¿Una niña pequeña?

Ya es una mujer.

¿De qué padece?, pregunté.

De todo, respondió él.

¿Un corazón, quizás, sería adecuado?, le sugerí finalmente, palpando en la bandeja y dándole uno.

¿Es de hojalata? Por su acento pensé que sería francés o italiano. Supongo que tenía mi edad, o tal vez era un poco mayor.

Tengo uno de oro, si quiere, dije yo en francés.

No tiene curación, contestó.

Lo más importante es la promesa que haga, a veces es lo único que se puede hacer.

Soy ferroviario, no sacerdote de vudú. Déme la más barata la de hojalata.

Cuando se sacó la cartera del bolsillo, sentí crujir sus ropas. Llevaba cazadora y pantalones de cuero.

Para Dios no hay diferencia entre la hojalata y el oro, ¿no es verdad?

¿Ha venido en moto?

Con mi hija, a pasar cuatro días. Ayer fuimos a ver el templo de Poseidón.

¿En Sunion?

¿Lo ha visto? ¿Ha estado allí? Ay, perdone.

Lo vi antes de esto, dije, señalando mis gafas negras.

¿Cuánto cuesta el corazón de hojalata?

Pagó sin regatear el precio, no como los griegos.

¿Cómo se llama?

Ninon.

¿Ninon?

NINON, repitió, pronunciando todas las letras.

Pensaré en ella, dije, colocando las monedas. Y cuando lo estaba diciendo, oí su voz. La hija debía de andar también por el mercado. Ahora estaba a su lado.

¡Mira qué sandalias! Están hechas a mano. Nadie diría que me las acabo de comprar. Podría llevarlas desde hace años. Me las podría haber comprado para mi boda, la que no llegó a hacerse.

¿No te hace daño la tira entre los dedos?, preguntó el ferroviario.

A Gino le gustarían, dijo ella. Tiene muy buen gusto para los zapatos.

Es muy bonita la forma que tienen de abrochar en el tobillo.

Te protegen si andas sobre cristales rotos, dijo ella.

Ven, acércate un momento. Sí, el cuero es bueno y muy suave.

Te acuerdas de cuando era pequeña y me secabas después de la ducha; yo me sentaba en tus rodillas, envuelta en la toalla, y tú me cogías los dedos y me decías «éste fue al mercado, éste compró un huevo, éste lo frió...».

Hablaba con un ritmo cortante, fresco. No mascullaba, ni arrastraba innecesariamente las sílabas.

Las voces, los sonidos, los olores son ahora un regalo para mis ojos. Escucho o inhalo y entonces veo como en un sueño. Escuchando la voz de Ninon, vi rodajas de sandía cuidadosamente colocadas en una bandeja, y supe que si volvía a oírla, la reconocería al instante.

Transcurrieron varias semanas. De vez en cuando había algo, oír a alguien hablando francés entre el gentío, vender otro exvoto con un corazón, el chirrido de una moto saliendo disparada del semáforo, que me recordaba al ferroviario y a su hija Ninon. Los dos pasaban de largo, nunca se quedaron. Entonces, una noche, a principios de junio, algo cambió.

Al caer la tarde, vuelvo a casa. Uno de los efectos de la ceguera es que se desarrolla un misterioso sentido del tiempo. Los relojes no me sirven para nada, aunque a veces los vendo, pero sé con toda exactitud la hora que es en cada momento del día. De vuelta a casa, paso regularmente ante diez personas con las que suelo cruzar unas palabras. Mi paso les recuerda la hora que es. Desde hace un año, una de esas personas es Kostas, pero él y yo somos otra historia, por contar todavía.

En los estantes de mi cuarto guardo los *tamata*, mis múltiples pares de zapatos, una bandeja con vasos y una botella, unos fragmentos de mármoles clásicos, unas piezas de coral, unas conchas, mi *baglama*, en el estante más alto —rara vez lo bajo—, un bote de pistachos, algunas fotos enmarcadas —sí— y mis plantas: un hibisco, una begonia, un rosal y un asfódelo. Las toco todas las tardes para ver cómo están y si han echado flores nuevas.

Después de beber algo y lavarme, me gusta coger el tren de El Pireo. Camino por el muelle, preguntando aquí y allá para informarme de qué barcos han atracado y cuáles zarpan esa noche, y luego paso el resto de la velada con mi amigo Yanni. En la actualidad es el encargado de un pequeño bar.

Lo que se ve está siempre presente. Por eso se cansa la vista. Pero las voces —como todo lo que tiene que ver con las palabras— vienen de lejos. Me quedo en la barra del bar de Yanni y escucho hablar a los viejos.

Yanni tiene la edad de mi padre. Fue un *rembetis* de cierta fama después de la guerra y llegó a acompañar al *bouzouki* al gran Markos Vamvakaris. Hoy ya sólo coge su *bouzouki* de seis cuerdas cuando se lo piden los amigos. Se lo piden casi todas las noches, y Yanni no ha olvidado nada. Toca sentado en una silla de enea con un cigarrillo entre el anular y el meñique de la mano izquierda, rozando los trastes. A veces, si él toca, yo me animo a bailar.

Cuando bailas *rembetiko*, entras en el círculo de la música, y el ritmo es como una jaula redonda donde te mueves ante el hombre o la mujer que en el pasado vivieron esa canción. Bailando rindes tributo a su pena, la pena que ahora arroja la música.

Aleja a la Muerte del patio

No quiero encontrarla.

Y el reloj en la pared

entona el lamento fúnebre.

Escuchar *rembetika* noche tras noche es como estar tatuado.

Ay, amigo mío, me dijo Yanni aquella noche de junio después de bebernos dos vasos de *raki*. ¿Por qué no vives con él?

El no es ciego, contesté yo.

Siempre dices lo mismo, dijo él.

Salí del bar y me acerqué a la esquina a por un *souvlaki*. Luego, como suelo hacer, le pedí a Vasilli, el nieto de Yanni, que me trajera una silla y me instalé en la acera, calle abajo, bastante alejado del bar, frente a unos árboles, donde los abrevaderos del silencio son más profundos. A mi espalda, un muro orientado a poniente arrojaba el calor acumulado durante el día.

A lo lejos oía a Yanni tocar una *rembetiko* que él sabía que era una de mis favoritas.

Tus ojos, hermanita,

me rompen el corazón.

Por alguna razón, no volví al bar. Me quedé allí sentado, recostada la espalda en la pared, el bastón entre las piernas, y esperé, como espera uno pacientemente antes de

ponerse en pie para bailar. La canción terminó, supongo que sin que nadie saliera a bailar.

No me moví. Oía las grúas cargando; cargan durante toda la noche. Luego habló una voz totalmente callada, y la reconocí; era la del ferroviario.

Federico, dice, *come stai?* Qué alegría oírte, Federico. Sí, salgo mañana por la mañana, dentro de unas horas, estaré con vosotros el martes. El champán lo pago yo, no lo olvides, Federico. Encarga tres cajones, o cuatro. Lo que tú veas. Ninon es mi única hija. Y se va a casar. *Sì. Certo.*

El ferroviario está hablando por teléfono en italiano, de pie en la cocina de su casa de tres habitaciones, en Modane, una pequeña villa de los Alpes franceses. Es guardavías, tiene el nivel 2, y el nombre escrito en su buzón dice Jean Ferrero. Sus padres eran inmigrantes italianos, procedían de Vercelli, la ciudad del arroz.

La cocina es pequeña, y parece todavía más pequeña porque en una esquina de la misma, detrás de la puerta que da a la calle, hay una moto de las más grandes. Por cómo están dispuestos los cacharros se puede adivinar que quien cocina es un hombre. En su cuarto, como en el mío en Atenas, no hay ningún toque femenino. Es el cuarto de un hombre sin una mujer, y hombre y cuarto están acostumbrados.

El ferroviario cuelga el teléfono, se acerca al mapa desplegado sobre la mesa y hace una lista con los números de las carreteras y los nombres de las ciudades: Pinerolo, Lombriasco, Torino, Ferrara, Casale Monferrato, Pavia, Casalmaggiore, Borgoforte, Ferrara. La pega con cinta adhesiva junto a los diales de la moto. Comprueba el líquido de frenos, el refrigerante, el aceite, la presión de las ruedas. Pulsa la cadena para ver si está bien tensa. Enciende el motor. Un piloto rojo ilumina los diales. Examina los faros delanteros. Sus gestos son metódicos, cuidadosos y —sobre todo— suaves, como si la moto fuera un ser vivo.

Hace veintiséis años, Jean vivía en esta misma casa de tres habitaciones con su mujer, que se llamaba Nicole. Un día Nicole lo abandonó. Dijo que estaba harta de que trabajara siempre de noche y de que se pasara todo el resto del tiempo organizando el sindicato y leyendo panfletos en la cama; ella quería vivir. Entonces dio un portazo y no volvió nunca más a Modane. No tenían hijos.

De vuelta a Atenas en el tren aquella misma noche, oí música de piano en otra ciudad.

Una escalera amplia, sin moqueta ni papel pintado, pero con un pulido pasamanos de madera. La música sale de uno de los pisos de la quinta planta. El ascensor no funciona casi nunca. No puede ser un disco, ni un CD; es una cassette normal. Todos los sonidos suenan un poco polvorientos. Es un nocturno para piano.

En el interior del piso, una mujer está sentada en una silla de respaldo recto frente a un balcón. Acaba de abrir las cortinas y contempla los tejados nocturnos de una ciudad. Lleva el pelo recogido atrás en un moño y tiene los ojos cansados. Ha pasado todo el día

trabajando minuciosamente en los planos de un aparcamiento subterráneo. Suspira y se acaricia los dedos de la mano izquierda, que siente doloridos. Se llama Zdena.

Hace veinticinco años, estudiaba en Praga. Intentó hacer entrar en razón a los soldados soviéticos que invadieron la ciudad subidos en los tanques del Ejército Rojo el 20 de agosto de 1968. Al año siguiente, la noche del aniversario de la invasión, se unió a la multitud congregada en la Plaza Wenceslaus. Murieron cinco personas y cinco mil acabaron en las comisarías. Unos meses después, varios de sus amigos más íntimos fueron detenidos; y el día de Navidad de 1969, Zdena logró atravesar la frontera y llegar a Viena, desde donde viajó a París.

Conoció a Jean Ferrero en una fiesta organizada para los refugiados checos en Grenoble. En cuanto Jean entró en la habitación, Zdena se fijó en él, pues se parecía a un actor que trabajaba en una película checa sobre los trabajadores del ferrocarril. Luego, cuando descubrió que era de verdad ferroviario, supo que estaba destinado a ser su amigo. Jean le preguntó cómo se decía en checo «soy de Bohemia». Y esto la hizo reír. Se hicieron amantes.

Siempre que libraba dos días seguidos, el ferroviario cogía la moto y se iba a Grenoble a verla. Hicieron excursiones en moto. La llevó al Mediterráneo, que ella todavía no había visto. Cuando Salvador Allende ganó las elecciones en Chile, hablaron de irse a vivir a Santiago.

Entonces, en noviembre, Zdena anunció que estaba embarazada. Jean la convenció para que guardara a la criatura. Yo cuidaré de los dos, dijo. Vente a vivir conmigo a Modane; la casa tiene tres habitaciones: una cocina, un dormitorio para nosotros y un dormitorio para el niño o la niña. Creo que será una niña, dijo, súbitamente feliz.

Al bajar al andén en la estación de Atenas, alguien se ofreció a guiarme. Fingí que era sordo, además de ciego.

Cuando Ninon, su hija, tenía seis años, Zdena oyó una noche en la radio que cientos de ciudadanos checos habían firmado un manifiesto en Praga pidiendo la restitución de los derechos civiles. ¿Iban a cambiar las cosas?, se preguntó. Ocho años llevaba fuera. Tenía que saber más.

Ve, le dijo Jean, sentado en la mesa de la cocina, nos arreglaremos bien solos Ninon y yo. Tómate algún tiempo. Tal vez, incluso te prolonguen el visado. Vuelve en Navidad y bajaremos todos juntos en el trineo hasta Maurienne. No te pongas triste, Zdena. Es tu deber, camarada, y te alegrarás de haber ido. Ya nos las apañaremos.

Sin dejar de escuchar el nocturno, Zdena corre las cortinas en la habitación del quinto piso y se acerca a un espejo colgado junto a una estufa de azulejo azul y blanco. Se mira.

¿Qué pasó realmente aquella noche de hace diecisiete años cuando le preguntó a Jean lo del visado? ¿Habían acordado entonces, como los poseídos, como los locos, que ninguno de los tres volvería a reconocer el mismo lugar como su casa?

¿Cómo se deciden las cosas?

Prendido en la esquina inferior del espejo hay un billete de autobús: Bratislava-Venecia. Lo toca con la mano izquierda, la que le duele.

El sillín de la moto está cubierto con una manta. Sobre la manta duermen tres gatos.

Jean Ferrero baja las escaleras hasta la cocina vestido con cazadora, pantalones y botas de cuero negro. Abriendo la trampilla de la puerta trasera, da unas palmadas, y uno tras otro los gatos saltan de la moto y salen al jardín. Hizo esta trampilla hace quince años, cuando Ninon tuvo un cachorro al que llamó Majestic.

Entonces oí la voz que me había recordado las rodajas de sandía. La misma voz, pero ahora en una niña de ocho o nueve años. Dice: Llevo a Majestic dentro del abrigo cuando paso por delante de nuestra estación. Por nuestra estación pasan sesenta y un trenes al día. Todas las mercancías que se envían a Italia pasan por nuestro túnel. Lo tengo debajo del abrigo, y pone el hocico sobre el primer botón y mueve la orejitas contra las solapas. Es el primer animal que tengo, sin contar los caracoles, los gusanos, las orugas, los renacuajos, las mariquitas y los cangrejos. Lo llamo Majestic porque es muy chiquitito.

Jean abre la puerta de la calle. Se sube a la moto y la empuja con los pies. En cuanto la rueda trasera cruza el umbral, la moto rueda sola hasta la calzada. Mira el cielo. No hay estrellas. Oscuridad, una oscuridad visible.

Paso por delante de la estación con Majestic dentro del abrigo, y todo el mundo se para y lo señala y sonrío. Los que nos conocen y los que no. Es una criatura nueva. *Monsieur le Curé me* pregunta cómo se va a llamar, como si fuéramos a bautizarlo! ¡Majestic!, le digo.

El ferroviario va a cerrar la casa. Gira la llave como si el acto de girarla le garantizara que va a estar de vuelta la semana que viene. Su forma de mover las manos inspira confianza. Es uno de esos hombres para quienes los gestos manuales merecen más confianza que las palabras. Se pone los guantes, arranca el motor, echa un vistazo al indicador de gasolina, mete la primera, suelta el embrague y se deja ir.

El semáforo de la estación está cerrado. Jean Ferrero espera a que se abra. No hay ningún tráfico. Podría habérselo saltado sin peligro alguno. Pero es guardavías, siempre ha sido guardavías, y espera.

A Majestic lo atropelló un camión cuando tenía siete años. Siempre fue un misterio, desde el día que fui a recogerlo, y él apoyó el hocico en el primer botón cuando me lo metí debajo del abrigo, y me lo llevé a casa diciendo: Majestic, éste es mi Majestic.

El semáforo cambia; y en cuanto hombre y moto ganan velocidad, Jean deja caer el pie derecho, al tiempo que con un suave movimiento del izquierdo mete la segunda, y cuando llega a la altura de las cabinas de teléfonos, otro golpecito más y cambia a tercera.

Lo vi ayer en una tienda al lado del Hotel du Commerce; ese vestido tiene mi nombre escrito, ¡ININON! El cuerpo es de seda china negra estampada con flores blancas. Tiene el largo exacto, tres dedos por encima de las rodillas. El cuello es de pico con solapas, pero no están cosidas, sino cortadas en la misma tela. Y va abrochado con botones de arriba abajo. Transparenta un poco, pero no es exagerado. La seda siempre es fresca. Cuando camine, mis muslos lamerán la falda, como un sorbete. Buscaré un cinturón que le vaya, un cinturón plateado ancho.

Los faros zigzaguean montaña arriba. De vez en cuando desaparecen tras las rocas y los escarpados taludes, pero la moto sigue subiendo y haciéndose cada vez más pequeña. Ahora la luz parpadea, como la llama de una lamparilla, contra una enorme pared rocosa.

Para él es diferente. Avanza por la oscuridad como un topo abriendo una madriguera; el haz de luz perfora un túnel serpenteante, conforme la carretera asciende bordeando los riscos. Cuando se vuelve a mirar atrás —como acaba de hacer—, no ve nada, salvo el piloto de la moto y una oscuridad inmensa. Aprieta el depósito de gasolina entre las rodillas. Las curvas reciben al hombre y a la máquina y luego los expulsan. Los toman despacio y aceleran al salir. Se inclinan cuanto pueden en el momento de entrar, y esperan a que el propio peralte de la curva los impulse fuera.

Mientras tanto, aquello por lo que ascienden se va haciendo más desolado. La desolación es invisible en la oscuridad, pero el guardavía la siente en el aire y en los sonidos. Vuelve a abrir el visor del casco. El aire es fino, helado, húmedo. Las rocas devuelven roto el ruido del motor.

Durante el primer año de ceguera, el peor momento era al despertar por la mañana. La falta de luz en la frontera entre el sueño y la vigilia me daba ganas de gritar. Poco a poco me fui acostumbrando. Ahora, cuando me despierto, lo primero que hago es tocar algo. Mi cuerpo, la sábana, las hojas talladas en el cabecero de la cama.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, toqué la silla donde estaba mi ropa, y volví a oír la voz de Ninon, tan nítida como si hubiera apoyado una escalera contra mi ventana y estuviera sentada en el alféizar. Ya no era una niña, todavía no era una mujer.

Hoy ha sido la primera vez que he volado. Me encantó ir por encima de las nubes. Donde no hay suelo dónde poner los pies, sentía a Dios por todas partes. Papá me llevó al aeropuerto de Lyon en la moto. Primer salto, sobre los Alpes hasta Viena. Segundo salto, hasta Bratislava. Y aquí estoy en la ciudad cuyo nombre sólo era para mí un matasellos o una parte de su dirección. El Danubio es precioso, y las casas de la orilla también. Mamá estaba en el aeropuerto. Está más guapa de lo que pensaba. Y me había olvidado de lo bonita que es su voz. Estoy segura de que los hombres se enamoran de su voz. Llevaba la alianza. Su piso, que es un quinto, tiene los techos muy altos, unas ventanas muy grandes y unos muebles con las patas muy finas. Es un piso hecho para tener largas conversaciones. Todos los cajones están llenos de papeles. ¡He figgado! Para ir a mi cuarto, tengo que salir al rellano de la escalera y abrir otra puerta con llave. Creo que esta habitación pertenecía a otro piso. Mamá me ha hablado de «un vergonzoso asunto de confidentes», pero no sé qué quería decir. Me gusta mi cuarto. Hay un árbol muy grande justo al otro lado de la ventana. ¿Qué árbol es? Deberías saberlo, me dice con su bonita voz, es una acacia. Pero lo mejor es que hay una cadena de música, y puedo oír mis cassettes.

Hace tres días que no escribo una palabra. Me lo debo de estar pasando bien.

Fui a buscar setas al bosque. Encontré *éperviers*. Mamá no los conocía —creía que eran pájaros sin más—, así que le dije que los haría yo. Si no sabes prepararlos, saben muy amargos. Los comimos en tortilla.

No para de hacerme preguntas. ¿Qué voy a hacer cuando pase el Bac? ¿Tengo muchos amigos? ¿Qué quiero estudiar? ¿Qué quieren estudiar ellos? ¿Qué lenguas extranjeras he estudiado? ¿Me gustaría aprender ruso? Terminó diciéndole que me gustaría ser trapealista. Sin pensarlo me contesta: Hay una buena escuela de circo en Praga; me informaré. Le doy un beso porque no se ha dado cuenta de que estaba de broma.

Como es domingo, comimos en un restaurante sobre el Danubio. Antes fuimos a bañarnos. Ayer me compró un traje de baño. Negro. Bastante sexy. Me contó que una noche, hace unos años, atravesó el Danubio a nado —está prohibido—, para demostrar que todavía era joven. ¿Sola? No, contestó, pero no dijo más. Su bañador es negro y amarillo, como una abeja.

El Papa está de visita en Polonia, y durante la comida mamá habla todo el rato de lo que está pasando allí. Lech Walesa está en la clandestinidad y han declarado ilegal su sindicato. *Solidarnosé*, como lo llama papá. Dice mamá que el viejo general, ese que su

nombre empieza por J, tiene cada vez menos posibilidades, tendrá que negociar con Walesa, lo quiera o no. La vieja guardia está acabada, me susurra. Nos tomamos otro helado. Los Brezhnevs y los Husáks no pueden durar mucho más, tendrán que irse, los van a barrer. ¿Sabes cómo llaman a nuestro presidente? —se inclina pegando la boca a mi oído—. El presidente desmemoriado, lo llaman.

¡Mamá tiene otra hija! Me he enterado. Tengo una hermana. Mamá nos quiere a las dos. Mi hermana se llama Justicia Social. Justi, para los amigos. Mamá está escribiendo un libro. Se titula «Diccionario de uso de términos políticos desde 1947 a la actualidad». Las primeras entradas son Abstención, Activista, Agente provocador... Cuando las pronuncia ella, suenan a palabras de amor. Creo que tiene un amante. Un hombre llamado Antón la telefonea todos los días, y ella le habla —no entiendo nada salvo cuando dice mi nombre—, le habla con una voz pequeñita, cálida y rasposa, como la lengua de los gatos. Le pregunto y me dice que Antón nos va a llevar de excursión al campo. Veremos. Su libro trata de mi hermana. Es más fea que yo. Pero vale más. Han llegado a la I. Idealismo, Ideología. Pronto estarán en la K. Cuando estábamos tomando café en el restaurante, entró una orquesta. Afinaron los instrumentos y se pusieron a tocar. ¡Tchaikovsky! murmura mamá entre dientes. ¡Cómo si los checos no tuviéramos nuestros propios músicos! Le pregunto si conoce a los Doors. Me dice que sí. ¿Ya Jim Morrison? No, cuéntame quién es ése, cuéntamelo. Le recito en mi mal inglés:

*Strange days have found us,
Strange days have tracked us down.
They're going to destroy
Our casual joys.
We shall go on playing
Or find a new town...*

Vuélvemela a decir, despacio, me pide mamá. Se la vuelvo a decir. Y ella está ahí sentada, mirándome fijamente. Después de un silencio, me dice algo que quiero pasar en seguida al diario. Ninguno de vosotros tendréis nunca, dice, el futuro por el que lo sacrificamos todo. Me sentí muy cerca de ella en ese momento. Luego, en el tranvía, lloramos un poquito, la una en el hombro de la otra, y ella me tocó la oreja, acariciándola, como intentan hacer los chicos de la escuela.

El rugido de una catarata. Jean, el guardavías, ha dejado la moto con los faros encendidos a un lado de la carretera y avanza trabajosamente por un roquedal. La catarata queda atrás. Las rocas, unas de su mismo tamaño y otras mucho más grandes que él, se han despeñado desde las cumbres. Tal vez ayer, tal vez hace cien años. Todo es piedra y todo habla de un tiempo que no es el nuestro; un tiempo que roza la eternidad, pero no puede volver a entrar en ella. Por eso, quizá, Jean Ferrero dejó encendidos los faros. Los barrancos y las montañas que circundan el roquedal están iluminados por una luz pálida; las estrellas se van apagando. Por el Este, hacia donde camina, el cielo tiene el color de una venda sobre una herida sangrante. Está totalmente solo en la inmensidad que lo rodea, pero posiblemente esto sea más evidente para mí que para él.

Una montaña es tan indescriptible como una persona, por eso se les ponen nombres: Orvarda. Civriari. Orsiera. Ciamarella. Viso. Las montañas están día tras día en el mismo sitio. A menudo desaparecen. A veces parece que están cerca, a veces, lejos. Pero siempre están en el mismo sitio. Sus esposas, sus maridos, son el agua y el viento. Puede que en otro planeta, las esposas y los maridos de las montañas sean el helio y el calor.

Se detiene y se agacha junto a una peña cuyo costado meridional está cubierto de líquen. Los vientos del sur, los del Sahara, son los que traen la lluvia. Reúnen nubes de vapor al cruzar el Mediterráneo, y éstas se condensan en forma de lluvia cuando tocan las frías montañas.

En cuclillas, observa un charco bajo la peña. Tiene el tamaño de una palangana. Está alimentado por un regatillo que mana de debajo de la roca y que, en el lado en el que él se encuentra, se desborda en una hondonada, el lecho de un torrente de dos dedos de ancho. En las profundidades del charco, la minúscula corriente es tan continua como el rugido de la catarata, y él lo contempla. Sus trémulas ondas son como las de una cabellera, y sus rizos son lo único suave e intacto que se pueda imaginar entre las montañas quebradas al amanecer. Cambia de postura y se pone de rodillas con la cabeza caída. De pronto, mete una mano en el charco y se salpica la cara con el agua helada. La conmoción del frío detiene sus lágrimas.

Cuando cojo el tren con papá, siempre habla de ellos, de los trenes. Cuando voy sola, veo soldados. Sé por qué. Desde que el profe de historia nos habló de aquel accidente que sucedió en 1917, siempre los veo. Cuando el tren va vacío, como esta mañana, los soldados también están allí. El revisor entró y me dijo: Así que este trimestre la señorita Ninon se examina del Bac. Luego se va y lo único que veo en ese jodido tren son soldados.

No oficiales, soldados rasos sólo. Jóvenes, como los chicos con los que hablo en el Café Tout Va Bien. El tren está lleno de ellos, y de sus rifles y sus mochilas. Un largo tren lleno de soldados puede cambiar la historia, dice papá.

Mis soldados están contentos. Es casi Navidad, estamos a doce de diciembre, vuelven del frente y van a casa. Han pasado por nuestro túnel. Tuvieron que esperar mucho tiempo en Modane. *¿A qué esperamos?* empiezan a cantar. El maquinista no quiere bajar hasta

Maurienne con una sola locomotora y con hielo en las vías. Pero el oficial al mando le ordenó que lo hiciera.

Los vagones descienden hacia el llano repletos de soldados que van de permiso a casa, y yo estoy con ellos. Daría cualquier cosa por no estarlo. Me sé de memoria la tragedia, pero no puedo hacer este trayecto sin verlos. Siempre que cojo este tren viajo con los soldados.

Por la ventanilla veo la otra vía, el río y la carretera. Nuestro valle es tan estrecho que los tres corren casi juntos. Lo único que pueden hacer es cambiar de posición. La carretera puede atravesar el puente sobre el ferrocarril. El río puede pasar bajo la carretera. El tren puede transitar sobre los otros dos. Siempre es igual, el tren, el río y la carretera, y en el tren, sólo para mí, los soldados.

Se pasan las botellas de vino frente a mí. El tren no lleva luces, pero alguien tiene un farol. Uno de ellos cierra los ojos y canta. Hay uno que toca el acordeón junto a la ventanilla. La locomotora empieza a silbar, el silbido es tan agudo y estridente como el de las sierras mecánicas en el bosque. Ninguno deja de cantar. Ninguno de ellos duda ni por un instante que llegará a casa, donde se acostará con su mujer y verá a sus hijos. Ninguno está asustado.

Entonces el tren se embala, de las ruedas salen chispas que se pierden en la noche, y el vagón da peligrosos bandazos. Dejan de cantar. Se miran. Entonces agachan la cabeza. Un pelirrojo dice entre dientes: ¡Tenemos que saltar! Sus compañeros tiran de él alejándolo de la puerta. Si no queréis morir, ¡saltad!

El pelirrojo se suelta, consigue abrir la puerta y se lanza a una muerte segura.

Las ruedas de los trenes están muy juntas, más juntas de lo que uno se imagina, remetidas bajo los vagones, de modo que el peso de los hombres zarandeados de un lado al otro hace que el vagón oscile aún con mayor violencia. ¡Quietos todos juntos en el centro!, grita un cabo. ¡No os mováis del centro! Los soldados lo intentan. Intentan alejarse de las ventanillas y de las puertas y se enlazan de pie en el centro del tren, cuando éste se precipita hacia la curva de la fábrica de papel.

La curva de la fábrica de papel es muy cerrada para un tren y tiene un talud de ladrillo muy alto. A veces la he observado desde la carretera. Hoy no queda nada del accidente, pero los ladrillos me hacen pensar en la sangre.

Los primeros vagones descarrilados se estrellan contra el muro. Los siguientes se encastran en aquéllos, Y los últimos se montan encima, triturando con sus ruedas techos y cerebros. Un farol se vuelca y prende fuego a los macutos y a los asientos de madera de los vagones. Aquella noche mueren en el accidente ochocientos hombres. Cincuenta se salvan. Yo no me muero, claro.

Asistí al funeral que se les hizo en Maurienne sesenta años después. Fui con la viuda Bosson, la que me hacía los vestidos cuando era pequeña. Algunos de los supervivientes del accidente vinieron desde París. Se pusieron todos juntos, como les había dicho el cabo que hicieran en el tren. La viuda y yo buscábamos a un hombre sin una pierna. ¡Y estaba! La viuda me apretó la mano, me dejó sola y se fue derecha hacia él. Le iba a preguntar si

se había llegado a casar. Y de ser así, si estaba ya viudo. Yo pensaba que no debía hacerlo. Se lo dije. Pero yo era sólo una niña y, según ella, todavía no sabía nada de la vida.

La viuda Bosson tenía quince años la noche del accidente. Todo el pueblo de St-Jean-de-Maurienne se despertó con el ruido, y cientos de personas corrieron al lugar guiadas por las llamas. Poco podían hacer. Había algunos soldados, con vida todavía, aprisionados entre los hierros retorcidos, atrapados en el fuego. Uno de ellos les suplicó a los presentes que cogieran su fusil y le pegaran un tiro. Otro se fijó en la quinceañera que luego se convertiría en Madame Bosson. Ángel mío, le rogó, vete corriendo a buscar un hacha. Ella corrió a su casa, cogió el hacha y volvió a toda velocidad. Ahora córtame la pierna, le ordenó. El calor de las llamas era infernal. Alguien lo hizo. Sesenta años después, la viuda Bosson tenía una vaga esperanza de casarse con el hombre sin una pierna al que había salvado la vida aquella noche.

Desde la estación de St-Jean-de-Maurienne al Liceo hay unos minutos andando. No me apesuro; y mientras camino, me digo: Quiero largarme de este valle asesino. ¡Quiero ver mundo!

La ceguera es como el cine, pues sus ojos no están a ambos lados de una nariz, sino donde la historia lo requiera.

En la esquina donde para el número 11, la conductora del primer tranvía de la mañana sonríe con el olor a pan recién sacado del horno que entra por el parabrisas, que ella misma sujeta con el pie para que no se cierre. Cinco pisos más arriba, Zdena huele el mismo pan. La ventana de su habitación está abierta. Larga y estrecha, tan estrecha que una cama individual colocada en sentido longitudinal apenas deja sitio para pasar, la habitación parece un pasillo que conduce a la ventana sobre la acacia y las vías del tranvía.

Desde la visita de su hija, Zdena se refiere a este «pasillo» como el cuarto de Ninon. Entra en él de vez en cuando en busca de un libro. Al buscar uno, encuentra otro y lo coge. Un libro de un poeta que fue amante suyo. O las cartas de Marina Tsvetayeva. Entonces se sienta en una silla para terminar lo que empezó a leer. Y cuando sucede esto, cuando se queda en el cuartito más de una hora o así, le parece ver todavía la bata de Ninon colgada detrás de la puerta.

Zdena empezó a dormir en la cama estrecha de este cuarto hace unos días, en la esperanza de sentirse más próxima a su hija.

No sé por qué conocía esa canción que dice mi nombre: *Quel Joli Nom de Ninon*. Pero se la sabía. Dijo que era cocinero. Pensé que sería cocinero militar. Pensé que debía de estar recién licenciado de la mili. Todavía llevaba el pelo muy corto y le salían unas orejas de soplillo. Le pregunté si era del norte, y sus ojos azules sonrieron y no contestó. De verdad parecía del norte. Tenía la piel muy blanca, y su cuerpo estaba lleno de oquedades, tal que bajo las mejillas o entre los dos músculos del antebrazo o en las corvas. Como si la mano cayera de pronto en un pozo profundo entre dos rocas muy juntas. Era todo huesos.

Primero lo vi andando por el medio de la calle junto a uno de los muelles de Tolón. Lo hacía para hacerse notar. Como un actor o un borracho. Tenía una sonrisa socarrona. Llevaba un gorrito encasquetado en la parte posterior de la cabeza rapada. Iba emparedado entre dos tablas unidas por unas correas a la altura de los hombros; y le llegaban hasta las rodillas. En las tablas estaba escrito, por delante y por detrás, el menú de un restaurante. Un restaurante barato, pues la mayoría de los platos costaban menos de 50 francos. Arriba de todo, bajo su barbilla, se leía la palabra *Moules*, y debajo había una lista con las diferentes maneras de hacer los mejillones. *Americai-ne, Marseillaise, Bonne Femme, A l'Indienne, Reine Mathilde, Lucifer...* La lista era muy graciosa. *Tahitienne, Rochelaise, Douceur des Isles, Pêcheur, Hongroise...* ¡Así que los húngaros tenían su propia receta para hacer los mejillones! Los checos, como mi pobre mamá, también debían de tener la suya. Nuestro plato nacional, dijo en broma un día, son los cuchillos y los tenedores. Me encantaba cuando se reía. Era como descubrir que un árbol estaba todavía vivo, aunque no tuviera hojas porque era invierno. Nunca entendí la broma de los cuchillos

y los tenedores. *Poulette, Italienne, Greque...* Me encantaba cuando se reía. Ahora era yo la que me reía.

Me vio. Me vio riéndome del menú que llevaba colgado, y me saludó con una reverencia. No se pudo inclinar mucho porque la tabla delantera le daba en las espinillas.

Yo estaba sentada en uno de esos postes en los que amarran los yates y las lanchas en el puerto. Fue el hombre-mejillón quien habló primero.

Cerramos a las cuatro. ¿Estarás todavía aquí entonces?

No, dije.

¿Estás de vacaciones?

No, trabajando.

Se quitó el gorrito y se lo volvió a poner un poco más atrás.

¿En qué trabajas?

En una oficina de alquiler de coches. Hertz.

No le dije que era mi primer trabajo. Asintió con la cabeza y se colocó bien las correas.

Se aprovechan de uno. Haré esto hasta que encuentre algo de cocinero.

Hablaba en serio.

¿Te gustaría darte una vuelta en ese yate de ahí? Señaló uno que se llamaba *Laisse Diré*.

¿Cómo se hacen los mejillones a la húngara?

¿Te gustaría darte una vuelta en ese yate?

Era tan tonto como el menú que colgaba a su espalda.

Voy a llegar tarde, dije, y me fui.

Zdena, acostada en la cama estrecha del cuartito alargado de Bratislava, expulsa lentamente el aire de sus pulmones, como después de suspirar o de sollozar.

Salí de la oficina de Hertz a las 10 de la noche, y el hombre-mejillón estaba plantado al lado del quiosco de prensa de la estación.

¿Cuánto tiempo llevas aquí?, le pregunté sin poderme reprimir.

Ya te dije que cerrábamos a las cuatro.

Y se quedó allí parado. Tampoco dijo nada más. Sonreía, como alelado. Yo no me moví. Se había quitado el gorro y ya no iba de hombre-anuncio. Llevaba una camiseta con unas palmeras estampadas por delante y un cinturón de cuero con tachuelas. Lentamente, alzó una bolsa de plástico y sacó un envase de esos que conservan el calor.

Te he traído unos mejillones, dijo, a la húngara.

Me los comeré más tarde.

¿Cómo te llamas?

Le dije mi nombre, y entonces fue cuando tarareó mi canción. *Que Ijoli Nom de Ninon.*

Bajamos andando por el gran bulevar hacia el mar. Llevaba la bolsa de plástico. La gente llenaba las aceras, y los escaparates estaban todavía iluminados. Se quedó en silencio durante unos minutos.

¿Pasas todo el día de hombre anuncio?, le pregunté.

Aquí no apagan los escaparates hasta las tres y media de la madrugada.

Seguimos caminando. Me paré a ver un abrigo en un escaparate.

Está blindado, dijo él.

Sueño con abrigos, vestidos, zapatos, bolsos, medias y fulares. Lo que más me gusta son los zapatos. Pero nunca me detengo delante de una joyería. Odio a los joyeros. Se paró delante de uno. No lo esperé.

¡Eh!, dijo, podría haber algo que te gustara.

¿Tú crees?

Sólo tienes que decírmelo.

Odio a los joyeros, dije.

Yo también, dijo él.

Su cara, enmarcada por las orejas de soplillo, se abrió en una sonrisa, no del todo segura, y seguimos caminando hacia la playa. Me comí los mejillones junto a un montón de hamacas apiladas. Lo fundamental de los mejillones a la húngara era el pimentón.

Mientras yo comía, él se desató los cordones de las zapatillas deportivas. Lo hacía todo muy concentrado, como si no pudiera pensar en más de una cosa al mismo tiempo. El pie izquierdo. Luego el pie derecho.

Me voy a bañar, dijo, ¿no quieres bañarte tú?

Acabo de salir de trabajar. No he traído nada.

Nadie nos verá, dijo él, y se quitó la camiseta de las palmeras. Tenía la piel tan pálida que se le notaba la sombra de todas las costillas.

Me puse de pie, me quité los zapatos y, dejándolo atrás, caminé descalza hasta la orilla, donde unas olitas rompían contra la arena y los guijarros. Estaba lo bastante oscuro para distinguir las estrellas, pero había suficiente claridad para ver que ahora estaba sin ropa. Bajó hasta el agua dando volteretas. Me sorprendió y luego me eché a reír, porque había intuido algo: daba volteretas por timidez. Era una forma de llegar hasta el agua sin enseñar la cola. No sé cómo lo supe y no le pregunté. Pero se me ocurrió.

Mientras yo estaba todavía riéndome, él se metió en el mar oscuro. Me tendría que haber ido entonces. Nadó mar adentro. Y desapareció de mi vista.

¿Ha podido alguien dejar a un hombre en el mar totalmente a oscuras? No es tan sencillo.

Volví adonde nos habíamos sentado. Sus ropas estaban en un montón en la arena, dobladas. Pero no como tienen que doblarlas los reclutas en la mili. Estaban puestas como las cosas que se dejan preparadas para poder encontrarlas en la oscuridad si fuera necesario. Estaban colocadas para poder agarrarlas al vuelo en caso de apuro. Una camiseta de algodón. Unos vaqueros. Un par de zapatillas deportivas, con un agujero en la suela de la izquierda; tenía un pie grande, un 44. Un slip. Un cinturón con una mano grabada en la hebilla. Me senté y miré el mar.

Debieron de pasar veinte minutos. El sonido de las olas se parece al de los aplausos en la radio. Pero es más uniforme y no se oye gritar: ¡Johnny! Apareció detrás de mí, salpicándome. Allí estaba otra vez, chorreando y con dos hamacas bajo uno de sus huesudos brazos y una sombrilla bajo el otro. Me reí.

Así que me enrollé con el cocinero. Su mutismo era sólido; no cambiaría nunca.

Después de follar, le pregunté: ¿Oyes las olas?

El no contestó. Sólo dijo: Shooo shooo shoo.

Zdena se sienta en la cama, baja los pies al suelo y se dirige descalza hasta la ventana. Su camisón tiene un cuello de encaje que le cubre las minúsculas clavículas. Mira las vías del tranvía. Sigue oliendo a pan fresco. En la calle, algunos hombres se dirigen al trabajo.

Estaba dando una vuelta por el puerto, por donde amarran los barcos de recreo, y se me vino a la cabeza el cocinero. No quería nada de él, sólo me preguntaba qué haría si me veía aparecer. Entonces vi un hombre-anuncio a lo lejos, me acerqué abriéndome camino entre la gente, pero no era él. Era un hombre mayor, como de unos cincuenta años, con el pelo cano. Le pregunté si conocía al cocinero, pero movió negativamente la cabeza y se señaló a la boca como para indicarme que no podía hablar. Esto me hizo decidirme a buscar el restaurante.

El propietario era un hombre vestido con un traje azulón y con cara de niño gordo, una cara inexpresiva, gélida. Le pregunté por el cocinero.

¿Quién eres?, inquirió, sin levantar la vista de la calculadora.

Soy una amiga suya, tengo que darle algo.

¿Puedes mandárselo por correo?

¿Se ha ido?

Levantó la vista por primera vez. Se lo han llevado. ¿Quieres su dirección?

Asentí.

Centro de reclusión, Nantes... ¿Quieres un café?

Hablaba a gritos. Tenía que gritar para romper de algún modo el hielo de su cara. Puso los cafés en una de las mesas vacías y se sentó frente a mí.

Llevaban tres años buscándolo, dijo. Fueron siete los que intentaron fugarse de la cárcel. El fue el único que lo consiguió. A los otros los agarraron. Pero se descuidó, tu cocinero, se dejó ir.

Vi, no en su cara, sino en su forma de hablar, que había algo en todo ello que le parecía divertido.

Lo cogieron por mera casualidad. Un oficial de prisiones de Nantes vino aquí de vacaciones. Entró en el restaurante con su mujer a comerse unos mejillones. Al salir, reconoció a su viejo amigo. Ayer una docena de policías lo esperaban y lo rodearon cuando salió del muelle.

¿Qué es lo que le parece tan gracioso?

La semana que viene le iba a dar un trabajo en la cocina. Si hubiera estado en la cocina, *el flic* no lo hubiera visto, ¿verdad?

¿Y eso le hace gracia?

¡Es estupendo! Tu cocinero estaba esperando el momento oportuno. Un sábado por la noche habría robado la caja. De eso no hay duda. Pero se lo llevaron esposado, en cambio. ¿Nunca sonríes cuando te pasa algo estupendo?

Cerdo asqueroso, le dije.

Un tordo se ha puesto a cantar en la acacia. El canto de los pájaros es lo que mejor me recuerda cómo eran las cosas. ¿Verdad que los tordos dan impresión de que acaban de restregarse en el polvo? Y los mirlos, con esas brillantes plumas negras, parece que acaban de salir de un estanque; pero cuando abren el pico, es todo lo contrario. El canto del mirlo es seco. Y el tordo canta como un superviviente, como un nadador que, habiendo conseguido cruzar las aguas y ponerse a salvo en la otra orilla de la noche, ha volado hasta el árbol para sacudirse el agua de la rabadilla y anunciar: ¡Aquí estoy!

Jean Ferrero lleva todavía los faros encendidos porque sale de entre la niebla, una nube blanca que lava las crestas. La carretera serpentea bajando la montaña. Llega a los primeros pinos. El suelo rocoso se convierte en hierba.

Un buen trecho más abajo un hombre camina con las manos en los bolsillos.

Por su manera de andar me imagino que es un pastor. Los pastores tienen su propia forma de moverse de un sitio a otro. Ni llaves, ni monedas, ni pañuelo en los bolsillos, tal vez una navaja, pero lo más probable es que ésta la lleve en la pelliza. Camina tranquilo, como para demostrar su independencia a las cumbres, que acaban de emerger de la noche para unirse a un nuevo día, del que él desconoce la fecha de la semana o del mes. Camina así porque está orgulloso de que haya pasado la noche. Y él tuvo algo que ver en que haya pasado sin percances.

Al acercarse al pastor, el guardavías reduce la velocidad. En el último momento se para, alza el visor del casco y pone los pies en el suelo. ¿Por qué se ha detenido? Se diría que ni siquiera él lo sabe. Tal vez por la hora del día y la ausencia de toda habitación. A lo lejos se oye ladrar a uno de los perros del pastor.

El pastor sigue su camino y cuando ha dejado unos pasos atrás al desconocido motorista, le dice por encima del hombro, sin volverse: ¿Lejos? ¿Va lejos?

¡Pues sí, lejos!, responde el motorista.

Probablemente el pastor lleva más de quince días sin hablar con nadie. Ninguno de los dos sabe qué decir; ambos conjeturan y hablan en alto simultáneamente. Tantean buscando una forma de hablar entre el italiano, el francés y un dialecto de la montaña que, en principio, deberían compartir. Comprueban cada palabra, repitiéndola a veces, como el perro del pastor repite los ladridos.

Traduzco sus sonidos, sus ladridos, sus palabras espúreas.

¿Es domingo hoy?, pregunta el pastor, volviendo la cara hacia el motorista.

Lunes.

Temprano salió.

Sí.

Las noches son todavía frías.

¿Sin fuego?, pregunta Jean Ferrero.

No hay leña.

¿No?

Hay cosas que robaría, dice el pastor.

¿Leña?

No, su moto.

¿Adonde iría?

Bajaría a Pinerolo.

¿A qué distancia queda Pinerolo?

Pinerolo está a doce kilómetros.

¿Y qué hay allí?

Mujeres.

¿A las seis de la mañana?

Y un dentista.

Súbase. ¿Ha ido en moto antes?, pregunta Jean.

Nunca.

¿Ha ido al dentista alguna vez ?

Nunca.

Pues vamos.

No voy.

¿Le duele?

No.

¿Seguro que no quiere venir?

Me guardo el dolor aquí. ¿Va lejos?

A Pinerolo.

Vale, venga, dice el pastor.

Y los dos hombres descienden hacia Italia, el pastor rodeando con sus brazos al guardavías.

Se pega al paladar. Por fuera es seco y está dorado. Todas las mañanas escojo *el pain au chocolat* más tostado que veo. Así que ya le has hecho el café a papá, iy ahora a la escuela!, me dice la panadera. Lo dice porque mamá se ha ido y vivo sola con papá. Toco el chocolate casi negro, primero con los dientes, luego muy despacio con la lengua. Es líquido, no lo bastante líquido para beberlo, tienes que masticarlo, pero comparado con la masa, es líquido. Lo bueno es tomarte solo el primero que sale y guardar el resto para empujarlo con la lengua en cada bocado del pan de leche, y así sabe todo a chocolate.

Se detienen en Pinerolo junto al puente. El pastor se baja de la moto y, agitando la mano sin decir palabra, desaparece en un café. La carretera sigue el curso del río, el sol ilumina el reverso plateado de las hojas de los sauces, el agua centellea, hay un pescador lanzando la caña a las truchas, y Jean Ferrero continúa su camino, apretando el depósito de gasolina entre las piernas.

El Casione desemboca en el Po un poco más arriba de Lombriasco. Los habitantes del pueblo están tan acostumbrados a oír el bullicio de las aguas que si los dos ríos fueran embalsados durante la noche, se despertarían de pronto y creerían que están muertos.

Hombre y moto cruzan el pueblo, sincronizados como si fueran una sola criatura, como el martín pescador cuando vuela bajo sobre el agua.

Me estoy tomando un *cappuccino* en el descanso de mediodía. Se me puede encontrar cualquier día a las dos menos cuarto en la Via G. Carducci. Hace ahora dieciocho meses que llegué a Modena. Es como si hace dieciocho meses, mientras dormía, alguien hubiera trastrocado las letras: MODANE, MODENA. Encontré una nueva ciudad. Hablo italiano con acento francés. «Las palabras bailan claqué en lugar de cantar», me dicen. Aquí en Modena fabrican tractores y coches deportivos y producen grandes cantidades de mermelada de cereza. Y me gusta estar aquí. No soy una *semplice*. Ellos tampoco lo son. ¡Todos sabemos que los albaricoques no miden más de cinco centímetros! En Modena, incluso, si un hombre empieza a racanear al fijar el precio de las cerezas para el año, la Cobra Magnums se lo puede cargar. Sin embargo, camino de noche por las calles, imaginando todos los tipos posibles de felicidad y vigilando detrás de los árboles.

El cielo tiene un azul matinal y nubes blancas rozan las copas de los árboles. La carretera es recta. Y el guardavías va a 200 por hora.

Hay una exposición en Verona, y Marella y yo decidimos entrar. Los carteles de la entrada mostraban el perfil de una mujer. ¡Menudo cuello! Es la jirafa más sexy del mundo, dice Marella. En otro cartel observé cómo se ataban la falda los egipcios. En cualquier caso, los domingos es gratis, dice Marella. Se la atan en la cadera izquierda. Así que entramos. Lo miro todo. Como si vivieran en la casa de al lado. Los números de la calle son un poco raros. El de ellos es el 3000 a.C, y nosotros estamos en el 2000 d.C, pero son nuestros vecinos. Veo una maqueta de una de sus casas: cocina, cuarto de baño, comedor, garaje para el carro.

Las paredes tienen nichos adaptados al cuerpo. Nichos tallados para acomodar los hombros, la cintura, las caderas, los muslos..., como los moldes para hacer galletas, pero éstos son para cuerpos hermosos. Cuerpos que han de protegerse como secretos. A los egipcios les gustaba la protección. ¡Métete en uno de éstos, dice Marella, y te emparedan! Quédate todo el tiempo que quieras, Ninon, yo me voy a tomar un helado. Si no has salido dentro de una hora, te buscaré entre las momias.

¡Qué forma de partir! Te acuestas en el sarcófago como una judía en su vaina, y en lugar de tener el forro blando, como el de las vainas, que parece el pelo de un recién nacido, está revestido de madera —dicen que es de acacia—, en la cual está pintado el dios amante que te va a besar para siempre. No se les escapa nada a los egipcios. Hay incluso una caja para un gato. ¡Y qué forma tan rara de andar tienen las estatuas! Te miran de frente, sin titubeos, los brazos levantados, las muñecas flexionadas mostrando las palmas. Hombres y mujeres. Y cuando son parejas, la mujer enlaza al hombre. Avanzan, a

veces dan un pasito atrás, pero nunca, nunca, se vuelven y parten. No se da la espalda en Egipto, no hay partidas, ni separaciones.

Intento hacer lo mismo; adelanto ligeramente el pie izquierdo, pongo la espalda muy recta, alzo la barbilla y subo la mano izquierda, las yemas de los dedos a la altura del hombro y las palmas hacia fuera...

De pronto, sé que me están observando; y me quedo paralizada. Siento que los ojos que me miran están en algún punto detrás de mi hombro izquierdo. A no más de cuatro o cinco metros. Unos ojos masculinos, con toda seguridad. Me quedo más quieta que los propios egipcios.

Otros visitantes observan al hombre que está detrás de mí. Primero me ven a mí, pero yo no les molesto, porque piensan que me estoy reuniendo con los egipcios, y no me muevo ni un milímetro; luego reparan en él y se lo quedan mirando agresivamente. ¡Lo culpan a él/de que yo no me mueva!

¡Vamos ya, **tú**, cerdo!, oigo que una mujer le susurra. Es el momento más difícil, porque me da la risa. Puedo sonreír, pero no se me debe escapar una carcajada y todavía menos la risa floja.

No me muevo hasta que siento que ya no me miran. En el reflejo del cristal de la vitrina veo que ya no hay ningún hombre detrás. Se ha visto obligado a cambiar de sala. Sólo entonces dejo de ser egipcia.

Me digo que le voy a echar un ojo. En la siguiente sala hay cinco monos. Unos babuinos de mármol, de tamaño natural, toman el sol allí sentados. Pienso que se está poniendo el sol y que todas las tardes vienen a sentarse en la misma roca a verlo desaparecer en el horizonte. El *tizio* lleva gafas de sol y una cámara colgada al hombro. No puedo verlo a través de los cristales oscuros. Pero ¿para qué le sirven las gafas de sol en el antiguo Egipto?

Cuando salgo de la exposición para reunirme con Marella en la heladería, este *tizio* entra detrás de mí, sin aliento.

¿Te llamas Nefertiti?, me pregunta.

Me llamo Ninon.

Yo soy Luigi. En la calle me llaman Gino.

Zdena baja taconeando, con cuidado de no tropezarse, las escaleras de un sótano. Hace diez años, solía visitar un sótano de la calle Stachanovska para recoger montones de *samizdat*. Hoy, en el fondo de esta escalera se oye silbar a un hombre. Llama a la puerta y el silbido se calla.

¿Quién es?

Zdena Holecek.

Entra, ciudadana.

No había vuelto a oír la palabra *ciudadana*, como una forma de tratamiento público, desde que abrieron las fronteras. Arruga la nariz, como si le hubieran contado un chiste malo, abre la puerta y entra en un taller de carpintería, grande y bien iluminado. Sentados en los bancos hay dos hombres vestidos con mono azul. El mayor de ellos tiene una lupa de relojero sujeta en la frente con una cinta elástica.

Un amigo me dijo, explica Zdena, que hacen reclamos.

Siéntese. Efectivamente, hacemos reclamos, dice el mayor. Tenemos los de treinta especies distintas.

¿Por casualidad tendría el del tordo?

¿A cuál de ellos se refiere? ¿Al tordo mayor o al siberiano? ¿El azulejo o el mal vis?

Un zorzal, como los que hay ahora en la calle.

¿Y entiende usted, ciudadana, por qué hacemos nuestros instrumentos? No se deben utilizar bajo ningún concepto como señuelos para capturar o matar ejemplares de las diferentes especies. Les pedimos a todos nuestros clientes que no lo olviden, y en todas las cajas hay una nota que dice lo siguiente: «Utilizo los reclamos para hablar con los pájaros». Yo empecé estudiando filosofía. Aquí mi compañero, Marek, era saxofonista en un grupo de jazz. Tras años de reflexión, acabamos convenciéndonos de que fabricar reclamos era lo menos perjudicial que se podía hacer en este mundo, al tiempo que nos daba para vivir.

¿Venden muchos?

Exportamos a todo el mundo, dice el joven Marek. Ahora estamos experimentando con el pájaro kiwi de Nueva Zelanda. Cuando habla, los ojos de Marek muestran una especie de fanatismo. La población de tordo está disminuyendo en Eslovaquia, ¿lo sabía usted, ciudadana?

Lo quiero para regalárselo a mi hija.

Tenemos dos modelos. Uno es más alegre; el otro, más melódico.

¿Podría oírlos?

El que había sido filósofo se acerca a un armario y vuelve con dos cajas de madera pequeñas, de artesanía, con tapa corredera. Abre una y se la da a Zdena. Dentro hay un aparatito —no más grande que una huevera— cuya forma es un cruce entre una bocina antigua de juguete y una lavativa en miniatura. De la perilla de caucho sale un tubo de

metal con un agujerito, como los de las flautas, y dentro del tubo tiene una aleta también metálica.

Cójala con la mano izquierda, ciudadana, y presione el caucho con la derecha.

Zdena deja el bolso en la silla y se pone de pie para ejecutar lo que le dicen. Al oprimir la perilla, el aire introducido en el tubo produce un gorjeo que sólo podría haber salido del pico de un tordo. La aprieta varias veces y cierra los ojos. Con los ojos cerrados, percibe el sonido como yo, inconfundiblemente cierto, como si realmente saliera de la siringa, el aparato fonador del tordo.

Mientras tanto, Marek ha sacado el otro instrumento de la caja. Tiene la forma de una copa de vino pequeña y es de madera maciza, salvo por un tubito hueco muy fino que va desde el pie de la copa hasta el borde de la misma. La toma en una de sus grandes manos y se acerca a los labios la parte externa del pie. Al inhalar y exhalar por la minúscula tráquea, su respiración se convierte en un canto de pájaro, un canto líquido. Con la mano en el aire y los ojos todavía cerrados, Zdena detiene el suyo. Marek hace una pausa. Zdena vuelve a oprimir la negra perilla de caucho. Marek contesta. Y así, en un sótano de la calle Stachanovska, con sus gorjeos y trinos, Marek y Zdena ejecutan un dueto entre dos zorzales.

¿Por qué se lo quiere regalar a su hija?, pregunta el de la lupa en la frente, cuando los otros dos dejan de tocar.

Hay un tordo que canta todas las mañanas junto a mi casa, y yo espero que su invento —¿cómo lo diría?— hable al tordo que mi hija lleva dentro.

Caminemos, Ninon, me dice Gino. Vamos hacia Grezzana. Gino conoce carreteras que nadie conoce. Es misterioso. Puede ir de una ciudad a otra sin cruzar una sola *Strada Statale*. Más tarde lo llamé Liebre por su cara y su nariz alargada, y tenía razón porque se sabe caminos que nadie vería ni mucho menos encontraría. Ese día no me tocó. De vez en cuando me daba la mano para ayudarme a saltar un terraplén o a pasar bajo los matojos. Hizo algo que nunca había visto hacer a un hombre. Se contuvo. Lo opuesto a lo que hacen los monos. Los monos no paran de parlotear. Era como un saxofonista que sostiene el instrumento y lo rodea con su cuerpo. Gino hizo lo mismo, pero sin instrumento, a la luz del día, sobre Verona, donde crecen los apreses. Y eso me dio ganas de tocarlo; y no lo hice.

En la llanura ya ha empezado el verano. La hierba es verde y joven. Cada vez que la carretera se acerca al Po, el río se ha hecho más grande.

Aquí, en Grecia, el mar entre las islas nos recuerda lo que sobrevive a todo lo demás. Allí, en las llanuras, el agua dulce es diferente; el Po, conforme aumenta su caudal y crece —y pasado cierto punto todos los grandes ríos atraen más y más agua—, insiste en que nada se escape al cambio.

Las cunetas están llenas de amapolas. Los sauces bordean el río, y la brisa empuja sus flores hasta la carretera, como las plumas de una almohada.

El terreno se va haciendo cada vez más llano, va perdiendo los repliegues, como un mantel alisado por la mano de una anciana. En la otra mano sostiene los platos y los cubiertos. A medida que se va haciendo más llano el terreno, las distancias aumentan, y los hombres se sienten muy pequeños.

El guardavías conduce a toda velocidad, atrás los talones, los codos doblados, las muñecas distendidas, el diafragma pegado al depósito. Tal vez el sol de la mañana ofrece un ángulo a su visión que incita a la velocidad. Y, sin embargo, tal como yo lo imagino, veo que, al igual que está en la naturaleza misma de los ríos que lleguen al mar, así también está en la de los hombres soñar con la velocidad. La velocidad es uno de los primeros atributos que se reconocen en los dioses. Y aquí, en la mañana soleada, antes de que empiece a haber mucho tráfico, rodando paralelo al gran río, Jean Ferrero conduce como un dios. El más mínimo movimiento de los ojos, el más ligero gesto de los hombros, la más leve presión de los dedos, surte efecto al instante, sin esfuerzo, sin demora humana.

La cabaña es de Matteo, un amigo de Gino. Matteo no está, así que la tenemos para nosotros. Gino tiene la llave, y entramos. Está en un prado a orillas del Adige. Matteo, que es vendedor de coches, viene aquí cuando libra. Dentro parece un gimnasio. Hay *pun-ching ball*, pantalones cortos colgados de un cordel, unas paralelas, una cadena de música, un colchón en una esquina y, pegadas a las paredes, docenas de fotos de boxeadores recortadas de revistas.

Me arrodillé para observarlas. Gino puso música y corrió los visillos de la ventanita de madera y empezó a desnudarse. Era la primera vez, y jugamos como dos críos. Gino estaba como un hombre a punto de zambullirse desde lo alto de un acantilado. Muy concentrado. De pie, con las rodillas juntas. De vez en cuando me miraba de reojo para dedicarme la hazaña que iba a realizar. Era una hazaña, y quería que yo la observara. Comparado con los boxeadores, era flaco como un palo. Las piernas y los brazos le salían directamente de los ojos. Dejé de llamarlo Liebre y empecé a llamarlo Popeye. Le enseñé cómo podía tumbarlo con un solo dedo. No sé cuánto tiempo estuve haciéndolo rabiarse. Finalmente hicimos el amor. Lo único que recuerdo es que estaba sobre él y nos llamábamos el uno al otro, cuando de pronto oí un crujido y algo que se desgarraba y

sonaba como un árbol abatido; y todo se llenó de sol, y a la luz del sol caí rodando de lado sin abrir los ojos. Cuando los abrí, me encontraba boca arriba, y a nuestros pies había un manzano cargado de manzanas coloradas. No me podía creer lo que veía y busqué su mano. Cuando la encontré, él se echó a reír y me hizo sentarme. Entonces me di cuenta de lo que había sucedido, porque vi los grises tablones descuajeringados en el suelo. Una pared de la cabaña se había vencido hacia el prado. Las fotos de los boxeadores estaban en la hierba, mirando al cielo. Estaba empujándola con los pies, dijo Gino —su risa se mezcló con el sol y con sus palabras—, venga a empujarla y venga a empujarla para llevarte a ti más y más alto, y de tanto empujarla se ha caído. ¡Mira qué manzanas, Ninon! Y me dio una, y yo me arrodillé, desnuda, tomando la manzana en la mano como había visto una vez en una pintura. ¡Ay, Gino! La pintura no era de Eva.

La ciudad empieza a anunciarse con palabras inmensas, impresas o de neón. Kilómetro tras kilómetro de palabras antagónicas que prometen productos, servicios, placeres, nombres. Algunas sílabas son tan largas que parecen ensordecerte con un griterío que va y viene entre la aglomeración del tráfico. Jean Ferrero teje su camino entre las palabras, a veces rodando bajo ellas, a veces deslizándose entre dos letras, o girando al final de un reclamo publicitario. BOSCH, IVECO, BANCA SELLA, ZOLA, AGIP, MODO, ERG.

El tráfico es muy denso. Pasa de un carril a otro y circula entre ellos. Lee constantemente. Lee los signos que le indican lo que van a hacer los otros conductores en los cinco segundos siguientes. Observa a los automovilistas agarrarse la cabeza, sus brazos colgando de la ventanilla, sus dedos tamborileando en la carrocería. Entonces acelera o frena, se queda detrás o adelanta. Siempre ha sido guardavías.

Papá me explicó el principio científico. Se trata de cómo te inclines. Cuando cualquier cosa sobre ruedas gira o cambia de dirección, entra en juego una fuerza centrífuga, dijo. Esta fuerza trata de alejarnos de la curva y traernos a la línea recta, según una ley que se llama Ley de la Inercia, que siempre pretende ahorrar el máximo de energía. En una situación en la que hay que torcer, es la recta la que requiere menos energía, y así empieza la pugna. Al volcar nuestro peso hacia la curva, cambiamos el centro de gravedad de la moto y esto contrarresta la fuerza centrífuga y la Ley de la Inercia. Los pájaros hacen lo mismo en el aire. Salvo que los pájaros, dice papá, no están en el aire para viajar, sino que es donde viven.

El tráfico está detenido. El guardavías sigue su camino sorteando los vehículos parados, buscando un sitio lo bastante ancho para pasar, a veces a la izquierda, por el centro de la carretera, a veces a la derecha, junto al arcén. Maniobra, guía la moto. Un paño de humos y *smog* cuelga sobre la ciudad, ocultando el sol. El motor se ha recalentado al ir tan lento y el sistema de refrigeración eléctrico se pone en marcha. Cuando llega a la cabeza de la caravana, ve lo que ha detenido el tráfico. Un hombre, un niño y un perro conducen un rebaño de terneras blancas por la calzada. Los animales avanzan en fila, como una columna de soldados desarmados que acaban de rendirse. Entonces aparece un tranvía en dirección contraria, tocando la bocina. El conductor de un Mercedes modelo Vision A suelta una blasfemia y dice que es un escándalo que no se hayan llevado el matadero más lejos de Turín. Jean se baja la cremallera de la cazadora.

Gino me ha regalado un anillo dorado en forma de tortuga. Cada día decido cómo ponérmelo. Puedo llevarlo con la tortuga volviendo a casa, nadando hacia mí, apuntando a mi muñeca con la cabeza, o lo puedo llevar a la inversa, con la tortuga saliendo a conocer el mundo. Es de un metal que pesa menos que el oro y es más blanquecino. Según Gino, es un anillo africano; lo encontró en Parma. Hoy voy a salir con la tortuga a ver mundo.

Me corto el pelo en una barbería de la calle Asklipiou. En la puerta hay un cartel que dice Κουρείον que significa barbero. Al lado hay un eslogan: Αψε σβησε. «Dicho y hecho.» Dos hombres y dos sillas, eso es todo. Ni fotos, ni revistas, ni luces. Ni siquiera utilizan espejos. Hay confianza en lugar de espejos. La puerta se abre a una calle polvorienta con bastante tráfico de camiones. Ningún otro barbero de Atenas puede igualar la velocidad de estos dos con las tijeras. Las hojas se mueven haya o no haya pelo entre ellas. Nunca se para el tijeo. Siempre hay uno de los dos con las tijeras en el aire. No se mueven alrededor de la silla. Se quedan fijos en el mismo sitio y van girando la cabeza del cliente. Cuando cogen la navaja, te mantienen la cabeza absolutamente inmóvil con la presión de un solo dedo. Mientras me cortan el pelo en mi barbería favorita, por encima del incesante chasquido de las tijeras, por encima del fragor de los camiones, oigo una risa masculina.

La risa pertenece a un cuerpo, no a una broma. Es una risa de viejo. Una risa que parece una capa echada sobre los hombros de las palabras pronunciadas. El viejo pregunta: ¿Está mirando esa foto de ahí? Es mi hijo, Gino. Está en su barca, ya ve. ¿Había adivinado que era mi hijo? De tal palo tal astilla, como dicen antes de meter la sierra. Es mejor mozo, mejor mozo que yo. Tiene usted razón, más delgado también. Es mejor mozo porque ha tenido una vida más fácil, y Dios quiera que siga como hasta ahora. Las dificultades lo encogen a uno, le hacen nudos. Mi hijo tiene secretos, claro. No me presenta a sus *minas*, pero no tiene problemas importantes, de los grandes. ¿Decía que buscaba usted un ancla? ¡Así de grande! ¿Puedo preguntarle para qué la quiere? ¿Dice que la discoteca se llama El ancla dorada? (Risa.) Tengo varias, pero están un poco retiradas. Siempre puede pintarla de dorado. Están detrás de las calderas, a la izquierda de los neumáticos. *Andiamo*. Como le decía, pensé que sería más estudioso mi hijo Gino, pero no ha sido así. ¿No necesita urinarios? Cuando tenía siete años se iba a pescar él solo. A los ocho sabía manejar la barca sin ayuda de nadie. Ahora, va a Ficardo y pesca en el Po todos los martes y los jueves. No, los fines de semana no puede, tiene los mercados: el sábado, Ferrara, el domingo, Modena, el miércoles, Parma. ¿No le interesa una bañera? Es muy metódico, y tal vez eso también lo ha heredado de mí. La chatarra es sobre todo método, ve usted, método y nada más. Método, un terreno lo bastante grande y la capacidad de reconocer dónde va cada cosa. Hay que saber reconocerlo todo y ponerlo donde le corresponde. Gino podría haberse dedicado a la electrónica; pero ahí nos topamos con el problema, el chico no consiente en trabajar entre cuatro paredes. Se siente aprisionado. Cuando viene a mi oficina —la cabina donde ha visto su foto—, no aguanta más de tres minutos. Es de esos que siempre están oyendo las campanas del pueblo de al lado, como se decía antes de que hicieran la *autostrade*. Así que decidió meterse a *barracone* y todas las semanas hace la ronda de los mercados. Es un buen comerciante. ¡Podría vender confeti a las puertas de un cementerio! (Risa.) Sí, se dedica a los trapos. Ropa, mayormente. Aquí tiene las anclas. Esa grande de ahí era de un buque faro. ¿Cuánto? ¿Va a pagar con dinero? Entonces se la dejo en cuarenta y dos millones de liras. ¿Demasiado, dice? Pero si es un regalo, no se da usted cuenta de la ganga que tiene delante de sus narices. Pregunte por ahí, le dirán lo mismo. A Federico le da igual vender: él lo regala todo. Cuarenta y dos millones.

En Turín, a la altura del puente Vittorio Emanuele, hay un perro parado en el muelle junto a un hombre pescando. Jean Ferrero los mira desde arriba. Ha dejado la moto en el bordillo. Ha puesto los guantes y el casco encima del parapeto de piedra sobre el que se asoma. No hace sol, pero el aire está cargado, y el color de la piedra —el color del membrillo cuando la lata lleva un tiempo abierta— absorbe el calor.

Tenga cuidado, dice la voz de una mujer, no querrá que se le caiga —y toca el casco ¿o no le importa?

Habla un italiano tan melodioso y tan grave que sus palabras, por comunes que sean, suenan como salidas de la Biblia.

«Y le echó Yahveh Dios del jardín del Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado.»

La mano sobre el casco se corresponde con la voz. Unas manos así de delicadas suelen ir acompañadas de un cabello sedoso, una sensibilidad epidérmica que viene a ser casi una llaga y una voluntad de hierro.

No podría sacarlo del río, continúa, está demasiado sucio, demasiado peligroso.

Entonces procedió a balancear el casco en el parapeto con su mano de ángel.

Somos nosotros quienes lo hemos destruido, continúa su voz, lo destruimos todo.

Sus ropas son viejas y están llenas de polvo —prendas de esas que dejan de lado las mujeres cuando rebuscan en los montones de los ropavejeros en los mercados—. Lleva los labios pintados con un tono discreto, pero mal aplicado, como si ya no pudiera ver lo que hacen sus delicados dedos.

Apenas se puede hacer nada, dice, y lo que se hace nunca es suficiente. Pero hay que seguir.

Un día tendré una casa, pero no en este valle asesino. Quiero una casa que tenga vistas al mar desde todas las ventanas. Será la casa de Ninon. Tiene que estar en algún lado. No un mar azul, sino un mar plata. En la cocina tendré una mesa como la de Tante Claire, para cortar las verduras al lado de la ventana. Y una alacena de madera de peral, como la que tenemos nosotros abajo. Pero con otras cosas dentro. No estará llena de facturas viejas y fotos, tampoco servirá para guardar una batería de moto, ni unos platos que no se usan nunca porque son demasiado bonitos. En mi alacena tendré unos platos muy bonitos y que además usaré. Y en el estante de encima de los platos tendré unos tarros de cristal tapados con corchos de los que usan los pescadores —porque yo los habré visto todas las mañanas desde mi ventana cuando suben las redes a los barcos y se los habré pedido—. Y en los tarros pondré azúcar y pan rallado y café y cereales y cacao y miel y sal y queso parmesano y *myrtilles* en *gnole* para cuando papá venga a visitarme.

De ello depende la vida, continúa la anciana junto al parapeto, nadie puede pararse. Compras algo aquí, te agencias algo allá, te despiertas con una idea, de pronto recuerdas que hace tiempo que no pruebas aquello otro, y te vas a casa y metes en la nevera lo que has llevado. Cada día hay que seguir tirando. ¿Se ha fijado en aquel hombre de ahí abajo, el del perro?

Sí.

¿Se había fijado en el hombre del perro? Es mi marido. Mi segundo marido. Trabajaba en la Fiat. No hizo bien en casarse conmigo. Lo llevé al fracaso.

Jean Ferrero se vuelve de espaldas, se desabrocha la cazadora y la pone en el parapeto. Ha empezado el calor del verano. Todavía estará inestable, volverá a refrescar, hará mucho más calor, estallarán tormentas precedidas por fuertes vientos, estará soñoliento durante días bajo una neblina lechosa, pero en la vertiente sur de los Alpes, el calor se quedará ahora para tres meses. Y esto reduce la ansiedad por el futuro. Puede que haya desesperación, en particular la desesperación del aburrimiento, o la súbita rabia mortal del cansancio. Pero la amenaza del futuro como algo desconocido disminuye. Cada día lleva al siguiente, que es más o menos igual.

Estará mejor sin la cazadora. La mujer toca el cuero dejado en el parapeto. ¡Buena calidad!

La camisa de Jean Ferrero está manchada de sudor.

Intento tenerla llena de lo que le gusta, la nevera, digo, o de lo que le gustaba, continúa. Todos los días saco algo para ponerle. A veces intento sorprenderlo, es una manera de sacarle una sonrisa. Y todos los días meto algo. Es como hacer las maletas antes de un viaje. Es todo un arte saber hacerlo bien, porque la nevera es muy pequeña, era de una *roulotte* que llevaron al desguace. Manteniéndola llena es mi trabajo.

Tres jóvenes con vaqueros admiran la moto junto al bordillo.

Bellísima!

¡Trescientos kilómetros por hora!

Los diales siempre exageran, pero es preciosa.

¿Cuánto pesará?

Mucho.

Es rápida y pesada.

Mira, tiene dos faros.

Abbagliante!

Mi marido abre la nevera, dice la mujer, pero sólo buscando algo para darle al perro. Ha perdido el apetito mi marido. Voy a los restaurantes a que me den comida, pero es para el perro. Nunca le he ofrecido a mi marido nada de lo que me dan en la puerta de la cocina de los restaurantes. Es una cuestión de orgullo. Sólo le parece bien lo que yo preparo con mis propias manos. Es mi tarea. Algún día ya no podrá comer nada, ni siquiera los *tortellini*

que tanto le gustaban antes y entonces lo enterrarán en ese cementerio de ahí arriba, y la nevera acabará en un vertedero.

El barbero de la calle Asklipiou apoyaba un dedo de la mano izquierda en mi coronilla, para que no moviera la cabeza mientras él me afeitaba la nuca. Perdí la voz de la anciana, y me llegó otra.

Hace quinientos años, dice esta voz, tres sabios discutían ante Nushiran el Justo acerca de cuál es la ola más encrespada en este profundo mar de penas que es la vida. Ahora reconozco la voz. Es la de Jari de Alejandría, a quien siempre le gustó interrumpir. Un sabio dijo que la enfermedad y el dolor, continúa Jari. Otro dijo que la vejez y la pobreza. El tercer sabio insistió en que era ver pasar la vida sin trabajo. Al final, los tres convinieron en que esta última era probablemente la peor. Ver pasar la vida y no tener trabajo.

Casi nunca pesca nada, dice a Jean la mujer parada junto al parapeto, casi nunca. Sólo le ha sucedido dos veces, que yo haya visto. ¿Sabe cuál es su debilidad? Se lo diré. *Quaquare di limone!* Le encanta el *Quaquare*.

Jean Ferrero contempla el agua opaca del río, que nunca deja de correr.

La anciana de manos angelicales abre el monedero y anuncia: No me llega. Tengo seis mil liras, que es la mitad de lo que cuesta un paquete. Los toma con el café después de la siesta. ¿Podríamos ofrecerle una caja de *Quaquare di limone* entre los dos, *Signore?*

El guardavías busca unas monedas en el bolsillo de la cazadora.

He aprendido a escribir mi nombre: Ninon. Estoy escribiendo sentada en la mesa de la cocina. La N es como la lengua de un perro, la I sube como una semilla, la N ya la he dicho, la O es un arco y la N es la N. Ahora puedo escribir mi nombre: NINON.

Jean Ferrero está sentado en un café bajo los soportales ocres de la Via Po. Tiene delante un *cappuccino* y un vaso de agua helada. Nada brilla en esta ciudad como los vasos de agua. Se reclina en el asiento; ha cruzado las montañas. Probablemente su abuelo tuvo que venir a Turín al notario. Hoy los soportales tienen el color de una vieja carpeta archivadora, con unas etiquetas encima de otras. Alza la vista al oír una risa. Le lleva un rato localizarla. Es una risa de mujer. No está en los soportales, ni en el bar, ni junto al quiosko de prensa. Es una risa que suena como si viniera de un prado. Entonces la ve. Está sacudiendo un mantel o una colcha en la ventana de un segundo piso al otro lado de la calle. Pasa un tranvía, pero sigue oyendo la risa, y la mujer todavía continúa riéndose cuando el tranvía se aleja. Es una mujer que ha dejado de ser joven, de brazos fornidos y cabello corto. Es imposible saber de qué se ríe. Cuando pare, tendrá que sentarse para recobrar el aliento.

Gino está enamorado de mí. Hago flexiones. Cuando me estire, se me arrugarán las rodillas, y la arruga sonreirá. Mi cintura es un enigma. Empieza en las costillas y acaba, igual que mi vestido, justo encima de esa arruga. Qué guapa me estoy poniendo para él.

Huelo ligeramente a amoníaco, a cabello húmedo y a laca. Oigo el zumbido de un secador y el runrún de las mujeres charlando en eslovaco. Zdena está entre ellas.

Querría ponerme unas mechas, dice, no muy espesas, sólo unas cuantas aquí y allá.

Está hablando con una joven que lleva una camiseta negra y unos pantalones blancos. El cabello negro de la chica, recogido en lo alto de la cabeza, está veteado de blanco, al igual que un armiño está veteado de negro.

¿Así?, pregunta la chica con una voz y un acento campesinos.

Eso es, dice Zdena cerrando los ojos, mientras la joven se pone unos guantes de goma en sus manos inmensas.

Me llamo Linda, dice. ¿Es la primera vez que viene, no?

Sí, es la primera vez.

Desde 1991 han abierto varias peluquerías nuevas en Bratislava con un estilo que al principio chocó a todos salvo a los jóvenes. Las anteriores, que eran de gestión estatal,

parecían desangeladas cocinas y se dedicaban sobre todo a hacer permanentes. Las nuevas aparentaban la elegancia de los salones de exposición de coches.

¿Va a una fiesta esta noche?, pregunta Linda.

Voy a una boda.

Cuidadosamente, Linda envuelve en papel de aluminio el primer mechón impregnado con una pasta blanca.

Una boda. Qué suerte. ¿Mañana?

Totalmente concentrada, Linda impregna el segundo mechón. Es esa pasta blanca la que huele a amoníaco.

¿Mañana?

Pasado mañana. En Italia.

Ese es un país al que me encantaría ir.

Con los mechones blancos separados, envueltos en papel de aluminio, y los ojos cerrados, Zdena empieza a parecerse a un emblema de la luna.

¿Ya no necesitamos visado, verdad? pregunta Linda.

No, para Italia no lo necesitamos.

¿Ya ha pensado qué se va a poner?

Sí, un traje que era de mi madre.

¡De su madre!

Se lo hicieron en Viena, antes de la guerra. Se lo ponía cuando daba conciertos.

Incline la cabeza un poco hacia la izquierda. .., así que es usted música.

No, yo no; mi madre fue pianista durante algún tiempo.

Me gustaría oírla.

Es una pena, pero está muerta.

¿Y ha comprobado que no está picado de polilla? El vestido, digo. Bueno, pues esto ya está.

Es verde oscuro y dorado, con encaje, dice Zdena.

Están volviendo mucho esos vestidos. Si me fuera a casar, llevaría uno así. ¿Me lo prestaría para mi boda?

Si quiere.

Tenemos más o menos la misma talla. Parece usted más alta por los tacones. En este trabajo tienes que ir con zapato plano, si no, no aguantas. Estamos doce horas. ¿Lo dice de veras? ¿Me lo prestaría?

Sí.

No es que tenga un hombre en vista, para nada. Ya está, ahora hay que esperar. Tiene usted razón, claro, en estos tiempos, lo mejor es casarse en el extranjero.

Linda deja a Zdena con los ojos cerrados y una aureola plateada en la cabeza.

Qué pinta tengo. ¿Qué dirá Gino? Parezco una patata vieja sacada de la bodega en primavera. Lo mal que saben cocidas. Granos. Pupas en los labios. Ojeras. Y qué asco de pelo. ¿Y si me lo tiño? ¿Unos toquitos verdes, a lo mejor? ¡Bah! Me lo podría recoger. Recogido, bien tirante, como una viuda. ¡Ah, pues mira!, todo para atrás no está tan mal, ¿no? Agarrado así tieso..., tieso como el rabo de un perro, puedo lucir mi perfil de Nefertiti y la curva del cuello. Necesito una cinta de terciopelo, ahora me arreglaré con una goma.

Linda regresa y levanta y comprueba minuciosamente uno de los mechones teñidos. Luego empieza a quitar el papel de aluminio. Ya podemos lavar, dice. Tengo una amiga de Teplice que ha tenido mucha suerte. Como usted, ha encontrado un extranjero, un alemán de Berlín. Una oportunidad entre mil. ¿Está así cómoda? Las cosas no están muy bien en Teplice, mucho peor que aquí. Ella y otras colegas se dedicaban a los camioneros. En la autopista. Ya sabe. Sobre todo los alemanes, son los que tienen más dinero. Llevaba como un mes en ello, y le tocó ese alemán, Wolfram. Una oportunidad entre mil. Esa misma noche le dice: Vente a Berlín. Ella va. ¿Está demasiado caliente el agua? Tenemos que hacer cuatro aclarados. Y en Berlín le dijo que se casara con él. ¿Por qué no?, me dijo cuando me llamó por teléfono, creo que Wolfram me quiere. Una oportunidad entre mil.

Con sus fuertes dedos, Linda masajea el cuero cabelludo de Zdena.

¿Y tu amiga qué piensa de él?, pregunta Zdena...

¿Y usted qué piensa de su italiano?, pregunta a su vez Linda, utilizando las uñas a modo de peine.

No soy... —Zdena se calla a mitad de la frase, como si el esfuerzo de aclarar el malentendido fuera demasiado grande. Sí, creo que sí que lo quiero, dice.

Claro que usted tiene otra edad, y eso es diferente, dice Linda secando enérgicamente el pelo de Zdena con una toalla, no hay que olvidarlo, pero tampoco es tan diferente, el problema sigue estando ahí, ¿no? Pone el secador en marcha, y ya no pueden seguir hablando.

Después de los últimos toques, Zdena comprueba el efecto en el espejo.

Son muy discretas, dice Linda, no se ve demasiado rubio, no podría haberle hecho menos.

Sostiene un segundo espejo en forma de tríptico con un marco dorado, para que Zdena pueda verse por detrás. Toca un rizo de la nuca, todavía joven, de su clienta.

Mucho mejor, dice Zdena suavemente. Y lo que quiere decir con ello es: Cuanto mejor aspecto tenga, menos se preocupará Ninon.

Y Linda, sonriendo, contesta: Le deseo lo mejor del mundo con su italiano, ¡en serio!

Marella me dijo que el doctor Gastaldi la había tratado bastante bien cuando se le hinchó la rodilla. Fui a verlo porque no se me quitaba la pupa de la boca. Me dio una pomada y me dijo que tenía que hacerme análisis de sangre. La mesa de su despacho era de marquetería y tenía unos camellos y las pirámides. Se sacó una lupa del bolsillo para mirarme las uñas. ¿Te las comes?, me preguntó. No contesté: él mismo podía verlo.

No tardará en curársete, dijo el doctor Gastaldi, metiéndose en el bolsillo las diez mil liras.

Al este de Turín, donde la carretera sigue la orilla meridional del Po, alguien ha escrito la palabra RITA con pintura blanca en un alto muro de ladrillo. Medio kilómetro después vuelve a estar pintada, esta vez en la medianera de una casa. La tercera vez, RITA está en el suelo, en el asfalto de un aparcamiento. A muchos lugares se les da el nombre de una persona. Los nombres cambian según las distintas convulsiones de la historia. La carretera con el nombre de Rita será siempre la carretera de Rita para su enamorado, ese hombre que salió una noche —un poco borracho o un poco desesperado, lo normal si uno se enamora de Rita— con una brocha, un desatornillador con el mango manchado de blanco y un bote de pintura.

El doctor Gastaldi abre la puerta y me dice que tome asiento. Luego se sienta él al otro lado de la mesa —desde donde las pirámides y los camellos se ven del derecho— y, poniéndose las gafas, hojea unos papeles como si estuviera buscando un número de teléfono. Parece que ha pasado una mala noche.

Llevo días esperando que vinieras, dice.

Se me ha quitado, digo yo.

Siento decirte que tienes que ir al hospital a hacerte más pruebas.

Me toco el labio e insisto: Pero si lo tengo mucho mejor, doctor. Olvídelo.

Es que no se trata sólo del labio. El doctor Gastaldi sigue farfullando sin levantar la vista de los papeles. Entonces me mira, y sus ojos tras las gafas parecen ciruelas abiertas por la mitad, y dice: Tus análisis me asustaron, pero tengo la obligación de decirte la verdad. ¿Sabes lo que es el VIH? Sero-positiva.

No soy tonta.

Pues eso es lo que dicen los análisis. ¿Te has picado alguna vez?

¿Se ha masturbado usted alguna vez, doctor?

Sé que es un golpe terrible.

No entiendo lo que me está diciendo.

Ha contraído el virus.

Tiene que haber algún error. Puede que hayan mezclado las muestras de sangre.

No es muy probable.

¡Pues claro que sí! Tiene que hacerme otro análisis. A veces se confunden. Siempre están confundiéndose.

Observo las pirámides del revés. Papá, ¿me oyes? Tengo veintitrés años y voy a morir.

Quando el guardavías cruza el Po en San Sebastiano, donde el río es ya tan ancho como un pueblo entero, va conduciendo despacio, con una sola mano. No viene nadie de frente.

Telefono a Marella y le pido que se pase. Tengo que hablar. Le cuento lo que ha sucedido. ¡Dios mío!, dice.

Después de cruzar el puente, el guardavías se detiene, pone los pies en el suelo y mira al cielo con los brazos colgando a lo largo del cuerpo.

Esta mañana cuando me desperté no me acordaba. Fueron unos segundos. Durante unos segundos me olvidé. No me acordaba. Dios mío.

El guardavías empuña el manillar, acelera y mete primera.

He quedado con Gino en Verona, pero no voy a ir. NO, nunca.

Conduciendo ahora a toda velocidad, como si hubiera cambiado de opinión con respecto a algo, el guardavías desaparece tras unos juncos.

Escucha, Marella, escucha lo que dice Gino en una carta que me ha llegado esta mañana: Me he puesto la camiseta de Vialli porque me dijiste que era tu futbolista favorito. ¿Vamos a la playa el jueves que viene? Te veo todo el rato, Ninon. Monto el puesto en la Piazza Marconi y te veo al otro lado de la gente que llena el mercado. Yo estoy en Parma y tú estás en Modena, y te veo cuatro o cinco veces al día. Reconozco tu codo y la forma que tienes de pasar el brazo bajo el asa de tu bolso blanco, y ese vestido de seda china arrugada que te pones a veces y que tiene llamas anaranjadas en la cadera izquierda. Te veo porque te has metido bajo mi piel. Ayer, domingo, vendí cuarenta y tres camisetas Ricci. Un buen día. Hice un millón y medio limpio. Un mes entero así, me dije, y vamos y nos compramos billetes de avión para ir a París. Te quiero.— Gino. Rompí la carta, Marella, y la tiré por el váter. No desapareció enseguida. Los trozos de papel se quedaron flotando.

La carretera pasa entre dos grandes casas de labor, cada una con su patio, sus portalones de hierro, sus edificios cuadrados. En esta llanura, fuera de las ciudades, todas las construcciones son cuadradas como una forma de resistencia contra el espacio ilimitado, que lo achica todo. En las dos grandes casas de labor reina un silencio absoluto cuando pasan el hombre y su moto.

Estoy en una camilla, papá, y me conducen por un pasillo dos hombres vestidos de blanco que van pensando en otra cosa, no en mí. ¿Adonde me llevan?, pregunto. A endocrinología, responde amablemente uno de ellos. No le entiendo. Es sólo un detalle, en cualquier caso, y me van a sacar fuera de aquí subida en esta camilla, que gira en todas las direcciones.

Un cortejo fúnebre avanza desde la iglesia en el pueblo de Crescentino, y el guardavías se ve obligado a seguirlo al paso parsimonioso de la última fila del duelo, hombres tocados con sombrero negro que caminan con la vista baja.

Llama Marella. Ya no llora, así que yo tampoco. En lugar de llamarlo SIDA, dice, entre tú y yo, sólo entre tú y yo, podríamos llamarlo STELLA.

Nada se oculta mejor que la tierra plana. En la llanura que está atravesando el guardavías, un hombre no advierte la violencia de la noche pasada hasta que no tropieza con el cadáver.

Marella, tengo otra carta de Gino: Ninon, dice, Ninon, no entiendo nada. Me has dejado plantado. Me has devuelto el anillo de la tortuga. Lo dejaste en el buzón sin una nota ni nada. Vienes hasta Cremona y no me ves. Ni siquiera sé cuándo recibirás esta carta. Pero te voy a encontrar y te voy a querer. Una mañana, dondequiera que estés, te despertarás y verás aparcada delante de tu casa mi furgoneta Mercedes con el rótulo VESTITI SCIC en los laterales. Y esa mañana, mejor que vuelvas a meterte en la cama. NINON + GINO = AMORE.

Ésta no la rompo. Le contesto con una postal que meto en un sobre. En la postal le digo a Gino que tiene que hacerse la prueba para saber si es seropositivo. No le digo nada de mí, porque no hay nada qué decir. Es obvio. Es una postal de Vialli marcando un gol.

El guardavías atraviesa ahora entre arrozales, que se extienden hasta el horizonte y que brillan como cien espejos irregulares. Su superficie es una filigrana verde formada por los primeros brotes de las plantas. Los arrozales formaban parte del sueño de Cavour, un sueño en el que veía a Italia convertida en un país rico. Y fue en esta región, en 1870, donde se cosechó, se secó y se envasó el primer arroz italiano, ese arroz alargado, suave y lechoso que se deshace en la boca como ningún otro.

No tengo nada. Me han quitado todo, todo, todo, todo, todo.

Nada se mueve en el agua inerte. Los espejos irregulares reflejan la luz del cielo. No hay colores. Ni nubes. El único movimiento es el del guardavías avanzando en su moto a toda velocidad.

Me han quitado el don de ofrecerme. Si lo hago, ofrezco la muerte. Siempre, hasta el día de mi propia muerte. Cuando voy por la calle y los *ragazzi* me miran, recuerdo todo el tiempo que llevo la muerte en mí. Acércate a mí, una, dos o cien veces y, suponiendo que yo te quiera, morirás. Si te pones un condón, no; eso dicen. Con un condón hay una barrera de látex entre tú y tu muerte, látex entre tú y yo. Soledad de látex. Soledad de látex para siempre. Ya nada puede tocar.

Cruza el agua plateada, reduciendo apenas la velocidad al girar, deslizándose como el mercurio, casi nunca vertical, casi siempre inclinado, como si estuviera escuchando a la tierra, primero a un lado y luego al otro, doblándose para escuchar con compasión.

Todo lo que tenía para ofrecer, tan viejo como el mundo, don de Dios, bálsamo para el dolor, miel para el paladar, promesa eterna, recibimientos suaves como la seda —¡ay! recibir, recibir con las rodillas caídas a cada lado del cuerpo, extendidos los pies—: todo me lo han quitado.

No hay muros, ni terraplenes, ni rocas, que devuelvan el ruido del motor, el cual es así imperceptible para el guardavías. Sólo oye el murmullo del aire, como cuando te pegas una caracola a la oreja. Cuanto más rápido va, más fuerte es el rumor del viento. Y en esta estela inestable, vuelan, sacudidas, las voces.

Tuve que enviar dos fotos, una fotocopia del carné de identidad y un recibo de la luz para justificar mi domicilio.

También yo, dice Eurípides, pasaré mis tristes días llorando tu aciaga suerte.

Entonces me llegó una carta en la que me informaban que habían aceptado mi solicitud y que debía presentarme el jueves a las tres de la tarde en la Maison d'Arrêt de Nantes.

La carretera del guardavías sigue a través de un bosquecillo de sauces. El árbol del que Orfeo cortó una ramita cuando fue en busca de Eurídice; el árbol cuya corteza contiene la salicina, que es un analgésico como la aspirina.

Encontré la cárcel en una callejuela en cuesta, como a media hora andando desde la estación.

Pedí un café y un sándwich en el bar más cercano. No estaba segura de lo que iba a hacer cuando me encontrara cara a cara con él.

No podía explicar por qué sabía que había sido él, pero lo sabía. Una cosa eran las pruebas que me habían hecho, y otra los resultados del laboratorio de mi propio cuerpo, y éstos me indicaban, sin lugar a dudas, que había sido él. Había sido él, y yo quería que me viera, que viera a la persona a cuya vida había él puesto fin. Todavía no me ha salido ninguna lesión, y si me ve ahora, sabrá lo que ha hecho, la enormidad de lo que ha hecho. Luego lo mataré.

Al entrar en la prisión, dos funcionarias me cogieron el bolso, me cachearon y me obligaron a dar unas vueltas. Una con pinta de marimacho me cogió los documentos.

Los ojos azules del cocinero no han cambiado, ni el pelo cortado al uno, ni sus marcados nudillos. Se le ve más flaco. Está sentado de una forma que parece contorsionado, y tiene los pies más grandes que nunca. Lo odio. ¿De qué se acuerda conforme me acerco a él? Tiene una sonrisa falsa.

Las olas hacen shooo, dice, y señala con la cabeza al guardia sentado en una silla a dos metros de él.

Quiere advertirme de que no hable delante del taleguero. Pero, ¿de qué no quiere que hable?

¿Sabes por qué he venido a verte?

Se queda callado

He venido a matarte.

Hace tanto tiempo...

Tres años, digo yo.

Pensaba ir a buscarte al día siguiente...

Con una vez me bastó.

Baja la cabeza.

Me chaparon en el restaurante, dice por fin.

He venido a matarte, ¿me entiendes?

No has cambiado nada, dice, isigues estando igual de buena! Y sonrío francamente.

Es terrible esa sonrisa. Muestra todos los estragos de su cuerpo. No es que esté delgado, está esquelético. Pienso en los soldados de nuestro tren, de nuestro túnel. Al final de su túnel le espera la muerte, y su tren está a punto de llegar. Tiene la cara llena de manchas de color papel quemado. Dentro de un año, o de dos, o de tres, o de cuatro —el último número es mentira—, estaré como él, estaré como él dentro de poco, de muy poco.

Vivo en Italia y he hecho mil kilómetros para venir a matarte.

Me cree. El taleguero está leyendo, aburrido.

En cualquier caso ya me estoy muriendo.

¡Y yo también! Me estoy muriendo a los veinticuatro años. ¡Yo también!

Cuando un miedo pequeño se hace grande, la pupila se dilata. Esto es lo que le sucede a él ahora.

¡No puede ser!, susurra apenas sin voz.

Eso es lo que yo dije. ¡No puede ser!, dije. ¡Pero es!

¡Jesús!

Pasan cinco minutos sin que ninguno de los dos diga una palabra. Nos recorremos con la mirada, de región en región: muñecas, clavículas, cuellos, lóbulos de la oreja, la línea del pelo, bolsas de los ojos, pelillos de la nariz, dientes mellados, cráneo, barbilla. Entonces nuestras miradas se cruzan. Me detengo en sus ojos azules, y él en los míos.

Perdóname, murmura.

Las mismas jodidas palabras, me digo, las mismas palabras que utilizan cuando eructan o se peen o te pisan. Y me pongo a gritar lomas alto que puedo.

Debí de gritar mucho, porque el taleguero me está empujando, metiéndome el puño entre las paletillas, fuera del locutorio.

Creo que lo que gritaba era: ¡TODOS seremos perdonados! ¿me oyes, cocinero? ¿Me oyen ustedes, talegueros? ¡Todos seremos perdonados!

Están asfaltando la carretera y el guardavías aminora la velocidad.

Papá se bajó de la moto y se sacó de la cazadora una caja envuelta con una cinta. Dentro estaban Les Coussins de Lyon. Eran unos cojines, pero no más grandes que una cucharilla de café. Su color, de un verde precioso con motitas plateadas, me recordó la tela de satén. Y, si fueran de verdad, por su forma parecían blandos como una almohada de plumas. Pero, claro, eran de mentira. Eran demasiado pequeños como cojines, y el plateado era azúcar, y el verde, menta; y la tela era de mazapán. Al morderlos, debajo de la capa de mazapán tenían trufa. Los que me sobraron aquella noche cuando papá volvió de Grenoble, los llevé a la escuela al día siguiente para darles a Gyl y Jeanne y Annette, y las tres estuvimos de acuerdo en que sólo nos casaríamos con hombres que nos prometieran que siempre tendríamos todos los Coussins de Lyon que quisiéramos.

La carretera huele a alquitrán.

Tengo más amigos en el cementerio, Gino, que en el Bar Paraíso. Mientras tú no andes por ahí haciendo locuras, es natural que mis huesos acaben allí antes que los tuyos. Sé lo que me digo, he hecho mucho, Gino. Desde que murió tu madre, tú y yo no hemos tenido una sola discusión. No espero que te dediques a lo mío, tú tienes tu propio negocio. Y estoy orgulloso de ti. Pero hoy, por una vez, tengo que decirte algo, así que escúchame. DÉJALO, GINO. Empieza de cero. Eso es lo que tengo que decirte. DÉJALO. No conozco a la *mina* en cuestión. No la he visto nunca. Dices que es francesa. Son muy fáciles las francesas. Poco de fiar. Puede que la tuya sea una excepción, puede que sea firme como un roble, puede que sea tan guapa como Gina Lollobrigida, pero está condenada. Si está

contagiada con esa abominación, está condenada. Peor todavía, es peligrosa. Es digna de compasión, si uno se para a pensarlo. Cae en una banda de esas de drogotas, se pican juntos, comparten las agujas, se enganchan juntos y finalmente comparten la misma muerte. *Povera pupa!* Pero esto no impide que sea peligrosa, Gino. Tú tienes tu propio negocio, pero esa mujer es peligrosa. A la mínima te contagiará esa misma mierda. Déjala ir, Gino. Me parece que ella te está pidiendo lo mismo. No te empeñes.

Déjala ir... DÉJALO. Si no, acabarás en el cementerio antes que yo.

Jean Ferrero sale de la carretera para entrar en la villa de Casale Monferrato. Toma una calle muy estrecha entre soportales. Sobre los tejados, en los pequeños pasajes, huele ligeramente a vino. Todo el vino de la región se trae a vender aquí. Los soportales a ambos lados de la calle son tan estrechos como el cuarto de Ninon en el piso de Zdena. A las orillas del río se alza el castillo de los duques de Monferrato, donde Cavour pernoctó una vez.

En el ascensor del hospital todo el mundo me mira. Los visitantes, los limpiadores, los pacientes, los estudiantes. Todos lo saben. No saben desde cuándo, no saben cómo. Pero lo saben. Lo veo en sus ojos. Lo que veo en los ojos de todos ellos es más importante que todas las diferencias que los separan. Si reparo en alguien que no lo sabe, me dan ganas de besarlos o besarla en los ojos. Los de los otros, los ojos de los que se dicen para sus adentros ésa lo tiene, están llenos de horror. En el horror puede haber compasión. Pero la verdadera compasión es diferente. La verdadera compasión es lo que la Viuda Bosson sentía por aquel hombre atrapado bajo el tren en Maurienne. El horror es el horror, aunque esté bajo control, aunque sea moderado y tenga compasión. En el ascensor me miran diecisiete horrores. Los cuento. Todavía no hemos llegado a la planta de Digestivo. Entonces saco un poco la lengua, diciéndome: Si uno de ellos sonrío, pasaré una buena noche. Ni una sonrisa. Cuando salgo en la quinta planta, un estudiante murmura a mi paso: *Puttana!*

Al salir de Valenza, por la orilla meridional del Po, hay una señal de doble curva. Jean Ferrero reduce a tercera y avanza hasta el centro de la carretera para tomar la de la derecha, tumbándose, a fin de pegarse al peralte, una fracción de segundo más de lo que indican las normas de seguridad, pues en seguida ha de desplazar ligeramente las nalgas e inclinarse en sentido contrario para tomar la de la izquierda, que es todavía más cerrada.

Entonces, cuando la recta se abre ante él, inesperadamente, en lugar de acelerar, pasa a segunda y luego a punto muerto y aparca la moto en la hierba de la cuneta.

El guardavías había visto algo al entrar en la curva. Ahora retrocede. Era una pequeña ermita, no más grande que una cabina telefónica, a un lado de la carretera. La mitad superior de la herrumbrosa puerta tiene una reja. Dentro, bajo el arco de piedra, hay una Virgen de pie, subida a una repisa. El muro tras ella tiene unas flores pintadas sobre un fondo azul medio desconchado. Jean agarra suavemente los barrotes de la reja e inspecciona el interior. La imagen está ataviada con un ropaje azul celeste, y sus manos y rostro son rosa pálido. Tiene la cabeza baja, y los brazos le cuelgan a los lados del cuerpo con las palmas de las manos vueltas hacia el frente. Jean no ha vuelto a rezar desde que era un niño, y entonces las oraciones eran una especie de salmodia dirigida por el Señor Cura, que oficiaba de director de orquesta. ¿Cómo hacerlo? Es un hombre práctico. Sabe cómo hacer una trampilla en la puerta trasera para los gatos y el cachorro, pero ¿cómo se reza a través de una reja? Leí la pregunta en sus paletillas mientras estaba allí parado delante de la ermita. Y sé cómo responde. Cuando está poniendo una ventana o colgando una puerta, primero la presenta, la pone en el espacio donde va a ir; entonces ve más fácilmente qué es lo que tiene que hacer a continuación. Del mismo modo, empieza presentando su dolor. Presentándose a la imagen. Oigo sus palabras a través de sus paletillas.

No estoy acostumbrado a rezar. ¿Tengo que mirarte? Tú tienes la vista baja, así que yo haré lo mismo. Se va a morir. Se pondrá cada vez más enferma y después tendrá una muerte horrible. Indefensa. Esta enfermedad no es como las demás. No lo dicen, la llaman retro virus. Como si con esto lo dijeran todo. En otras enfermedades, te llega un día el soplo de la muerte. En esta enfermedad, la enfermedad de Ninon, la vida te abandona lentamente. La vida te deja poco a poco, parte a parte. ¿Me sigues, Santa Madre de Dios? Sus capacidades desaparecen una por una, y no hay noche, ni estrellas, sólo un sótano del que nunca puede salir y en el que nadie puede permanecer. Le dan medicinas que le hacen daño, pero que detienen la muerte durante algún tiempo. Mientras no llega la muerte, hay dolor, hay tiempo, pero no hay esperanza. Ella es tu hija también. No se puede pedir nada y puede pedirse todo. Enséñanos a convertir la nada en todo, Santa María. La mayoría de la gente mira a otro lado. Tú no, porque eres una imagen. Tienen miedo, yo tengo miedo. Tú no pierdes la calma porque eres una imagen.

¿Cómo se puede convertir la nada en todo?

La prueba ha salido negativa, dice Gi-no en el teléfono, estoy limpio.

Pues sigue así, le digo yo.

Quiero verte.

No se puede hacer nada, Gino.

Ninon, esto no cambia las cosas...

¡Cómo que no cambia las cosas! Mi vida está destruida, así que no me vengas diciendo que no cambia las cosas. ¡Tal vez no las cambia para ti!

Quiero verte.

No.

Sólo una vez.

¿Para qué?

El viernes por la mañana; te recogeré en la furgoneta a las ocho y media.

Estaré trabajando.

Cógete el día libre.

Cuelga antes de que pueda contestarle. ¿Qué es lo que quiero? No saber siquiera lo que quiero, no saber ni yo misma lo que quiero, ahí es donde empieza la soledad.

El guardavías está arrodillado en la hierba; todavía con el casco puesto, reclina la cabeza en la herrumbrosa puerta de la ermita. Un coro de voces recita las palabras que oigo ahora.

Dios no tiene poder. No tiene poder porque ama. Si hubiera retenido poder no amaría como lo hace. Querido Dios, ayúdanos en nuestro desamparo.

Se pone en pie como si se hubiera arrodillado para recoger algo del suelo. Y se quita el casco al alejarse.

Gino me conduce a un lugar que se llama Zibello, donde el río es muy ancho; tiene más de un kilómetro entre orilla y orilla e islas en el medio. Salimos de su furgoneta Mercedes, cuya trasera va cargada de camisas y calcetines, y me lleva de la mano sin decir palabra hasta un embarcadero. Hay varias barcas amarradas, y el lugar está desierto. Como llevo tacones —me he puesto las sandalias blancas—, voy atenta a las ranuras entre las tablas; no quiero tropezar. Y veo un gato muerto flotando en el agua.

No, digo, isácame de aquí! Llévame a un parque o a un café decente de Cremona.

Ninon, no te pongas nerviosa. Te he traído aquí para enseñarte algo.

Pues date prisa.

¿Ves aquella isla?

¿La que tiene árboles hasta la orilla?

Sí, ahí es a donde vamos. Vamos a esa isla.

¿Para qué?

Para acostarnos.

No, Gino, paso de eso. No quiero follar más en mi vida.

Iremos de todos modos.

Sabes que puede matarte, Gino. Basta con que te frote en los dientes una gota de mi sangre para que tengas una muerte probablemente horrible, un año o dos después de la mía.

Espera a que lleguemos.

No significa No para los dos, y estoy diciendo que No.

Siéntate en los cojines.

La barca se mece cuando me subo y chapotea en el agua. Salvo esto, el río está en completo silencio.

Se hunde mucho, le digo.

¿Sabes cómo se llaman estas barcas, Ninon?

¿Cómo?

Se llaman *barchini*. Los venecianos se inspiraron en ellas para sus góndolas. En un río tan grande como el Po, tienes que estar todo el tiempo observando a donde vas, no puedes remar como un idiota y mirar atrás de vez en cuando, como en los botes normales, tienes que saber adonde quieres llegar y mantener los ojos bien abiertos, o el río te arrastra, como se está llevando aquel árbol de allí, como le he visto llevarse bueyes y camiones.

Así que alguien inventó el *barchino*, que te permite remar y mirar al mismo tiempo hacia donde vas.

Gino y yo estamos solos en esta sábana de agua, inmensa, opaca, amarillenta. Estamos tan hundidos que no sé dónde acaba el agua. No veo la orilla. El tronco de un gran árbol pasa a nuestro lado arrastrado por la corriente con un pájaro posado en una de sus ramas.

¡Mira qué pájaro!

Es una lavandera, dice Gino, *un piovanello*.

Me vuelvo para comprobar adonde nos dirigimos. Estamos cruzando directamente hacia la isla.

¡No significa NO para los dos!, repito.

Asiente con la cabeza, pero está concentrado en los remos. Rema de pie, apoyándose en ellos como si fueran un par de muletas. En cada palada, bate el talón del remo de una forma parecida a como se sacuden los perros las patas al salir del agua, salvo que Gino sacude el remo sin sacarlo. No se ve a nadie.

¿Vienes mucho aquí?

No, no había vuelto desde que se ahogó Pedro.

¿Se ahogó?

Río arriba, donde el puente del ferrocarril, cerca de Cremona.

¿Por qué se ahogó?

Se cayó al río.

¿No sabía nadar?

Sí, sí que sabía.

Lo miro. Sigue sacudiendo los remos, primero uno y después el otro, como los perros sus patas traseras, y sigue ahí de pie, muy alto. Meto la mano en el agua, que está sorprendentemente helada. No se ve el fondo; es tan opaca como una manta, incluso la leche es más transparente que esta agua.

Cuando era niña solía ir con mi padre en la moto a las montañas, donde viven los pastores.

¿Por qué le cuento esto a Gino? Ya sé por qué. Hace un minuto o dos, el *barchino* cambió de dirección, y he sentido que nos impelía una fuerza que me ha recordado la potencia de la moto de papá. El de la moto es un impulso profundo y constante, y su potencia es mayor de lo que nadie puede calcular. Observo la orilla y veo que vamos muy rápido, diga lo que diga el agua.

Nos hemos pasado la isla, Gino. La hemos pasado.

La corriente arrastra la barca río abajo. Nada puede pararla. El agua nos rodea ahora. En las montañas, los glaciares hacen lo mismo. El río es rápido y el glaciar lento, pero nada puede detener a ninguno de los dos.

¿Qué estamos haciendo, Gino?

Estamos cruzando a la isla.

De pronto, comprendo: quiere matarme. Cree que será mejor para mí. Tal vez quiere que muramos los dos. Un pacto suicida en el Po. Salvo que no es un pacto. No me ha preguntado.

¡Para, Gino, para! ¡Vamos a la orilla, quiero volver!

Sin cambiar de postura, apoyado en los remos como si fueran muletas, niega con la cabeza. No tengas miedo, Ninon. Sé lo que estoy haciendo.

Sus palabras me tranquilizan. No sé por qué. Tal vez está mintiendo. Cierro los ojos. La inmensa fuerza del Po, empujándonos, se parece a la fuerza del sueño cuando caes en él. Es irresistible. Con los párpados apretados, sé que esto es cierto, no sólo algo que se me pasa a mí por la cabeza. El aire que me azota la frente se va haciendo más frío a medida que ganamos velocidad.

¡Rema a la orilla! No quiero morir.

Hace mucho rato, cuando todavía tenía los ojos abiertos, el agua estaba lisa; sólo formaba olas cuando encontraba algún obstáculo contra corriente, algo que no estuviera siendo arrastrado a su misma velocidad. Ahora, con los ojos cerrados, siento en las caderas y en los cojines en los que estoy sentada un oleaje que sube y baja monstruosamente,

elevando la barca y a nosotros con ella. Lo peor es su insistencia, pues ella me indica que lo que nos está transportando es líquido, es imparable y demasiado grande para ni siquiera percatarse de nosotros.

Algo me roza en la mejilla. Levanto la mano y una rama de sauce se me escurre entre los dedos. Intento agarrarla y se rompe.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Estamos al otro lado del río y el agua está en calma.

¿Qué demonios quieres ahora, Gino?

Ahora remamos corriente arriba, dice, y entonces cruzamos el otro brazo del Po y llegamos a la isla.

No se puede remar contra corriente.

Si vamos al extremo de la isla desde esta orilla, no hay corriente.

Creí que nos ahogábamos.

Deberías haber confiado más en mí, dice él.

¿Estás seguro de que no hay corriente en ese extremo de la isla?

Asiente.

¿Qué quieres enseñarme, Gino?

Cómo se llega a la isla.

No significa No, Gino. No significa No.

Si no quieres, no tienes ni que bajarte del bote.

¿Pues entonces para qué ir?

Para ver cómo llegamos.

Ya, ¡para que vea lo buen barquero que eres!, le digo.

No, para mostrarte cómo vamos a vivir, tú y yo.

Hice lo que Gino me dijo. No me bajé de la barca. Pero arranqué con rabia un puñado de hierba de la orilla y me la llevé a casa. Es la hierba de Gino.

Jean Ferrero encontró la pizzería por casualidad, pues torció en el sitio equivocado en Cortemaggiore, la ciudad de las refinerías de petróleo, y fue el grupo de hombres riendo a la puerta lo que le llamó la atención cuando se paró a preguntar cómo se iba a Cremona. Dentro hay una mesa muy grande en el medio del comedor, y en ella se sientan treinta hombres o más. Las paredes están alicatadas con baldosín blanco. Ha encontrado una mesita junto al horno, desde donde puede vigilar la moto aparcada en la calle.

Luciano, el *pizzaio*, trabaja en camiseta. La mayor parte de los clientes llevan los hombros al descubierto. Jean Ferrero ha colgado el casco, la cazadora y la camisa en un perchero, junto con los guantes. Algunos de los hombres llevan un gorro de papel de periódico, de los que se hacen en algunas partes, para trabajar, los obreros de la construcción; otros llevan gorras rojas y amarillas, de propaganda de las compañías de petróleo. Así que el grupo parece una fiesta. Los que ocupan la mesa grande se sientan todos los días en el mismo sitio, de modo que todos saben los puntos débiles de cada cual y cuánta agua o cuánto vino servirle. Es el más joven el que se encarga de ello. Los más viejos explican lo que sucede en el mundo.

Luciano aporrea la masa, como el preparador golpea a su pupilo para provocarlo. En un momento determinado se separa del horno y se asoma por encima del mostrador cubierto de harina para gritarle ajean: Se ve que sabe que en una pizzería sin risas no funciona el horno.

Una camarera, Elisa, sirve a todos los hombres. Jean observa la seguridad con la que lleva los platos y las botellas y la habilidad con la que sortea las manos largas y demasiado cariñosas de los hombres. Tiene más o menos la misma edad que Ninon.

¿Quién pidió la Siciliana?

Aquí, Lisetta, es para aquí, para Otello.

¿Por qué estás tan seria hoy, Lisetta? ¿No has dormido bien?

¿Te ha tenido despierta toda la noche, Lisetta?

¿Y la Cuatro estaciones? ¿Quién ha pedido la Cuatro estaciones?, canturrea.

Las muñecas de Elisa son también delgadas, como las de Ninon.

¡Lisetta! Regálanos con una sonrisa y tráenos agua, por favor.

Empecé con una mula, interrumpe Federico, hoy tengo el depósito de chatarra más grande de Lombardía. Quince hectáreas de chatarra. No puedo dormir y pienso en Gino, así que me doy una vuelta entre los montones, y me calman. Su inmovilidad me tranquiliza. Todas las cosas preciosas que traigo aquí fueron en su día fabricadas para que se movieran, para que giraran, como dicen. (Risa.) Ahora están todas quietas, muy quietas, rodeadas de cientos y miles de otras casi idénticas y quietas también. Debemos de estar a bajo cero. En algunos montones, los metales hablan. Todavía no estoy duro de oído. Zumban en el aire frío, gélido. Me detengo y escucho; sus zumbidos componen frases

enteras. A veces los metales hacen esto cuando las temperaturas bajan por debajo de cero. Del mismo modo que los metales más finos cantan con el calor acumulado, como los grillos, en las sofocantes noches de verano. Ya se lo estoy explicando, señor abogado, para que se vaya preparando para mi defensa. Le estoy explicando cómo lo decidí. Sin prisas, abogado. Los sonidos que salen de mis montones no perturban el silencio de la noche.

Y su sabiduría no es violenta. Por eso vuelvo a la oficina en paz conmigo mismo y seguro, seguro de que lo que ha de hacerse ha de hacerse pronto. Mañana. Se la libraré de cantidad de sufrimiento; en cualquier caso, está condenada. Y así Gino se salvará. Cuando me juzguen, expondré, con su ayuda, abogado, toda esta maldita situación, y todos los padres del país me apoyarán. El Chatarrero de Asola será un héroe nacional. Pero lo hago por su bien, por el bien de los dos. ¿Qué arma será la mejor? Me pregunto si tal vez mi Beretta 921, la que le compré a un abogado sardo. A lo mejor lo conoce usted. Agostino se llamaba. Me dijo que la había comprado como defensa propia en Cagliari. Allí los abogados tienen que llevar pistola, y me la vendió con una caja de munición.

Eres la felicidad de mis días, le dice a Elisa uno de los que llevan sombrero de papel de periódico.

¿Quiere pagar ya?, le pregunta Elisa a Jean Ferrero, quien mira, como un sordo, al horno del que Luciano acaba de sacar otra pizza.

Me acerqué demasiado, Gino, vi el dolor en sus ojos, tanto dolor que no cabía más. Entonces se echó a reír, y no pude hacerlo. Me bebí el café y salí. No pude hacerlo.

¿Quiere pagar ya?, le pregunta Elisa por segunda vez a Jean Ferrero.

¿Ves ese montón de enchufes? Se podría llenar un vagón con ellos. En principio, Gino, su porcelana se puede reciclar. Hay que clasificarlo todo. Poner las cosas iguales juntas, separar las que no lo son. Es lo que llevo haciendo toda mi vida. La gente lo mezcla todo. Lo tiran todo en el mismo sitio. Así lo convierten en basura. La basura no existe. La basura es la confusión que formamos al tirar las cosas.

No puedes dejarla, dices. Quieres, pero no puedes. Eso es ya basura, Gino. No quieres dejarla, pero sabes muy bien que sí que podrías. Ella te ha pedido muchas veces que la dejes. Nadie te lo echaría en cara si la dejaras. No tienes futuro. Esos radiadores de ahí

tienen más futuro que vosotros dos. En cualquier caso, *dejar* no es la palabra. Para dejar a alguien tienes que haber compartido el mismo techo, y vosotros nunca habéis vivido juntos en el mismo sitio. No se trata de dejar. Se trata de no ir más lejos, de detenerte. Y tú, tú quieres ir más allá. No te pregunto por qué. No necesito saberlo como no necesito saber por qué hay un metal que se llama tungsteno. El tungsteno existe.

Y el amor también. En tu caso, el amor es tan pesado como el tungsteno. Quieres darle todo a esa francesa. Pues entonces separa las cosas. La amas. Ella va a morir. Como todos. Va a morir pronto. Date prisa, pues. No puedes tener hijos, no puedes arriesgarte a transmitir ese horror a la siguiente generación.

Los antiguos creían que los metales se engendraban bajo tierra, todos ellos habían sido engendrados por la unión del mercurio con el sulfuro. Usa un *capote*, Gino, y cástate con ella. Te casarás con una mujer, no con un virus. La chatarra no es basura, Gino. Cástate con ella.

Las ruedas rechinan en los raíles cuando el tranvía gira. Es el nº 11, bajo las ventanas del piso de Zdena. Zdena está planchando una blusa en la habitación de la estufa. En el suelo hay una maleta abierta ya hecha.

Solía ayudar a Tante Claire a tender la colada. Salíamos juntas a la huerta con un barreño de plástico, un recipiente lo bastante grande para bañar a un bebé. Eso es algo que nunca haré. El barreño era azul. Las ocas picoteaban en la hierba. Íbamos cogiendo, prenda a prenda, la ropa mojada del barreño y la agarrábamos con pinzas en la cuerda. Yo llevaba las pinzas en el bolsillo del delantal. Eran de plástico, rojas y verdes, como los juguetes de los niños. Han matado a mis niños.

Cuando todo estaba tendido, ondeando al aire que soplaba en el valle, siempre me sorprendía ver la cantidad de ropa que habíamos llevado en el barreño Tante Claire y yo. ¡Llenaba toda la huerta! Cuando veo a Gino descargar su furgoneta tengo la misma sorpresa. Cuesta creer cuánta mercancía se puede meter en una Mercedes D320. Bajo los toldos, que tienen unos palos de madera como sombrillas gigantes, Gino empieza a colocar pantalones, chalecos, anoraks, gorras, bañadores, camisas, jerséis, pantalones cortos, cintas del pelo, corbatas, trajes, sandalias, albornoces, quimonos. No me deja ayudarlo a descargar. Tú puedes dar conversación a los clientes, dice, comprarán sólo por verte sonreír. Vende un tipo de albornoz que yo he denominado Túnica egipcia, y eso es lo que ha escrito él en el cartón sobre el raíl en el que están colgados: TUNICHE EGIZIE. 99.000 LIRE

El otro día me mandó a la furgoneta a buscar una camiseta para un cliente que estaba tan gordo que parecía que se tendría que poner una tienda de campaña en lugar de una camiseta. Y allí, detrás de un montón de calzoncillos, vi algo que parecía una carta con la letra de Gino, pegada con cinta adhesiva a un lateral de la furgoneta. ¿A quién escribe?, me pregunté. ¿Y por qué la ha pegado aquí? Estaba claro que no era un listado de mercancía.

Así que me agaché y la leí, y esto es lo que dice: Eres hermosa, mi amor, no tienes mácula. Tus labios, amada mía, saben a miel: miel y leche bajo tu lengua. Y el olor de tus vestidos es como el olor de mi casa. Tú, esposa mía, eres mi jardín, un manantial secreto, una fuente que nadie conoce. El olor de tus vestidos es como el olor de mi casa. Y abajo estaba escrito mi nombre en letras mayúsculas: NINON.

Salgo de la furgoneta inmediatamente y me pongo a gritarle delante de todo el mundo. Lo llamo mentiroso y tramposo.

Es de la Biblia, se defiende él.

Vete a la porra, Gino, le digo, sabes que tengo...

Y hete aquí que ante mis ojos de ciego apareció algo que forma parte de la historia, pero no sé cómo.

La cruz no es de una madera noble, como el cedro. Es una madera vulgar, de la que se usa para encofrar el hormigón. El cabello que cae por encima de su cabeza desplomada le oculta un ojo y la mitad del rostro. Los clavos de sus pies y las espinas de la corona clavada en su frente por manos enguantadas muestran por siempre la crueldad de los hombres. Esta crueldad utiliza cualquier cosa. Por eso el Cristo tiene un cuerpo. Su cuerpo también es amado. Fue traicionado, abandonado y olvidado, y fue amado. Su cuerpo — pálido, frágil, aniquilado muestra ese amor. No me preguntéis cómo. Preguntad a los delincuentes, preguntad a los niños, preguntad a la Magdalena, preguntad a las madres...

Zdena pone la blusa planchada y doblada encima de las otras prendas y mete la bolsa de aseo en la maleta. Se arrodilla para cerrarla y mira a la acacia al otro lado de la ventana. ¿Se olvida algo?

Tante Claire adora los pájaros. Sus ocas de picos encarnados me reconocen en cuanto doy la vuelta a la esquina para entrar en nuestra callecita al volver de la escuela. Las oye graznar y sale a hablar conmigo. Las ocas siempre están allí, la despiertan todas las mañanas, guardan la casa, ponen huevos, nunca se olvidan de levantar la vista del suelo a cada momento para ver si viene alguien y graznar, y si la hierba está demasiado alta y les impide ver, la alisan con las patas, que parecen planchas. Cuando a una oca le duele una pata cojea como yo cuando me duele un pie.

Siguiendo el curso del Po el aire está tan cargado que las golondrinas vuelan a la altura de las rodillas para cazar los insectos embotados por la presión. En los pueblos a lo largo de la SS 343, el polvo y las gallinas esperan, una pata en el aire, los picos abiertos. Se masca la electricidad. La barrera de un paso a nivel baja lentamente, suena la campanilla y parpadea la luz roja. Jean Ferrero aminora la velocidad hasta quedar totalmente parado, pone ambos pies en el suelo y endereza la espalda.

Vale, papá, ¿por qué no? Llévame a Atenas en Semana Santa. Si pudiera daría la vuelta al mundo. Así sabría lo que dejo atrás. ¿Tienes suficiente dinero para ir a Atenas?

Pasa un tren de mercancías. El guardavías cuenta sesenta y seis vagones. Caen las primeras gotas de lluvia. Primero muy dispersas, cada una de ellas como una baya acuosa que explota en el asfalto, esparciendo minúsculas semillas de agua en todas las direcciones. Se inclina sobre el depósito de gasolina y arranca. Conforme ganan velocidad, la lluvia también empieza a caer más y más rápida. El Po es una piel marcada de viruelas, y los barqueros no pueden cruzar. Tiene que abrir el visor del casco porque no ve nada. La lluvia le entra en los ojos, le golpea los párpados, cuando por fin acierta a leer PIADENA, el nombre de la ciudad en la que está entrando.

La plaza está desierta. Se baja de la moto y corre a resguardarse en el umbral más cercano. Entonces se sacude el agua, y una clase entera de niños que aguardan en el zaguán a que pase el chaparrón lo observan como si fuera un comediante.

A esto se llama llover, dice.

Estamos acostumbrados. Aquí siempre cae así.

¿Es ésta vuestra escuela?

No, aquí es el museo.

¿El museo?

El museo arqueológico. Venimos aquí a que nos pongan las inyecciones. *Puncture*. Detrás está el puesto de la Cruz Roja.

A veces el Po se desborda, grita otro niño, y se inunda todo.

Cuando el Po rompe un dique, no se lo puede parar.

La última vez fue hace once años.

¡Catorce!

¡Once!

¿Dónde está el museo?

Detrás de ese portalón.

Empuja la puerta y entra en una larga galería, escasamente iluminada y desierta, por donde avanza paralelo a una hilera de estatuas. La galería tiene un tejado de claraboyas, y la lluvia, que se ha convertido en granizo, las golpea con tal fuerza que se vuelve a poner el casco por miedo a que una piedra rompa uno de los cristales.

Pasa ante bandejas de monedas antiguas y estantes de cerámica. Luego se dirige a una vitrina y después de mirar dentro la coge entre las manos como si fuera un *flipper* y tuviera los botones correspondientes a cada lado.

Dentro hay un collar de oro dispuesto sobre un trozo de polvoriento terciopelo marrón. En una etiqueta escrita a máquina está consignada la fecha, 1500 a.C, seguida de una interrogación.

El collar está formado por unos tubitos dorados ensartados en un hilo. Los tubos no son más grandes que la uña de un niño. Cada tres tubos, cuelga una hoja de haya de tamaño natural. Pero éstas son de un oro batido más fino que cualquier hoja natural. Y tienen grabados los nervios, cuyas incisiones brillan como un pelo de platino.

Puesto en el cuello, las hojas revolotearían contra su esternón, contra sus clavículas, cuando ella se moviera. Cuando estuviera parada, palparían con su respiración, ligeras y metálicas, nítido su sonido. Llevar este collar sería sentirse protegida por todas las hojas de todos los árboles del mundo.

El guardavías busca las bisagras y el cerrojo de la vitrina. Saca una navaja del bolsillo. Examina la vitrina por debajo. Duda. Finalmente, la levanta. Las hojas del collar se agitan dentro. Da unos pasos llevando la vitrina agarrada contra el pecho.

Oigo una voz femenina que habla en griego homérico: Hace tanto tiempo que zarpaste, Kallias. ¿Dónde estás? Acércate. Me desnudo y me quito el collar, mi collar de hojas doradas, y mucho después —después de todo lo que he decidido no recordar mientras tú estás lejos, quizá después de habernos quedado dormidos una vez— me tiendo de espaldas, con el cabello sobre las almohadas, y me vuelvo, dejando al descubierto mi hombro izquierdo, y la mejilla derecha contra la sábana; así tú estás a mi lado y detrás de mí, acostado con el muslo izquierdo entre los míos, abriéndolos, y yo lo cabalgo y echo atrás la pierna derecha en busca de tu pantorrilla, y al tocarse nuestros tobillos, entrecruzamos los pies, y. tu brazo izquierdo pasa bajo el mío para tomar mi pecho, y tu otro brazo por encima de mí para tomar el segundo pecho, y entonces, con tu boca en mi nuca y tu nariz en el hueco de mi occipital, somos como uno, Kallias, mi mano izquierda aferrada a tus nalgas... Kallias.

El guardavías deja la vitrina en su sitio. Le habría gustado robar el collar. Le habría gustado comprarlo. Le habría gustado que su hija lo llevara. Le habría gustado regalárselo. Le habría gustado que ella lo tuviera para siempre. Y que permaneciera igualmente en aquel destartalado museo de Piadena.

Las calles huelen a polvo húmedo. Las golondrinas vuelan altas, tan altas como el campanario de la blanca iglesia de la plaza, y, como suele suceder después de una tormenta, la gente ha salido de las casas a ver qué pasa, como si fuera el amanecer de una nueva era.

Tres jóvenes han tomado posesión de uno de los bancos de piedra: dos chicos con camisetas blancas y una muchacha que lleva un chaleco. Sonríen, se agarran las rodillas entre los brazos, se apoyan unos en otros y esperan juntos, como siempre. En las ciudades pequeñas, como Piadena, en esta llanura donde el horizonte no oculta nada, esperan esos momentos durante los cuales la vida cuenta. Cuando surgen, esos momentos vienen y se van rápidamente. Después nada vuelve a ser igual, y entonces esperan de nuevo. El tiempo aquí se parece al tiempo de los atletas que se preparan durante meses o años para una prueba que dura menos de un minuto. Ahora ven al motorista cruzar la plaza y alejarse de su ciudad.

Zdena está en el rellano del quinto piso de la amplia escalera sin moqueta ni papel pintado, pero con un pulido pasamanos de madera. Ya ha sacado la maleta. Por la puerta entreabierta de su casa, echa una última mirada al espejo, a su mesa de trabajo, a los visillos de encaje de los ventanales, a los sillones donde se arrellanan y charlan sus amigos y a las mesitas abarrotadas de papeles. Lleva una elegante gabardina. Gira la llave lentamente, haciendo el menor ruido posible, como una madre que sale de la habitación de su hijo tras dejarlo dormido.

Gino quiere que nos casemos. Le he dicho mil veces que no. La semana pasada le dije: Vale. Recordé la hierba de Gino. La tengo colgada encima de la cama.

Luego iremos de viaje juntos, dijo.

¿Adónde?

No lo he decidido todavía, y si lo hubiera decidido ya, tampoco te lo diría. Será un secreto. Una sorpresa, dijo.

Ya sé dónde quiero casarme.

Dímelo.

¡En la desembocadura del Po!

¡Sí, dijo él.

¡Nos daremos la mano!, dije, y ya está, eso será todo.

Tengo una tía que vive en un sitio que se llama Gorino. No puede estar más cerca del mar. Nos casaremos en su casa.

En junio, dije.

El ocho de junio.

Gino sabe en qué día de la semana caen todos los días del año. Es por hacer los mercados.

El miércoles ocho de junio, en Gorino, dijo.

La forma de conducir de Jean Ferrero me hace recordar a Nikos. Nikos el de Gyzi. Íbamos a bañarnos juntos, antes de quedarme ciego. A Nikos le gustaba especialmente tirarse al agua desde las rocas de Varkiza. Cuando caminaba solemnemente hasta el borde y se paraba allí con los pies juntos, respirando profundamente, parecía que hubiera abandonado su cuerpo. Estaba ausente. Le había dado su cuerpo a un buzo y él, Nikos, estaba en otra parte. Después de zambullirse, cuando salía del agua para volverse a sumergir, era el buzo quien estaba mojado, no él. Nikos seguía en algún lugar del aire mirando al mar, al buzo, a las rocas y al sol. Y lo mismo sucede con el guardavías en su carrera entre Viadana y Bergantino. Ha abandonado la montura, está en el aire y desde allí contempla la moto, la carretera, al piloto. La carretera es una pequeña vía regional en la orilla norte del Po.

Escalamos la montaña detrás de la escuela, tenemos mucho cuidado con donde ponemos los pies para que no ruede ninguna piedra y no hacemos ruido, sólo el de nuestra respiración, así el centinela no nos oirá llegar; y cuando hayamos trepado hasta la cumbre, si están allí hoy, veremos las marmotas. El maestro nos dijo que se habían despertado la semana pasada. Se despiertan cuando se funde la nieve. Sin ella, sienten el frío y también tienen hambre, llevan cinco meses sin comer, han gastado todas sus reservas de grasa y les duelen los huesos. Así que se restriegan los ojos y la sangre vuelve a latir en sus venas. La marmota centinela aguarda en pie. Va a silbar. Nos ha visto. ¿Quién va?, pregunta. Gente de bien, contesto yo.

Cuando el centinela pregunta ahora: ¿Quién va? Respondo: La Peste.

Deslizándose, girando junto al gran río, guardavías y máquina se han convertido en una sola criatura, reducida la distancia entre la orden y la ejecución a no más de la existente en una sinapsis; y esta criatura, codos y muñecas distendidos, tórax negro junto a torso rojo, pies y plantas mirando a la carretera que deja atrás, sigue siendo observada por Jean Ferrero, quien lleva por los cielos la pena de la que nunca se libraré, aun cuando ahora, en este momento, mirando desde arriba su propia conducción, se sienta libre.

La moto de papá es muy grande. Grande como una oca, ancha y pegada al suelo. Me encanta su moto y me siento detrás. Cuando se me cansa el cuello, reposo la cabeza en su espalda. Nuestra moto hace que la tierra se incline cuando pasamos, rápido, rápido, por el aserradero de Maurienne.

Jean Ferrero se detiene cerca del transbordador de San Benedetto. Apaga la moto y camina hasta el río. Aquí tiene un kilómetro de anchura. Junto a la orilla hay un dique. Cuando estos diques se construyeron, en el siglo pasado, se patrullaban siempre que había riesgo de inundación. Una patrulla estaba formada por dos hombres provistos con una pala, un saco, un cuerno de caza y, por la noche, un candil.

Jean se sube al dique. Al otro lado, más o menos al mismo nivel del río, hay un sendero, una especie de camino de sirga con los márgenes crecidos de hierba y arbolitos. Lo sigue y se queda aislado de todo sonido, salvo el del agua.

Cuando el Po se desbordó en 1872, cuatro mil hombres y cien mujeres, que fueron las que cosieron el cañamazo, trabajaron durante siete semanas para cerrar la grieta.

Jean Ferrero se encuentra una hilera de butacas de cine fijadas al suelo a pocos metros del agua. Están manchadas de palomina, y el metal oxidado, pero los asientos todavía suben y bajan. Se sienta en una, se pone cómodo y contempla el Po. Un mirlo canta en un árbol un poco más abajo.

Fue peor que lo de los soldados del tren, papá. Fue después de nuestro viaje a Atenas. Me enteré por Filippo, un amigo que conocí en el hospital, también enfermo, enfermo de muerte como yo, de que en Milán dan una medicina nueva que sustituye al AZT, y quise enterarme un poco más de qué era. Gino iba a venir conmigo, pero no pudo en el último momento porque tenía que ir a una subasta de sandalias indias; el importador había quebrado y Gino pensaba que podría conseguir un buen precio. Así que me fui sola. El médico me recibió al final de la tarde, después de haber esperado todo el día. Me pidió que le dejara todos mis análisis, la cantidad de linfocitos CD4, etcétera.

Iba a dormir en casa de una amiga de Marella, así que antes de coger el metro para el extrarradio —los extrarradios son iguales en todas partes— me dije: ¿Por qué no dar una vuelta por el centro? Nunca había estado. Una vez, cuando era pequeña, me llevaste en la moto a Genova, y este año a Atenas, pero nunca había ido a Milán. El Duomo estaba bañado de luz, y me pareció que acababa de aterrizar, que acababa de aterrizar en la plaza vacía.

Supongo que así era como parecía cuando lo construyeron, tal vez más incluso, con los muros, las agujas, las estatuas, todos nuevos, pero en aquel tiempo nadie lo hubiera descrito así, porque entonces no se sabía nada del espacio y no habían visto cosas tan grandes como catedrales aterrizando y despegando. Lo único que podían hacer era silbar de admiración ante la nueva catedral, o inclinar la cabeza con reverencia, o vender cosas al gentío que acudía a contemplar la nueva maravilla del mundo. O también podían rezar.

Entré y encendí una vela por todos los que lo tenemos. Cuando salí había oscurecido, así que me di una vuelta por las arcadas. Las tiendas estaban cerradas y apenas había gente. Estaba dudando si entrar a tomarme un helado en un café que estaba todavía

abierto, cuando un perro se me echó encima. No era un perro peligroso, sencillamente era grande y difícil de apartar. Le di unos golpecitos cariñosos, le levanté las patas y lo empujé.

¡No hace nada!, dijo un hombre. El hombre llevaba una correa en la mano y puesto en la cabeza uno de esos canotiers de imitación que Gino llama *Canotier bananero*.

Mejor le pone la correa, ¿no?

Reparó en mi acento. ¿Estás visitando nuestra ciudad? Deja que te invite a una copa de champán del mejor.

Sólo bebo con mis amigos. Y lo aparté como había apartado al perro.

¡Eso es!, dijo, sólo con amigos! Vamos ahí mismo, donde Daniele, siempre tiene una botella de la Viuda helada aguardándome.

No voy a ir a ningún sitio con usted.

Una copa de champán. No hay nada malo en ello. Me agarró del brazo.

Creo que mejor se va. Le sobresalían la mandíbula y la boca, y la piel del abrigo le ocultaba el cuello. ¡Vayase!

Dame una razón.

Porque se lo estoy pidiendo.

En un instante me estarás pidiendo algo bien diferente, preciosa, y al final de la noche me estarás pidiendo muchas cosas más.

¡Vayase ya!

Dame una buena razón.

Vayase, tengo sida.

La fuerza con la que me tiró al suelo me sorprendió, me di con la cabeza en los adoquines. Creo que perdí el conocimiento, papá. Cuando volví en mí, el hombre estaba parado sobre mí. Tras él había una pareja de mediana edad. Debían de estar volviendo a casa por los soportales. Recuerdo el escaparate de una tienda de plumas estilográficas.

¡Ayúdenme!, grité, ¡por favor!

¿Saben lo que es esto?, gritó el hombre del perro, es una puerca con sida, que quiere propagarlo, contagiar, infectar al resto, eso es lo que quiere.

La pareja empezó a decir otras palabras. La mujer se descolgó el bolso del hombro y lo levantó para golpearme con él. Su marido se lo impidió. No va con nosotros, dijo.

Lo peor no eran las palabras. Lo peor era su odio. Me odiaban. Odiaban cada parte de mí. Como cuando alguien te dice que ama todo lo que hay en ti, ellos odiaban todo lo que hay en mí. Nada se salvaba.

De pronto, el perro levantó las orejas y se lanzó dando botes por la arcada hacia la plaza y la catedral. El animal iba tan rápido que se resbalaba en el mármol -y arañaba el suelo con las pezuñas. El hombre del canotier tuvo que echar a correr detrás de él. La mujer del bolso dio un grito de sorpresa y se apartó. Yo me puse en pie como pude para

perseguir a aquel hijo de puta que me había tirado, gritando *Senzapalle!* ¡Cobarde! ¡Cobarde! Ni el sombrero al caer detuvo su carrera tras el perro.

Volví cojeando a mi sitio en el soportal, al lado de la tienda de plumas, y me senté en la acera como si me sentara allí todas las noches de mi vida. No importaba lo que hiciera mientras fuera algo preciso.

Veía el asqueroso sombrerito tirado en el suelo. Allí sentada, bajo la marquesina de cristal, lloré y lloré hasta que mis lágrimas hicieron rodar las piedras de tu montaña.

¿Le gusta nuestro cine?, pregunta una joven voz masculina.

¿Sois vosotros los que habéis puesto aquí las butacas?, pregunta Jean a su vez.

Sí, nuestra banda, sí.

Nos gusta sentarnos aquí y pensar en el futuro. Yo tengo dieciocho años, Lunático, diecisiete, y Tenebrium tiene quince. Es el más dotado, Tenebrium. Podría llegar lejos en cualquier parte. ¿Es usted polaco?

No, soy francés.

Vimos la matrícula francesa en su moto, pero por su acento parece polaco. Nos gustaría ir a Gdańsk.

Sí.

Hay un genio trabajando en Gdańsk.

¿Y qué hace ese genio?

Yo no dejaría la moto ahí sola en la carretera. Hay una banda de ladrones —no como la nuestra— que opera en Mantua. Tráigase aquí la moto. Con nosotros está segura.

¿Se junta con la carretera este camino?

Sí, junto al transbordador. No le llevará más de cinco minutos.

Debería irme ya, dice Jean Ferrero.

Ve esa cabaña junto a la orilla, le llamamos el Hospicio. Está bien surtida. Tómese una Coca-cola con nosotros antes de irse. ¡Eh, tú, Lunático, ven, éste es el dueño de la Honda CBR roja!

¡Qué maravilla!, dice el chico, examinando la moto.

Este es Lunático, dice el que se acercó a las butacas, y yo soy Juan el Bautista. Y él es Tenebrium.

¿Le gustan nuestros «alaos»?

¿Alaos?

Las identidades que nos hemos puesto. ¿Cuál se pondría usted?

Cruz de San Andrés.

¿De dónde lo ha sacado?

Es un tipo de señal de las vías férreas para indicar precaución. ¡Aspa!

¿Cuánto cuesta nueva una moto como la suya?

Un montón, responde Jean.

Ha hecho ochenta y ocho mil kilómetros, dice Tenebrium, inclinado sobre los diales.

Tenebrium quiere comprarse una moto cuando tenga dieciocho, dice Juan el Bautista, pero tendrá que viajar mucho para conseguir el dinero.

¿Tenéis trabajo vosotros?, pregunta Jean Ferrero.

No, ninguno. Vivimos con nuestros padres, en Parma, cuando no estamos aquí en el Hospicio. Venimos aquí a descansar. Al volver a Parma, viajamos.

¿Que viajáis?

Por todo el mundo, dice Lunático.

Por eso sabemos que hay un genio en Gdańsk, dice Juan el Bautista.

Lo que yo digo es que ese tipo de Gdańsk es un gran Capitán Crunch, dice Tenebrium.

¿Capitán Crunch?

¿Le decimos quién es el Capitán Crunch?

Mejor probarlo primero.

Dejadlo en paz, dejadle que se tome la Coca tranquilo.

Todo es hermoso, dice Juan el Bautista, todo lo que existe, salvo el mal, es hermoso.

Mire qué nombre más bueno se ha puesto, dice Lunático. Se ha bautizado Juan el Bautista y habla como la Biblia.

¿Sabe cuánta agua por segundo pasa por aquí?, pregunta Tenebrium. Nunca se lo imaginaría: iquince mil metros cúbicos por segundo! Lo que yo le diga.

Una visión celestial, continúa Juan el Bautista con la mirada clavada en las aguas y en los arbolillos de la ribera opuesta, donde todo es hermoso, salvo el mal. Allá arriba en el cielo no hay necesidad de estética. Aquí, en la tierra, la gente busca la belleza porque les recuerda vagamente el bien. Esa es la única razón de la estética. Nos recuerda a algo que ha desaparecido.

¡Mirad ese tipo remando en su *barchino*!, dice Lunático.

Desde aquí no se ve la corriente. Si te acercas a la orilla te percatas enseguida. Es irresistible.

¡Eh! ¿Por qué no nos da una vuelta en su moto?

Hasta que oscurece, Jean Ferrero los lleva detrás de él en la moto, camino de sirga arriba y abajo: primero a Tenebrium, luego a Lunático y, por último, a Juan el Bautista,

Conduce despacio y contempla la vasta extensión del río, que le va resultando cada vez más familiar, como si lo estuviera cruzando de orilla a orilla, cual barquero, en cada vuelta con los chicos.

Inaudibles anuncios de llegadas y salidas de trenes por los altavoces y el zumbido del vacío reverberante de una gran estación de ferrocarril. En el vestíbulo principal de la Hlavná Stanica de Bratislava busco a Zdena. No está allí. Salgo y miro en la parada de taxis y allí oigo una voz masculina. No sé de quién es.

Visto a tiempo, Mercedes 500 SL metiendo el morro al otro lado del puesto de perritos calientes. Veo que Vlady se ha hecho con otro carrito. Va por el tercero esta tarde. Cien *bailes* —a no ser que le saque doscientos a alguno que llegue rezagado con mucho equipaje. Tengo que llamar la atención del Mercedes 500 SL gris. Atraer su atención con autoridad. Sin ella, soy un mierda. Lo estoy intentando, amigo, con la cabeza, con el cuello, con los hombros, con la mano derecha, con la mirada, estoy intentando atraer la atención del Mercedes 500 SL con autoridad, como si tuviera un sitio, como si llevara un uniforme con gorra, como si llevara unas brillantes botas y no un anorak roto y unas zaptillas sin cordones. Tengo que llamar la atención del conductor. Si lo consigo, podré ofrecerle el sitio

vacío. Puede que él ya lo haya visto, pero si atraigo antes su atención, será mío antes que suyo. Era el sitio que guardaba para él. Se ha quedado libre hace un minuto. Me acercaré veloz como un rayo. Se llevará una mano al bolsillo y me soltará cien o, con un poco de suerte doscientos. Una lata de Pilsner. Se lo vigilo, señor. Uno de nosotros estará aquí todo el rato, señor, no se preocupe. Cuatrocientos. Podrían ser quinientos. No consigo hacerme ver. No me mira. Al menos podré abrirle la puerta, agarrar la manivela. No alcanzo a agarrarla. Cierra el coche con el mando automático y se aleja a grandes zancadas. Me he quedado sin sitio donde poner mi nombre. Sin nombre. Sólo soy Ese Mierda de Ahí. En el bolsillo del anorak tengo, tenía, solía llevar, una navaja. Podría pinchar la ruedas del SL. No la encuentro. Está entrando un ZIL negro ruso. Limusina con cortinas en las ventanillas. El chófer es caucasiano. Me atropellaría si pudiera. Está intentando...

Quédese a pasar la noche, dice Lunático al guardavías, tenemos colchones y haremos un *risotto*.

¿Me queréis decir quién era ese Capitán Crunch?

Es. Todavía vive, está escondido.

¿Ha oído hablar de la frecuencia 2600?, pregunta Tenebrium.

El guardavías hace gesto de que no.

Es una nota, un do agudo, utilizado por el sistema telefónico de Bell para anunciar el final de una llamada telefónica. Pues bien, ese tipo que se solía llamar a sí mismo Capitán Crunch descubrió que un pito de juguete que regalaban en los paquetes de cereal Capitán Crunch reproducía la nota perfectamente si se le ponía una pequeña gota de pegamento en el agujerito exterior.

¿Le sigue?, pregunta Juan el Bautista.

¿Por qué no iba a hacerlo?

Entonces, tocando el pito de juguete por el teléfono, el Capitán Crunch entraba en el ciberespacio del sistema telefónico y así impedía que cargaran las conferencias a la cuenta desde la que él hacía sus llamadas. ¡Podía hablar gratis con todo el mundo! Esto fue hace más de veinte años. Luego pasó a los ordenadores y se convirtió en el Gran Pirata, el maestro de todos los piratas del mundo.

Casi todo lo que sabemos, dice Juan el Bautista, lo hemos aprendido de él. Fue él quien demostró que era posible entrar en los sistemas.

Fue él, sigue Tenebrium, quien inventó el término de la Hermandad del Chip, y hoy debemos de ser unos dos mil en el planeta, incluyendo a ese otro genio que hemos encontrado en Gdańsk. Tenemos acceso a su sistema, por eso lo sabemos.

También hemos inventado un virus.

Pero no es nuestra principal actividad.

¡Pirateamos para vivir!, dice Lunático, pirateamos para permanecer en el planeta.

Y para demostrarles que no pueden dejarnos fuera y que nunca lo conseguirán. Podemos *download* cualquier sistema.

El paraíso no es para vivir, dice Juan el Bautista, es para visitar.

Sabe lo que pensaba cuando iba detrás de usted en la moto, dice Lunático. Usted busca las señalizaciones cuando se dirige a algún sitio, ¿no?, busca las señalizaciones del lugar al que se dirige, y en cuanto ve una, el nombre que lee en ella da sentido a los bosques, los ríos, las escuelas y jardines, los hospitales, las barriadas y los túneles, a todos los lugares que atraviese por esa carretera. Y lo mismo sucede con nuestros viajes, en cuanto nos colamos por una puerta trasera, sabemos lo que estamos buscando. En la vida, creo, puede ser el nombre de una persona, en vez de un lugar, lo que da sentido a todo lo que encuentras. Una persona que deseas o que admiras. Esto es lo que pienso ahora, franchute.

Pirateamos para permanecer en el planeta, repite Juan el Bautista.

Un vehículo que traquetea; el crepitar de unas ruedas que no corren sobre raíles, sino sobre asfalto; el ronroneo de un motor; una sensación de estar acolchado entre almohadones, como un niño dormido en un sofá; voces que cuentan largas historias en eslovaco; en el asiento trasero, una pareja en luna de miel, la novia todavía con las rosas en la mano; junto al conductor, un grupo de comerciantes especializados en cristal que van

a Venecia a ver a los sopladores de vidrio; una danza bohemia sale del altavoz; un ligero olor a cerveza: Zdena viaja en el autocar que cogió delante de la estación de ferrocarril de Bratislava.

Está sentada al lado de un hombre calvo que lleva un traje oscuro y una insignia que pasó de moda hace veinte años. Llevan dos horas sentados juntos y todavía no han cruzado palabra. Ni siquiera la entrada en Viena les hizo hablar. El se quitó el sombrero, y ella los zapatos. Después de esto, ambos se acomodaron en su limbo personal. Ella miró por la ventanilla, y él leyó el periódico.

Ahora abre la cartera y saca un paquete envuelto en papel marrón. Lo desenvuelve y saca unos bocadillos de fiambre. Alzando todo el paquete, le ofrece uno a su compañera de asiento. Ella lo rechaza. El se encoge de hombros y muerde el primer bocadillo.

¿Se ha dado cuenta, dice él con la boca llena, de que los pepinillos, los *kysléhorky*, saben cada vez más amargos?

Ella no responde.

¿Es la primera vez que va a Venecia?

Sí, sí lo es.

Tiene una voz que no encaja con su aspecto reticente. Es la voz de una cantante nata, que no necesita buscar una forma de expresión porque la expresión es precisamente su principal cualidad. Las cuatro palabras —sí, sí lo es— sonaron como si constituyeran la historia de toda una vida. El debe de ser por lo menos quince años mayor que ella.

Ella vuelve a mirar por la ventanilla. Va a oscurecer pronto. El último sol ilumina las lejanas montañas, una iglesia escondida entre las colinas, las hojas —incontables millones de hojas, de las que las más próximas a la carretera se agitan con la corriente que forma el paso del autocar—, las casas de tres pisos de los pueblos, los manzanos, muchas vallas de madera, un caballo solitario.

Estoy seguro de que le va a gustar mucho Venecia.

Sólo cambio allí de autobús.

Es esa hora a la que encierran las gallinas en las alquerías que dejan a su paso, y las viejas hacen una bola de papel de periódico y, metiéndola en el fogón junto con la leña menuda, van en busca de las cerillas.

¿Por qué no toma una naranja? En Venecia ya veremos cerezas. ¿Adonde va luego?

A la boda de mi hija.

Un feliz acontecimiento, entonces.

Pues no mucho. Mi hija es seropositiva.

Sin pararse a pensarlo un momento, Zdena ha contado a un hombre que no conoce de nada algo que ha dudado en contar a sus amigos más íntimos. Lo mira como si fuera él, y no ella, quien hubiera dicho algo chocante. La piel de su coronilla calva es tan suave como una bufanda de seda humedecida para planchar.

Lo siento, susurra él.

Eso supongo.

El chófer baja el volumen de la música y anuncia por el altavoz que en cinco minutos el autocar se detendrá en Gasthaus para quienes quieran ir al servicio y comprar bebidas.

Tarda bastante en desarrollarse, dice el calvo, y es posible que mientras tanto...

¿Es usted médico?

No, taxista.

Y quiere que lo crea. ¿Por qué va usted en autocar si puede ir en taxi?

Estoy harto de conducir, explica él.

No tiene usted cara de taxista, replica ella.

Pues no puedo evitarlo..., soy taxista... y en cualquier caso es inútil ir con coche a Venecia..., en Venecia uno anda.

Zdena se queda en silencio, quizá preguntándose qué está haciendo.

Taxista. Resulta difícil creerlo, dice ella.

Todos estamos viviendo cosas que resultan difíciles de creer, dice el hombre, cosas que nunca imaginamos.

Cuarenta minutos, dice el chófer por el altavoz, ni uno más, por favor.

Deja aquí a la gata, Gino. Me gusta tenerla sobre el pecho. Ronronea. Dicen que los gatos atraen la electricidad estática cuando se te suben encima. El miedo produce un montón. La gata no está asustada. No sabe nada. Su calidez me penetra en los huesos. La siento ronronear entre las costillas. Sí, apaga la luz. Creo que me dormiré un rato.

Cuando Zdena y el calvo, que se llama Tomas, regresan al autocar, ya están embarcados en una intensa conversación.

¿Qué le digo cuando la vea? No soporto las mentiras. Me he pasado la vida luchando a toda costa contra la mentira. Pero es algo superior a mis fuerzas. No lo puedo soportar.

Tiene usted una voz que no puede mentir. Hay voces que no pueden mentir.

¿Sí?

No tiene necesidad de mentir. Lo que necesita es calma.

Hace seis años que no la veo. Como se puede suponer, me siento culpable: si hubiera estado con ella, no habría sucedido. No debería haber vuelto, debería haberme quedado en Francia con ella. Me necesitaba. Tengo yo la culpa.

No hay culpa.

Es muy joven, muy joven.

Aquellos amados por los dioses...

No hay amor en el sida. Soy científica, dice Zdena, sé de lo que estoy hablando. Nada de amor. Ni una migaja.

No se asuste, ciudadana.

¡Ciudadana! Es usted la segunda persona en esta semana que me llama ciudadana. Creía que era un tratamiento que todos despreciaban.

¿Le gusta oírlo?

Ahora que ya no se usa, supongo que sí. Cuando se usaba odiaba la hipocresía que encerraba. Hoy me recuerda a cuando era joven, cuando soñaba con entrar en el Conservatorio.

Se hace un silencio. Los dos están recordando.

Así que se va a casar, dice el hombre.

Un italiano se ha enamorado de ella e insiste en casarse. Una locura.

¿Lo sabe?

Pues claro.

¿Por qué es una locura entonces?

Sea razonable. Está loco.

¿Ella no quiere casarse?

Ella quiere y no quiere. No pueden tener hijos. Nunca sabré lo que siente. Nadie puede saberlo. ¡Pero yo lo noto aquí! Zdena utilizó la palabra eslava *douchá*, y su forma de pronunciarla, al tiempo que se llevaba la mano un poco más abajo de la garganta, indicaba que, aunque era pequeña de tamaño y ligera como un pájaro, su ansiedad y su desesperación eran inmensas.

Fuera, los árboles son más oscuros que el cielo, y el conductor ha puesto una cassette con una ópera de Verdi. La pareja en luna de miel se hace arrumacos y los comerciantes abren latas de cerveza.

¿Está en paro su futuro yerno?

Vende ropa. Ropa de hombre.

Entonces trabaja en unos grandes almacenes.

No, en los mercados callejeros. Se llama Gino.

Esa es la abreviatura de Luigi.

Así es, taxista.

Por lo que dice, no lo conoce todavía, ¿no?

Tengo una foto de los dos en Verona. Me la mandó mi hija.

Es muy guapa su hija, y iya parece italiana! Gino es exacto a un joven dibujado por Lucas van Leyden: la nariz y los dientes grandes, y las muñecas largas. Hace mucho

tiempo, casi cinco siglos. Tengo una postal del dibujo en casa. Lucas lo pintó probablemente unos meses después de conocer a Durero, con quien se había intercambiado dibujos en Amberes.

¿Por qué sabe tanto?

Gino y el hombre del dibujo de Van Leyden tienen el mismo tipo de independencia. Está en sus caras, en esos dientes y en esa nariz. No tiene nada que ver con el rango. Los hombres como ellos nunca tienen poder. Son caballeros andantes. Mucho después los americanos convirtieron al caballero en *cowboy*, pero es mucho más antiguo que América. Es ese personaje de los cuentos populares que viene a buscarte y te lleva con él en su caballo. No a un castillo, porque no lo tiene. Vive en una cabaña en el bosque. Nunca ha aprendido a contar.

Digo yo que habrá de saber contar si se dedica a vender ropa en los mercados.

Los precios, sí; las consecuencias, no.

Por eso digo que está loco, no sabe lo que está haciendo.

Sabe exactamente lo que está haciendo. Más que usted o que yo. Cuando nosotros hacemos algo, cuando decidimos hacer algo, ya estamos pensando en cómo será cuando esté hecho, cuando haya pasado. El no. El sólo piensa en lo que está haciendo en ese momento.

Su gran pasión, al parecer, es pescar en el Po.

Su pasión es su hija.

Zdena baja la cabeza, como avergonzada. El autocar pasa ante un castillo con todas las ventanas iluminadas y cientos de coches aparcados fuera.

Lucas van Leyden, dice el calvo después de un silencio de varios minutos —un silencio realzado por los ronquidos de los pasajeros que se han quedado dormidos—, Lucas van Leyden murió antes de los cuarenta.

No creo que los pintores holandeses del siglo XVI anden cogiendo taxis en Bratislava, ¿cómo sabe todo eso?

Todos los días me llevo conmigo un montón de postales para mirarlas mientras espero entre carrera y carrera.

Zdena levanta, la cabeza y, por primera vez en semanas, se echa a reír.

El calvo sacude la cabeza y sonrío.

Entonces ella dice: Cuando lo escucho, tengo la impresión de que despliega todo ese conocimiento enciclopédico —pues eso es lo que es—, para no tener que enfrentarse al dolor, a la crueldad de la vida.

Con el antiguo régimen, trabajaba en una enciclopedia.

¡Eso lo explica todo!

La *Encyklopédia Slovenska*, anuncia él.

La tengo. ¿Era usted uno de los editores?

Intenté quedarme con los pintores. Era el editor general.

¿Y ahora?

¿Qué esperaba? *L'ancienne encyclopédie!* No hay dinero. Nos pusieron en la calle y nos dieron a cada uno cincuenta enciclopedias para vender. Si lo conseguíamos, podíamos quedarnos con el dinero.

Seguro que no fue fácil.

No vendí ni una. No me desprendí de mi coche y me hice taxista.

Usted pierde su trabajo en una enciclopedia, Tomas, y yo empiezo a escribir un diccionario de términos políticos. Somos enemigos políticos.

Mi mujer cose... No, no... Sí, hágalo..., llore...

No he llorado nada.

Entonces llore, querida, llore.

Los sollozos la ahogan y para que no la oigan, hunde la cabeza en la chaqueta de su compañero. Luego intenta hablar, pero no le sale la voz. Entonces dice:

*...y que una negra montaña
haya dejado sin luz al mundo.
Ya es hora, ya es hora, ya es hora
de devolverle a Dios su título.*

El autocar avanza a buena marcha por la autopista. Los comerciantes se beben la última cerveza. La novia reclina la cabeza en la entrepierna de su esposo. Y Tomas enlaza a la mujer de Bratislava que acaba de citar a Tsvetayeva.

Pronto todos los pasajeros se habrán quedado dormidos, y el chófer quitará la música. Le es más fácil no adormecerse sin ella.

Estaba en el bar de El Píreo. No había nadie más. Yanni se había ido a dormir. Había perdido el último tren a Atenas y esperaba a que el nieto de Yanni me llevara a la azotea donde iba a pasar la noche. La voz que oí en el bar desierto estaba borracha.

Entiéndelo bien, dolor es lo que das, no lo que recibes. Los que lo reciben son una mierda. No saben defenderse, eso demuestra que son una mierda. Mira cómo hablan. El dolor es lo que das cuando tienes que hacerlo. Y el resultado es que eres el Amo. Estar arriba es estar vivo. Creen que están vivos, pero no lo están. No están bien hechos, son unos inútiles. Te camelan. Te camelan y te suplican. Escúchalos y estás perdido. Si los dejas, viven más que nosotros. Duda, y los hombres te rajan. Con las mujeres sabes más lo que hacer. Sólo odian si las dejas odiar. Entra antes de que odien. Si no demuestras quién eres, también tú eres un mierda. Entra. Siéntelos debilitarse. A ambos, hombres y mujeres, pero no por las mismas razones. Con cada uno que cae, aumenta tu fuerza. La primera vez mejor tener compañía. No conoces todavía tu fuerza. Y si no conoces tu fuerza, eres débil. Esto es cierto en todas las lenguas. Luego se convierte en una rutina. Te dices, lo he hecho una vez, ¿qué pasa? Lo he hecho una docena de veces, que les den por saco a las mujeres. Lo he hecho veinte veces. Da igual. Te sacude la rabia. Demasiado tarde. Todos pasamos por ello. Luego desaparece la rabia, y entonces sabes seguro quién eres y lo que eres capaz de hacer. Ser el Amo es estar vivo... hasta que estás muerto. Amén.

En la cabaña a orillas del Po donde duerme Jean Ferrero, se oye el río: suena como una lengua humedeciendo unos labios reseca. Pero los ríos nunca hablan, su indiferencia es proverbial. El Alama, el Po, el Rin, el Danubio, el Dnieper, el Sava, el Elba, el Koca, donde algunos soldados extraviados del ejército de Alejandro Magno se enfrentaron a los rezagados de las milicias persas en una escaramuza de la que no se guarda memoria escrita: no hay gran río por el que no hayan muerto hombres en el campo de batalla, arrastrada su sangre a los pocos minutos. Y por la noche, después de las batallas, empiezan las masacres.

El chófer conduce muy despacio, pues hay muy mala visibilidad. Los limpiaparabrisas apenas logran despejar el cristal pese a que parecen rastrillos. Los faros iluminan una cortina de nieve, tras la cual no se distingue nada. Aminora la marcha a la velocidad de un hombre caminando y finalmente se detiene, echa el freno de mano y apaga el motor.

Con el motor apagado, se oyen más fuertes los ruidos de los pasajeros dormidos: los ronquidos, el burbujeo de las respiraciones, un rumor semejante al del órgano cuando el organista ha dejado de tocar. Fuera del autocar, silencio, un silencio de plumas.

Zdena se rebulle en el asiento, abre un ojo, se lo frota, limpia el vaho de la ventanilla con la mano izquierda. Limpia, no revela nada diferente. Copos de nieve cayendo tan juntos que se tocan.

Estamos perdidos. Dirige estas palabras al hombre sobre cuyo hombro acaba de despertarse.

El calvo abre los ojos y se percata de la nieve.

Debemos de estar cerca de Packsattel, dice. Lo que no entiendo es por qué estamos parados.

Porque no podemos seguir.

Todavía medio dormida, vuelve a reclinarsse en su hombro.

Deberíamos poder continuar, dice, deberíamos, pero no lo hacemos. Dicen que el comunismo ha muerto, pero nos hemos rendido. No tenemos nada que temer y nos asusta todo.

Para que algo muera, dice el hombre, para que algo esté muerto, tiene que haber estado vivo antes. Y éste no fue el caso del comunismo.

¡Pero si tenía carné del partido!

Por eso no se puede hablar de que haya muerto. Es una estupidez decir que está muerto.

¿Es que nos vamos a quedar aquí para siempre? Quedarnos para siempre. ¿Siempre? ¿Para siempre?

Sshh... Le contaré una historia. ¿Me oye?

«Dejad que cante mi pesar desde lo alto de la montaña», Zdena le da pequeños tirones de la manga, pellizcando la tela. Eso es también de Marina Tsvetayeva, ¿lo sabía?

Una vez, dice Tomas, una vez había un hombre que se llamaba Ulrich. Vivía en el Koralpe, que está probablemente cerca de aquí. Esto sucedió hace cincuenta años.

Por la época en que se ahorcó Marina, dice Zdena.

Ulrich tenía una cabaña en los prados altos, a cuatro horas andando de la carretera. Todos los veranos subía sus cabras y sus dos vacas. Por las mañanas, salía descalzo a la hierba y recogía con una pala todas las bostas de vaca y las echaba a un montón. Hacía esto como quien pasa la aspiradora en la moqueta de una casa. Todos los hombres hacían lo mismo en los prados altos, porque las vacas se niegan a pastar donde hay bostas de

varios días, y en la feroz inmensidad de estas montañas un metro cuadrado de pasto es precioso.

Con el autocar parado, los copos de nieve se pegan a las ventanillas produciendo un efecto de visillos de encaje. Tranquilizada, Zdena arrima el oído al hombro de su compañero.

Un año, la nieve llegó antes de lo esperado, continúa el hombre. Así que Ulrich decidió no sufrir las penalidades del descenso y pasar el invierno en la cabaña. Abrió un túnel en la nieve para llegar al establo y al granero, donde tenía almacenado el heno. Pasó en las montañas todo el invierno y no perdió a ninguna de sus bestias.

El calvo reposa una mano sobre el cabello de Zdena. Tiene el pelo corto y rizado, con las raíces grises. Está a punto de quedarse dormida.

Abajo, en el valle, la gente del pueblo estaba preocupada por Ulrich. El resto de los hombres habían bajado. Si Ulrich pasa allá arriba todo el invierno, se volverá loco, decían. Cuando llegó la primavera y empezó el deshielo, algunos subieron a verlo. Los recibió, les ofreció aguardiente, y parecía totalmente cuerdo. Hay que esperar a ver, decían al bajar, estas cosas llevan su tiempo.

Con los dedos de su inmensa mano entrelazados en el cabello de su compañera, el hombre impide que la cabeza de ésta se bambolee o se desplome hacia delante, y los suaves tironcitos de pelo la mantienen lo bastante despierta para oír algunas de sus palabras.

Al año siguiente, antes de que llegaran las nieves, Ulrich decidió no bajar al valle y pasar el invierno con los animales en la montaña. Y eso es lo que hizo. Puso buen cuidado en almacenar heno bastante, y todos sobrevivieron al invierno. Así pasaron los años. A veces las nieves se anticipaban, a veces se retrasaban, pero Ulrich nunca volvió a bajar al pueblo para el invierno.

Un verano, años después, el maestro del pueblo estaba paseando por las montañas y se encontró con Ulrich y le preguntó: ¿Y cómo es que no has vuelto a bajar al pueblo cuando llegan las nieves? Y Ulrich respondió: Imagínese usted, señor maestro, imagínese lo difícil que sería para cualquiera pasar seis meses en el pueblo rodeado de gente que piensa que está loco. Estoy mejor aquí.

Tomas siente la respiración acompasada de la mujer. Duerme, madrecita, duerme.

Abrázame fuerte, Gino.

Una noche, dice una voz en español, uno de los hijos de una pobre familia de campesinos no regresó a su casa a las orillas del río Cuichal. Era un muchacho de doce años, sano. El padre buscó a su hijo durante días y, finalmente, dijo que debían de haberlo raptado. Había oído hablar de otros casos similares. El chico apareció ayer en la ciudad de Tlatlauquitepec. Cuando lo interrogaron, dijo que lo único que recordaba era despertar en una cama rodeado de figuras en bata blanca. Una vez examinado, se comprobó que había sido operado. Ahora sólo tiene un riñón. El segundo le fue robado para un trasplante. A las redes que se dedican a extraer y vender órganos robados —de jóvenes, porque son más sanos— se les paga en dólares americanos. No doy el nombre del chico, porque su familia, junto a la que regresó a vivir en las orillas del río Cuichal, teme las represalias.

Abrázame fuerte, Gino.

El guardavías se desliza fuera del saco de dormir antes de que se despierten los chicos. Juan el Bautista está acostado desnudo sobre un colchón en una esquina; su sexo, un pajarillo en un nido negro. Fuera, a las primeras luces del día, no se distingue la otra ribera del Po. Jean baja el soporte de la moto, abre el aire y presiona el botón de arranque. Sigue el mismo camino que recorrió cuatro veces la noche pasada llevando a los chicos detrás, hasta que llega al transbordador, y entonces toma la carretera de Ferrara.

Cuando Zdena se despierta, la nieve ha desaparecido y el autobús está en la estación de Trieste. El sol está alto, y el asiento de al lado está vacío. Mira la rejilla portaequipajes: se ha llevado ambas cosas, el sombrero y la maltrecha cartera.

¿Me da tiempo a ir a lavarme un poco?, le pregunta al chófer, quien se está comiendo un cucurucho de cerezas y escupiéndolo por la ventanilla.

El chófer mira el reloj. Nos vamos dentro de cuatro minutos, dice.

Los pasajeros procedentes de Bratislava parecen más interesados que ayer. Hoy están en un país extranjero que, hasta hace poco tiempo, estaba prohibido visitar. Están en Italia —la tierra de las frutas y el vino, de los buenos zapatos, las joyas, la corrupción y el sol—. Los recién casados están impacientes por llegar a su hotel de Venecia e irse a la cama. Los comerciantes están impacientes por bajarse, observar todas las diferencias y comprar todo lo que puedan.

El chófer pone en marcha el motor. Zdena se sube jadeante al autocar.

No podemos irnos todavía, falta un pasajero!

Si alguien pierde el autobús, dice el chófer, es asunto suyo.

Por favor, espere dos minutos, se lo suplico.

¿Sabe cuánto tiempo tenemos en Venecia antes de volver, señora? Sólo ocho horas, ni un minuto más, y tengo que dormir algo.

Eso está mal, dice Zdena, tiene usted derecho a veinticuatro horas.

¡Derechos! Quieres más de ocho horas, te espetan, pues entonces vete a otra compañía.

Pero eso va en contra de las normas de seguridad, explica Zdena.

¿Y a quién le preocupa eso?

Sé que iba a Venecia, me lo dijo.

No es el primer hombre que se esfuma en Trieste, reina.

¡Tenía billete para Venecia!

Fue el primer pasajero que se bajó. Usted estaba todavía dormida.

Por favor, un minuto más. Puede recuperar el tiempo en la autopista.

Hay límite de velocidad.

¿Y a quién le preocupa eso. Usted mismo lo ha dicho, ¿a quién le preocupa?

Abre el bolso y desliza un par de billetes de cien coronas bajo la bolsa de cerezas depositada en el salpicadero, bajo el parabrisas.

Es usted médica, ¿no?

No, soy ingeniera.

Le doy dos minutos, señora ingeniera, ni uno más.

Pone la mano en la bocina y pita. No una, sino tres veces.

¡Si no se entera con esto, no se entera con nada! ¡Venga, otra vez! ¡Y otra! ¡Ahí viene!

Los editores de enciclopedias no suelen correr. El hombre, que ha aparecido dando la vuelta a una esquina, intenta un esprint, encorvado, apretada la cartera al pecho, como si estuviera participando en una de esas carreras en las que hay que correr llevando en la mano una cuchara con un huevo encima. Todos los que le observan desde el autocar sonrían, Zdena incluida.

Cuando se sienta, tarda un rato en recuperar el aliento.

He detenido el autobús, querían irse sin usted.

A modo de respuesta, Tomas desenvuelve una servilleta de papel y le muestra dos panecillos de leche, tostados y recubiertos de azúcar y de unas frutitas rojas.

Ambrosía, el alimento de los dioses, y he llenado el termo con *cappuccino*.

Los dos bebieron el café en unos vasos de papel que tenían impresa una virgen, y la espuma deja un rastro en el labio superior del hombre. Luego empiezan a morder los panecillos. Zdena tiene unos dientes regulares, nacarados.

Es difícil, dice él. Estamos viviendo al borde, y es difícil porque hemos perdido la costumbre. Antes, todo el mundo, jóvenes y viejos, ricos y pobres, lo daban por supuesto. La vida era penosa y precaria. La suerte era cruel. Los días de fiesta había *brioche*s, ¿le gustan?

Están rellenos de pasta de almendras.

Y éstas son guindas.

Durante dos siglos creímos que la historia era una carretera que nos llevaba a un futuro que nadie conocía. Creímos que nos habíamos librado. Cuando recorríamos las galerías de los palacios antiguos y veíamos pintadas, enmarcadas en las paredes, todas aquellas masacres y últimos ritos y cabezas decapitadas en bandejas, nos decíamos que habíamos avanzado un largo trecho: no tanto que no pudiéramos compadecernos de ellos, claro, pero lo bastante para saber que nos habíamos librado. Ahora la gente vive más. Hay anestésicos. Hemos llegado a la luna. Ya no hay esclavos. Aplicamos la razón a todas las cosas. Incluso al baile de Salomé. Hemos perdonado al pasado sus terrores porque ocurrieron en los Tiempos Oscuros. Y ahora, de pronto, nos encontramos lejos de carretera alguna, colgados, como pequeñas gaviotas, en el saliente de un acantilado, a oscuras.

No sé volar.

¿Nunca ha volado, ni siquiera en sueños?

Tal vez.

Es una cuestión de fe.

En ese caso no hay mal alguno en quedarse en el acantilado, ¿no?

Nunca se le había ocurrido a Zdena que un extraño pudiera insinuarse a su dolor y que a ella le apeteciera entonces coquetear con él. Le dan ganas de llorar ante lo absurdo de la situación y de sonreír aliviada.

Tiene que estar asustada, continúa él.

Y lo estoy.

Entonces volará.

¡Mire! Señala hacia la ventanilla, donde la nieve había tejido de madrugada la cortina de encaje. Mire, el mar.

Hemos perdido la costumbre.

¿De volar?

No, de vivir al borde.

El mar está muy calmo.

Volverá.

Quiere decir que algún día me acostumbraré.

Las cosas acaban por sernos conocidas sin que llegemos a acostumbrarnos a ellas.

Y la desesperación lo es, ¿no cree, Tomas?

Pero no podemos evitar imaginarnos menos dolor, menos injusticia.

¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?

La misma pregunta se hacían en Nínive y en Egipto. Lo mismo se preguntaban durante la Peste Negra, cuando en Europa moría una persona de cada tres... en el siglo XIV.

¿Tuvo que escribir una entrada sobre la Peste Negra en su Enciclopedia?

No, no la había. Venía bajo Feudalismo, Razones de su declive. Pruebe una de éstas, son de nuez. Antes se creía que las nueces curaban muchas enfermedades de la cabeza.

¡Y ligeramente tostadas, quitan la desesperación!, dice ella, encogiéndose de hombros.

Lo que pasa con los italianos es que entienden el placer, contesta él, todo su ingenio está aplicado al placer. Son lo opuesto a los eslavos.

¿Ah, sí? Si usted lo dice, supongo que será así, Tomas. Sólo vivimos una vez, ¿no? Y hoy tenemos que vivir —mejor dicho, tengo que vivir— sin esperanza.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

El verano pasado, dice el calvo, visité las ruinas de un templo. No había inscripciones. Ni fechas. Sólo la hierba que crecía y se marchitaba y volvía a crecer. Y el mar abajo.

Por la ventanilla de Zdena discurren los colores de la mañana: verdes, rojos amapola, amarillos mostaza. Una colina sucede a la otra, y las más lejanas están tintadas de lavanda. Adelantan a camiones con matrículas de Sofía y Estambul. Por encima del parabrisas delantero hay un resplandor deslumbrante, como cientos de llaves brillando al sol.

Vi un arco roto, dice Tomas. Enmarcaba el cielo y un pequeño triángulo de mar. Todo parecía tan lejano, amiga mía, y poco a poco, tan lentamente que tal vez pasó más de una hora, empecé a observar que el cielo enmarcado por la ruina era más brillante, tenía más luz que el cielo a su alrededor, y que el pequeño triángulo de mar tenía un azul más intenso que el resto. Una ilusión óptica, se dirá. Y usted es una científica y yo soy su

enemigo político, con carné del partido y todo. Estamos al borde de un acantilado, Zdena, pero no desesperanzados.

A Zdena le da una risa incontrolable. Y el calvo repite: en un acantilado, a oscuras, y le coge la mano más próxima a él y la estrecha, mientras el autocar se lanza por la autopista. Por fin se calma. Los dos permanecen sentados. Zdena no retira la mano, y cuando otro autocar con matrícula de Budapest los adelanta, él avanza para cogerle la otra mano, la mano que le duele y, aunque esto no lo sabe él ni nunca lo sabrá, le aprieta suavemente los dedos y alivia su dolor; y ella baja la vista y observa la mano del hombre, cuyo vello se encrespa como pequeñas Qs, y sonríe.

Zdena y Tomas se separan en la Piazza San Marco, el lugar donde la mayoría de la gente se cita y se encuentra en Venecia.

Oigo cómo frotan un objeto de cristal. Standa, los grandes almacenes de Ferrara, acaban de abrir sus puertas.

El guardavías, en sus pantalones y cazadora de cuero y botas de motociclista, se mueve entre los expositores, y su silueta, contra la batería de luces nacaradas y esmeriladas, parece la de una rana, una rana directamente salida de Aristófanes. Los suelos son de mármol, los mostradores son negros y los objetos de oro. Todos los frascos —algunos de ellos gigantes— contienen líquidos dorados.

Los mostradores de los fabricantes de perfume están dispuestos como casas de muñecas en calles de juguete. En cada casa hay una mujer sentada, sin un pelo fuera de su sitio y las uñas pintadas y contorneadas como conchas marinas perfectas. Algunas llevan gafas, algunas son jóvenes, algunas son madres, una procede de El Cairo, otra de un pueblo del Trentino. Todos los días tienen que pasar una hora maquillándose antes de empezar a trabajar. Han de mostrar que han tomado una poción que las libra para siempre de envejecer. Y la extraña consecuencia de esto es que las jóvenes parecen viejas.

El guardavías contempla un gráfico con cincuenta tonos de piel diferentes. Cada color es redondo como una moneda. Los observa fijamente, acercando la cabeza cada vez más buscando entre ellos la moneda de su hija: el color del cuerpo de Ninon tal como él lo recuerda cuando la bañaba de niña.

¿Busca un maquillaje, *Signore*? ¿Puedo ayudarle?

Tras su máscara intemporal la *ragazza dei cosmetici* tiene unos ojos saltones y los labios gruesos de las personas que gustan del desenfreno.

Estaba pensando en un perfume, dice el guardavías.

¿Para un hombre o para una mujer?, pregunta la chica.

Una chica joven..., mi hija.

¿Para el día o para la noche?

Para una boda.

Una festa di nozze!

Abre sus desorbitados ojos un poco más. Están perfectamente maquillados de azul pálido y, en este momento, parecen vacíos y tristes.

Entonces tal vez iría bien un aroma con cierto peso, algo ceremonioso, ¿no?

Supongo.

¿Tiene en mente alguno de nuestros perfumes?

No.

¿Empezamos por *el Risiko* entonces?

Pienso, dice él, en un aroma veloz.

La chica deja sobre el mostrador el frasco que acaba de coger y lo examina: pues vaya con esta rana negra vestida de cuero que habla como un extranjero y dice unas cosas tan raras.

Para elevarla, explica él.

Entonces vamos a empezar por el *Bakhavis*.

Para que la eleve.

La chica escoge un frasco entre muchos, se pone unas gotas en la muñeca izquierda, se frota la piel con la otra mano y se la acerca a la barbilla de Jean Ferrero. El inhala.

No sé, dice, es difícil escoger.

¿Cómo es su hija? ¿Se parece a mí?

No. Tiene su misma altura, pero eso es todo.

¿De qué color tiene el pelo?

Se lo cambia mucho. De pequeña era rubia.

¿Y su voz? ¿Es una voz aguda o grave?

Depende de lo que esté diciendo. Quiero que se sienta como una reina.

La *ragazza dei cosmetici* coge otro frasco dorado y se pone unas gotas en el brazo, encima de la muñeca. El guardavías le agarra la mano bruscamente y se la acerca a los labios. Se diría que se proponía besarla. Poco habituado a los gestos rituales que acompañan a la elección de un perfume en unos grandes almacenes elegantes, sus actos son casi violentos, pero llegados a este punto, la chica empieza a divertirse.

Más así, dice él.

¿Más cómo?

¡Más loco!, responde él, sin soltarle la mano.

Okay. Le enseñaré la última novedad. Es lo último de este año y se llama *Saba*.

¿Saba?

Es afrutado. Tiene un montón de ámbar. Puede que le vaya.

Esta vez se pone unas gotas junto al pliegue del brazo. Jean Ferrero baja la cabeza. Y así, ésta queda casi rodeada por el brazo flexionado de la chica.

Imagínese que tiene una hija y que la quiere mucho y desea darle todo inmediatamente, ¿le regalaría *Saba*?

Ella deja el brazo inmóvil en esa posición y no responde. El cierra los ojos. El misterio del intercambio entre el perfume y la piel existe incluso en unos grandes almacenes. Por espacio de unos segundos, ambos, la *ragazza dei cosmetici* y el guardavías, sueñan cada cual su sueño tras una pantalla que los separa del mundo.

Por fin, ella dice: La mayoría de las chicas estarían muy contentas.

Sólo entonces baja el brazo.

Me llevaré un frasco pequeño de *Saba*.

¿Perfume o agua de colonia?

No sé.

El perfume dura más cuando te lo pones.

Entonces uno de cada.

Mientras envuelve las dos cajitas con papel dorado, atándoles una cinta con sus uñas de concha marina, mira a aquel extranjero vestido enteramente de cuero y dice: ¿Sabe qué? Mi padre no me quiere mucho. Tiene suerte su hija, suerte de verdad.

Agua. Agua salada estancada, que protege la vida de una ciudad. Sin ella, la ciudad se hundiría en alta mar. Durante siglos, Venecia ha aprendido a vivir con la laguna y sus arenas movedizas, sus diques, sus estrechos canales para la navegación, su sal y su extraña palidez.

Zdena está sentada sobre el agua, en la cubierta superior de una motonave que acaba de zarpar y se dirige a Chioggia, a cuarenta kilómetros al suroeste. Su gabardina está

delicadamente doblada sobre la maleta. Lleva gafas oscuras, pues el sol ardiente se refleja sin piedad en la laguna.

En el muelle, justo debajo de ella, van y vienen miles de turistas. Vistos desde arriba, forman dos corrientes opuestas, una se arrastra hacia el Palacio de los Dogos, de un blanco óseo a la luz del sol, con sus estatuas desnudas y sus *loggias* talladas; y la otra fluye hacia el este por delante del famoso Hotel Danieli, cuyas ventanas góticas con persianas verdes ocultan salones y escaleras decorados en burdeos y oro.

Pese a su palidez y a que su vestido de rayas parece comprado fuera, Zdena no tiene pinta de turista. Da la impresión de que ha cogido este barco muchas veces. Sus pequeños gestos son resueltos, como si supiera con toda exactitud lo que está haciendo y adonde va. Un oficial del barco que se ha fijado en ella porque —aun con sus ojos tristes y sus prominentes mejillas, y aun cuando, como él mismo, haya dejado atrás la juventud— es todavía hermosa, se pregunta si será una ingeniera extranjera, en viaje de inspección de una de las antiguas plantas potabilizadoras; dicen que las están renovando.

En este momento, la mujer está sacando todo lo que lleva en el bolso y poniéndolo metódicamente en su regazo o sobre la gabardina doblada. Cuando la motonave gana velocidad, la brisa le agita el cabello, dejando al descubierto una oreja, como si fuera un muchacho. Tal vez no sea ingeniera, decide el oficial vestido con un immaculado uniforme blanco, tal vez es dietista o fisioterapeuta.

Saca del bolso un llavero que tiene un oso de plata. Una agenda negra. Un paquete de Kleenex. Un pañuelo de cabeza todo arrugado. Un lápiz. Una goma. Unas nueces. De vez en cuando alza la cabeza para contemplar la silueta de la ciudad, alejándose. Una silueta que parece una firma conocida en el mundo entero. ¡Venecia!

Más allá del Palacio de los Dogos se eleva el campanario de la plaza de San Marcos. La torre anterior se derrumbó en 1902, pero, milagrosamente, no hubo heridos.

Detrás de San Giorgio Maggiore, en la isla de Giudecca, a lo lejos, algo refleja la luz en la ancha cúpula de la Iglesia del Redentor. Destella como si estuviera lanzando un mensaje. ¿Una plancha de metal suelta? ¿O tal vez el sol jugando con el agua? En su tiempo, la Iglesia del Redentor fue una especie de *tama*, si se me permite comparar un edificio tan noble con los humildes objetos que yo vendo.

Se proyectó en 1576 a resultas de una promesa. Por entonces, Venecia estaba asolada por la Peste. Ya había agonizado y muerto un tercio de la población. La Peste se llevaba a los jóvenes tanto como a los ancianos. Hombres espantosos, vestidos como aves rapaces y con un bastón en la mano, cruzaban los puentes sobre los canales, de hospicio en hospicio. Se decía que eran los médicos, quienes, para evitar el contagio, se recubrían de pies a cabeza con hule o lona alquitranada y llevaban sombreros negros, gafas orejeras, guantes, botas y, en la boca, un arte-facto similar al pico de un pájaro gigantesco. Marchaban penosamente entre los cuerpos temblorosos de los moribundos, levantando aquí y allá las mantas con la ayuda del bastón y esparciendo con el pico sus polvos y hojas secas a los infestados. Por la noche, cual pájaros verdaderos, incluso buitres, los médicos de la plaga desaparecían.

La promesa hecha en 1576 era que si Cristo en su misericordia salvaba al resto de la población, Venecia le dedicaría otra iglesia legendaria. En seguida el Consejo de la Ciudad pidió al gran arquitecto Palladio que comenzara las trazas, y los canteros empezaron a cortar la piedra. La mitad de la población se salvó. Cuatro años después murió el propio Palladio. Pero las obras continuaron. Construida en un prado de la Isla de los Judíos, la más hermosa de las iglesias proyectadas por Palladio quedó terminada en 1592.

Zdena saca del bolso un cepillo de pelo que tiene unas bolitas diminutas en el extremo de cada púa, y se lo pasa una vez por el cabello antes de dejarlo sobre la gabardina. A continuación, su nuevo pasaporte eslovaco. La última carta de Ninon. Ha separado un monedero para el dinero italiano, una extraña moneda que se cuenta en cientos de miles. Un paquete de aspirinas. Una caja de polvos compactos. Una foto de Ninon en la escuela.

Hasta hace poco, Venecia se enfrentaba todos los años con el problema del agua potable. Con frecuencia, pozos y cisternas se secaban. Y entonces había que traer el agua en barcazas desde el río Brenta al otro lado de la laguna. Las barcazas seguían la misma ruta sobre las superficiales aguas saladas que sigue ahora la motonave. Salvo que las barcazas lo hacían en la dirección opuesta.

Zdena alza de nuevo la cabeza, se ajusta las gafas de sol y fija la vista en el noroeste. La motonave va demasiado despacio para dejar una estela. En popa, el agua simplemente se ondula, y las algas se mueven en ella como una cabellera. La imponente Santa Maria della Salute, construida frente al Palacio de los Dogos, en el extremo mismo de la Isla de la Trinidad, tiene ahora el tamaño del mechero que Zdena ha puesto encima del paquete de Kleenex.

Yo diría que el Salute es también un *tama*.

Cuarenta años después de la muerte de Palladio, la Peste volvió a asolar la ciudad de Venecia. En dieciséis meses habían muerto cincuenta mil personas, cuyos cadáveres fueron quemados o transportados al otro lado de las aguas. Entonces, durante un breve tiempo, pareció que la epidemia recedía: una tregua pasajera. Sin pérdida de tiempo, las autoridades organizaron un concurso para el diseño de otra iglesia y prometieron que si la ciudad se salvaba, este nuevo templo se levantaría en la entrada misma de Venecia y su Gran Canal en señal de acción de gracias.

Baldassare Longhena, que ganó el concurso, trazó un monumento imponente, compuesto por dos rotondas octogonales cubiertas con cúpulas y con los vanos tallados y unos contrafuertes parecidos a conchas de inmensos moluscos.

Pero para construir este gigantesco *tama* barroco en el extremo de la isla, de modo que fuera lo primero y lo último que vieran los visitantes que llegaban por mar a la ciudad, era necesario afianzar y reforzar el suelo. De no hacerlo, se corría el riesgo de que el edificio se hundiera. Así que se clavaron en la tierra un millón de maderos de roble y alerce y aliso para hacer una balsa que soportara el peso del edificio de piedra.

Hoy, los venecianos dicen que los curvados contrafuertes del Salute son sus *orecchioni*, sus orejotas.

Un peine. Una barra de labios. Un cuaderno de pastas verdes. Una lista de la compra. Unos pendientes. Cheques de viaje. Zdena quiere tener todo muy ordenado y cuidado en este viaje a la boda de su hija. El contenido del bolso es el último retoque. Espera tener así toda ella un aspecto grato y sereno que pueda ofrecer y expresar confianza cuando se encuentre con su hija. A su manera, Zdena ordena las cosas por las mismas razones que ordenaban los edificios Baldassare Longhena y Palladio.

El oficial del barco, cada vez más intrigado con el comportamiento de la extranjera, pasa dos veces por delante de ella, intentando decidirse. La primera vez le lanzó una sonrisa, pero la única respuesta de la mujer fue acercarse a la barandilla del barco y sacudir su bolso vacío en el agua. Tres gaviotas se dejaron caer en picado, y sus gritos las siguieron. Entonces desaparecieron, y ella volvió a su asiento.

¡Qué calor hace! ¿No le parece, *Signora*?

No hablo italiano, responde ella con su voz inapropiadamente expresiva.

¿Habla inglés?

Demasiado calor para el inglés...

Meticulosamente, Zdena vuelve a meter todas las cosas en el bolso. La calma y el silencio de la laguna envuelve el barco, del mismo modo que una persona que sale de casa una madrugada de verano se siente rodeada por la aparente eternidad del nuevo día. La caja de polvos compactos. La agenda negra. El lápiz. El dinero italiano.

El barco se está alejando de mí.

En la primera página del cuaderno, que Zdena no ha abierto ni al sacarlo ni al volverlo a meter en el bolso, hay tomada una nota para el diccionario. Zdena tiene una caligrafía pequeña y picuda, como si las letras fueran números:

«K. Kautsky. Karl. Nacido en Praga en 1854. (Busqué su casa, pero no la encontré.) Toda una vida de entrega a la lucha contra la explotación, el colonialismo, la guerra. (Llevaba barba, como todos ellos.) Se mantuvo inquebrantable en su creencia en el significado de la Historia. Marxista. (Fue secretario de Engels.) Tuvo que partir al exilio al menos cuatro veces en el transcurso de su vida. (Cuatro veces tuvo que volver a empezar de cero.) A los sesenta años y tras intenso trabajo, llegó a la conclusión de que la revolución violenta era innecesaria. En 1919, Lenin lo llamó renegado. Después de 1947 (murió en 1938, exilado en Amsterdam), en nuestro país, su nombre se convirtió en sinónimo de cobardía, ambición desmedida y conspiración contrarrevolucionaria. Que el Fiscal General del Estado asociara tu nombre al de Kautsky equivalía a una petición de pena de muerte.»

No alcanzo a oír la motonave, y el agua está totalmente en calma. Todo es silencio ahora.

En una página posterior del mismo cuaderno, Zdena ha copiado un extracto de un artículo de prensa. En la cabecera de la página, escrita a lápiz en mayúsculas, aparece la palabra *Dolor*.

«Los pacientes que están siendo tratados por la enfermedad, afirma un médico, no suelen recibir tratamiento para el dolor. Y, sin embargo, el dolor físico produce una angustia que, a su vez, aumenta ese dolor. Las infecciones y parásitos, contra los que el cuerpo está indefenso cuando se declara el sida, provocan horrorosos picores, náuseas, retortijones de estómago, llagas en la boca, migrañas resultantes de la radioterapia, calambres en las piernas, y todos ellos, acompañados de un cansancio paralizante, aquejan uno tras otro al enfermo y, consecuentemente, le cierran todo horizonte y le impiden pensar en nada más, como aconsejan a veces ciertas personas bienintencionadas. El dolor amputa, aísla y paraliza. Asimismo produce un sentimiento de fracaso y derrota total. A menudo, para que se tome en cuenta el dolor de los pacientes de sida, su sufrimiento tiene que llegar a un paroxismo que perturbe a otros pacientes, y sólo entonces se toman medidas para aliviarlo...»

¿Puedo preguntarle cuál es su misión, *Signora*?

¡Volar su barco!

Vaya, vaya. La *Signora* tiene buen sentido del humor.

El oficial espera y luego se va bruscamente, como si de pronto hubiera recordado que tenía algo que hacer.

Ordenado el bolso, Zdena se acerca a la barandilla y contempla las calmas aguas de la laguna en las que nada se refleja. Al cambiar de dirección, el barco crea una brisa momentánea que agita un mechón de pelo sobre su frente humedecida.

Se dirige a proa y se queda allí de pie, dejando que la brisa le refresque la cara; luego vuelve a su asiento.

Sentada, abre el bolso, que está ahora perfectamente ordenado, y busca la agenda y el lápiz. En la página del 7 de junio escribe con su picuda caligrafía: ¡Que nunca acaben estos días, que sean largos como siglos!

Quería pedirles en el hospital de Bolonia que me dijeran la verdad, como si hubiera otra. Me detuve porque sabía que sólo había una verdad, que es mi muerte.

Sin interrupción oigo susurrar una segunda voz. Se me ocurre que Gino habla como un hombre que, absorto en una labor manual, se siente de repente impulsado a alzar la vista y sonreír al transeúnte que se ha parado a observarlo. Yo soy el transeúnte.

Esta *lucio-perca*, susurra Gino, esta *lucio-perca* de cinco kilos será el primer plato de mi banquete de boda. Tía Emanuela lleva tres días cocinando platos diferentes. He invitado a mis colegas del mercado y a un grupo de rock de Cremona.

Pesqué la *lucio-perca* esta mañana y quiero hacerla yo mismo. La tía es la única de la familia que puede agarrar una anguila viva y cortarle la cabeza de un golpe con un machete pequeño. Le habla. Cuando lo intento yo, las anguilas se me enroscan en el brazo. Pero la *lucio-perca* quiero prepararla yo, porque es mi sorpresa.

Ninon tiene sus propios secretos, como el secreto de lo que va a llevar bajo el vestido de novia, que no veré hasta mañana por la noche, y la *lucio-perca* es el mío, que Ninon no verá hasta que no esté sentada a la mesa nupcial, después de haber cruzado el puente en mis brazos y de haberse quitado, probablemente, uno de sus zapatos plateados, que una de las chicas volverá a ponerle en el pie, y de que estemos casados.

Voy a hacer un *pesce lessò* en gelatina. De ochenta y tres centímetros de largo. Incluso padre levantará una ceja, sorprendido, pues la *lucio-perca* parece de metal —verdosa, como el bronce oxidado, luego cobre, luego plata... Un pez metálico de las profundidades.

Lo llaman pez búho, por sus grandes ojos, y tiene unos ojos tan grandes porque vive en la noche del fondo del río, a dos, tres, tres y medio metros de profundidad. Nunca sube a la superficie. Viven en bancos estos peces, en el lecho del río. ¡Tú y tus ríos!, dice Ninon, enfadada. ¿Qué has traído, Gino?, me dice, regañona, cuando vuelvo a mediodía. Una rana, respondo, y salto como una rana, una rana mugidora. Durante meses no ha podido reírse conmigo, pero esta mañana se rió. Se ríe con todo el cuerpo de cómo imito a las ranas, y sólo sus ojos parecen todavía perplejos ante su propia risa.

Para saber dónde están los peces grandes, tienes que conocer el río, tienes que sentir los instintos del río. A su manera, los peces hacen lo mismo. Y son más listos que tú la mayoría de las veces, *le carpe, i lucci*.

¿Ve aquí estas escamas plateadas más oscuras, como un caminito a lo largo del lomo? Se llama línea lateral y con ella escucha al río.

Yo le digo a Ninon que ella también tiene una línea lateral. En ella empieza bajo la oreja, sigue por debajo del brazo, bordea la colina del pecho, baja las escaleras de sus costillas, pasa equidistante entre el ombligo y la cadera, deja a un lado el lindero de su *hosco* y desgarrar la suave cara interna de su muslo, hasta el tobillo. No se rió durante meses. Durante meses no me permitió acercarme a ella.

Tienes dos líneas laterales, le digo en broma, la derecha y la izquierda, y las dos están festoneadas de pestañas.

Te estás volviendo loco, Gino, dice ella, esta enfermedad de mierda te hace desvariar.

Y entonces la tomo en mis brazos y le cuento que bajo las escamas plateadas hay unos poros que tienen pequeñas papilas, como las que tenemos nosotros en la boca, salvo que las de la línea lateral de los peces tienen una lagrimita en el extremo, y alrededor del conducto lacrimal hay unas pestañas, unas blandas y otras rígidas, que registran cualquier alteración de la corriente y envían mensajes sobre los cambios del agua, sobre el más leve desplazamiento de los otros cuerpos en movimiento o sobre una piedra que desvía el curso del río. Lo de las pestañas es verdad, le digo, no es una locura. Los ojos de Ninon son a veces verdes y a veces dorados.

Le conté a un médico que conocí en el mercado lo de las fechas y el último recuento de linfocitos y, según él, que es médico en Parma, contamos con dos o tres años, tres y medio, tal vez, para tocar palmas —siempre que haya una razón para hacerlo, claro—. Después empezará la enfermedad. Pero nadie puede estar seguro de nada.

Hacer un caldo corto de laurel y tomillo e hinojo, añadir el vino, la pimienta, unas rodajas de cebolla y un poco de monda de limón. La rustidera es de tía Emanuela; se podría asar un atún en ella.

Es la *lucioperca* más grande que he visto en mi vida. Sabía que esta mañana estaban allí, las carnívoras. No me preguntéis por qué. Río arriba, contra el ribazo donde hay un alerce caído, enteramente descortezado por las aguas. Era un mal sitio para lanzar la caña, pues el sedal podía enredarse fácilmente en el árbol. Con cuidado, me dije. Despacio. Me lo decía a mí mismo, el loco que observaba hundirse el sedal, uno, dos, tres, tres metros y medio, hasta que el pequeño pendiente de plomo tocó el lecho del río. Estaba utilizando de cebo un trocito de gobio y le saqué partido, tirando para que saltara como si estuviera vivo, pequeños saltos de pez herido en el cieno, tratando de que el sedal no se aflojara en ningún momento, pequeños saltos, como de una tecla negra a otra en el piano, y la *lucioperca* se cree que es un gobio herido, abre su inmensa boca y se traga el anzuelo. El carnívoro burlado. Entonces empieza la lucha para impedir que termine enrollándome al árbol. Me anticipo a ella. Adivino sus movimientos. Me olvido de todo lo demás. ¡Mírala ahora en la mesa de la cocina!

Vamos a vivir estos años con arrebatos, con astucia y con amor. Las tres Aes. Matteo, el boxeador, me dice que estoy tirando mi vida. Eso es lo que hace la mayoría de la gente, le respondo, yo no.

Los peces, le digo a Ninon, escuchan el río al que han nacido. Le dije esto y se quedó dormida, sonriendo.

El guardavías esperaba en el muelle de Chioggia cuando llegó la motonave. Jean Ferrero y Zdena se vieron antes de que el barco estuviera amarrado, pero no se saludaron.

Ella bajó por la pasarela y avanzó por los adoquines hasta el lugar donde él la esperaba al lado de la moto, cerca de un puente blanco que se parece al Puente de los Suspiros de Venecia, aunque sin cubierta. No lleva el casco.

Se miran a los ojos y, al ver el mismo dolor en ellos, se abrazan.

¡Jean! Y su voz, tan desesperanzadamente expresiva, transporta su nombre por todo un continente.

¡Zdena!, susurra él.

Ya en la moto, por la carretera de Comacchio, su dolor parece aliviarse un poco. Como cualquier piloto con un pasajero detrás, Jean siente el peso de la mujer a su espalda. Como cualquier pasajero, ella ha puesto su vida en las manos de él, y de alguna manera esto mitiga un poco su dolor.

Me vuelvo y me vuelvo y lo veo en el espejo. ¡Te dejaré sin aliento, vestido de novia mío!

La boda todavía no se ha celebrado. Pero el futuro de una historia, como bien lo sabía Sófocles, está siempre presente. La boda no ha comenzado. Os la voy a contar. Todos duermen aún.

El cielo está despejado y la luna casi llena. Creo que Ninon, que está alojada en casa de Emanuela, la tía de Gino, se despertará la primera. Se pondrá un toalla en la cabeza y se lavará. Luego, de pie ante el alto espejo, tocará su cuerpo, como buscando un dolor o una mancha. No encontrará nada. Mantiene la cabeza, cubierta con la toalla a modo de turbante, erguida como Nefertiti.

Al acercarse al mar, el Po se convierte en dos manos, sus aguas se dividen en diez dedos. Pero depende de cómo se cuente. También se podría decir que hay cuatro manos y veinte dedos. Las aguas cambian constantemente y sólo permanecen igual en el mapa. La tierra está a menudo por debajo del nivel del río o del mar. En las partes desecadas, se cultivan tomates y tabaco. En las franjas sin cultivar, las plantas no tienen hojas, sino vainas; son plantas antediluvianas, primas de las algas. La región está muy poco poblada, pues el espacio no es mucho. El pueblo de Gorino se encuentra en un brazo del río llamado Po di Goro.

Los antiguos creían que el primer acto de la creación fue la separación de la tierra y los cielos, lo cual no había sido fácil, porque la tierra y el cielo se deseaban y no querían separarse. En Gorino, la tierra se ha convertido en agua para quedarse lo más cerca posible del cielo, para reflejarlo como un espejo.

Los habitantes del delta del Po viven en casas pequeñas e improvisadas. La sal corroe los materiales. En lugar de jardín, muchos de ellos tienen una red colocada en una armazón tan ancha como la casa que se puede bajar con una manivela para pescar. El cielo está plagado de pájaros pescadores: cormoranes, colimbos, golondrinas de mar, garzas, patos, garcetas, gaviotas.

En la casita de Emanuela, Federico será el siguiente en despertarse; en cuanto las aguas reflejen las primeras luces, empezará a transportar los bancos y los caballetes y las planchas de madera al huerto pegado a la casa donde hay tres manzanos. Luego irá a buscar las sombrillas que utiliza Gino en el mercado, que tienen un diámetro superior a tres metros.

La tía Emanuela, todavía con los rulos puestos, hace el café en la cocina. ¡Ha llegado el gran día!, dice apretando el café en la cafetera, ¡hoy es el gran día!

Por la ventana de la cocina en penumbra, se ven brillar los faros de un vehículo aproximándose desde el dique, por encima del tejado de la casa, como un aeroplano aterrizando.

¡Ojalá sea Roberto!, le dice Federico a su hermana, deberíamos empezar a cocinar pronto, asar un cordero como es debido se lleva sus buenas cuatro horas, cinco incluso. Roberto sabe lo que hace, Federico.

Gino me dijo que es el mejor carnicero de Modena. Al parecer, sus *scaloppini* son gloria bendita. Menos mal que Gino no ha dormido aquí. Con uno tengo bastante.

Tú haces las anguilas, Emanuela, y te encargas de las mujeres.

Cuando la veo me dan ganas de llorar. Mira que es bonita.

¿Quién te lo ha dicho?, pregunta Federico.

¿El qué? Sólo estoy diciendo que es muy bonita. Entonces no hables de llorar.

¿Qué te pasa, Federico?

Venga, mujer, empieza ya con esas anguilas.

Cuando se haya calentado el fogón, antes no.

Suena una bocina, llega la furgoneta, y Roberto le da una voz a Federico, que está a la puerta de la casa: ¿Dónde está la cocina, señor marqués?

Ahí, en ese terreno. Pero entra antes a tomarte un café.

La furgoneta ha despertado a las otras mujeres: Lella, Marella y Zdena. Federico ha sido el único hombre que ha pasado la noche en la casita. Durmió en el sofá. No sabe cómo se apañaron las otras. Lo único que sabe es que su hermana se empeñó en dejarle a Ninon su *letto matrimoniale*. Esta noche la novia tiene que estar sola, dijo.

Cuando el sol está lo bastante alto para iluminar la hierba del dique, pero antes que haya sombra en la plaza del pueblo, llegan en sus furgonetas los colegas de Gino en el mercado: Luca, el pastelero; Ercole, el joyero que también vende especias; Renzo, el quesero, con su *nana*; Gisella, que se dedica a las sedas de importación; y Scoto que sólo vende sandías y las escucha como si fueran oráculos. Todos los vendedores callejeros, ya vendan *tamata* o melones, pañuelos o carne, tienen algo en común. Sabemos cómo atraer la atención, cómo bromear, cómo madrugar y cómo instalarnos en los sitios donde exista la posibilidad de que haya afluencia de personal. Cuando estamos cansados, ansiamos un poco de silencio; y, sin embargo, tememos el silencio, como los actores temen los teatros vacíos. Con mi bastón blanco, me paseo entre los amigos de Gino y me siento en casa.

Han aparcado las furgonetas formando un círculo en un terreno que me recuerda al sótano donde Zdena fue a comprar los reclamos en Bratislava. Este es un sótano al aire libre, y su techo es el cielo, pero el terreno está más bajo que el mar y más bajo que la plaza del pueblo, donde están la iglesia y el monumento a los caídos. En medio del círculo, Roberto ha empezado a asar el cordero. El animal entero está girando en un gran espetón sobre una inmensa pila de brasas. De vez en cuando, utilizando una cuchara grande como un sombrero, rocía la carne con el adobo que tiene preparado en un cubo. Federico aviva las brasas con el fuelle. Un círculo de hombres en inmaculadas camisas blancas observan y comentan. El asado huele como siempre han olido los días de fiesta desde que hubo fiestas. Las mujeres charlan en las furgonetas y dan los últimos toques a sus maquillajes y a sus sombreros. Dentro de la casa, Lella lleva dos horas trabajando en el traje de la novia.

La boda en la iglesia de Gorino empezará a las once y media.

Cien personas, entre invitados y habitantes del pueblo, esperarán luego en la plaza. Frente al porche de la iglesia hay un plátano inmenso. Alrededor de éste se han dispuesto

mesas con docenas de copas, y las botellas de *vino spumante* aguardan en formación. Federico va volviendo las copas, sistemáticamente, para que estén todas iguales, boca arriba. Algunos hombres son anfitriones natos y no encuentran fácil ser huéspedes o espectadores. Estos hombres suelen llevar vidas solitarias: los pescadores de altura, los gánsters, los tratantes de ganado. Federico es un solitario. No fue a ponerse su espléndido traje de rayas hasta que no vio al *curato* entrar en la iglesia y no oyó los primeros acordes del órgano. Ahora que ha acabado la ceremonia, sirve el vino espumoso en las copas, pues sabe que lo hace mucho mejor que los camareros. Tiran demasiado.

Los niños de la escuela han venido a mirar. Nunca han visto tanta gente de fuera en el pueblo, ni siquiera cuando algún autobús perdido aparece por allí en verano, y los turistas bajan a ver el faro. Hoy hay mujeres que llevan sombrero, como las artistas de la televisión. Hoy hay hombres con flores en el ojal. Y joyas por todas partes.

¿A qué esperan?

A nada en particular.

¿Has visto el banquete? Me he acercado hasta las mesas, detrás de la casa. No te puedes imaginar lo que hay allí, de todo: melones, jamón, espárragos...

Gelati?

Se está haciendo el cabrito.

Es cordero.

¿A qué esperan?

Esto es sólo el principio. Así son las bodas.

¿Por qué lo sabes?

Mi hermana se casó. Dura toda la noche, toda la noche.

Uno de los chicos hace un gesto obsceno —el índice de una mano entra en el círculo formado por el pulgar y el índice de la otra—. El chico cuya hermana se ha casado le tapa la cara con la mano.

Los amigos de Ninon y Gino esperan en el porche de la iglesia con los puños llenos de arroz para echárselo a los recién casados en cuanto pasen por la puerta. El arroz es probablemente de Vercelli, la ciudad de la que emigraron los padres de Jean Ferrero en los años treinta.

Jean, de pie detrás de Zdena, vigila al gentío como un delegado en un congreso político; durante toda su vida adulta, sólo ha llevado camisa y corbata cuando asistía a los congresos del partido. Tiene la palabra *camaradas* en la punta de la lengua. Movido por un impulso, pone su mano inmensa en el hombro de Zdena. Ella la toca de inmediato con sus doloridos dedos.

De pronto salen la novia y el novio. Una lluvia de arroz. Una mujer aplaude, llevada por los recuerdos. El *curato* sonrío satisfecho.

El aire que agita el velo de Ninon; su resplandeciente falda blanca rematada de parpadeante encaje; sus mangas flojas, abombadas, abotonadas en los puños; los

relucientes zapatos plateados, sobre los que camina tan delicadamente por la plaza que más que caminar parece tambalearse o deslizarse; la forma de pisar de Gino, como si uno de sus pasos tuviera que anclarlos súbitamente a ambos: todo ello sugiere la fuerza de un vendaval misterioso e irresistible. ¿Lo habéis visto soplar en otras bodas? En ésta también ha pasado por la expresión de los ojos de la pareja.

Zdena y Jean miran a su hija y a su yerno, y en este momento el rostro de ambos parece tan pasmado como el de un niño.

¡Ya se han casado!, grita un hombre. ¡Viva la novia!

Una foto, por favor, una foto, dice el fotógrafo oficial venido expresamente de Ferrara, una foto, por favor, con la novia sosteniendo el ramo en la mano.

¡Vete a buscar el ramo! Se lo ha dejado en la iglesia.

Ha volado, susurra una niña, sin saber por qué lo dice.

Gino toma a Ninon de la mano, la atrae hacia sí y de pie a su lado, sintiendo la presión de su hombro en su propio cuerpo, esperan juntos a que pase el vendaval.

Bésala, grita Ercole, el especiero, venga, bésala.

¡Ssshh! Tiene toda la vida para hacerlo. Déjalos. No te impacientes.

¡Qué guapa es!, afirma Mimi, la mujer de Luca, el pastelero, ¡es tan guapa que debería tener diez hijos! Cuenta los diez niños con sus diez dedos regordetes.

Hoy en día ya nadie tiene diez hijos, Mimi.

Los jóvenes saben cosas que no sabían nuestros padres.

Debe de haberles llevado horas peinarla con todas esas trencitas.

¿Cómo se llaman?

No sé como las llaman. Pero no son iguales a las que llevan los *rastafaris*. Nunca había visto tantas.

Los camareros pasan ofreciendo las copas de vino.

Marella cruza una mirada con Ninon y le envía un beso volado. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Después de la última foto, Ninon tira del brazo de su marido. Ha pasado el vendaval. Su marido inclina la cabeza hacia ella, y ella le dice al oído: Así que ahora vamos a correr juntos, ¿eh, Liebre? Hoy tengo que hacerlo todo... todo, tú ya me entiendes.

Le mostrará la *lucioperca* dispuesta en una bandeja plateada, barnizada con la gelatina, brillante como bañada por la luz de la luna, todas las escamas plateadas o doradas, alhajada con almendras, hojas de cilantro y pimientos rojos como rubíes; y levantará vertical la bandeja para que Ninon vea la *lucioperca erguida*, como una bailarina vestida con un ceñido vestido largo esperando a que empiece la música. Y en este momento, Ninon cogerá un dedo de Gino y sin soltarlo lo guiará despacio por la línea lateral de su cuerpo, que él le ha enseñado. Y cuando lo suelte, golpeará la hierba, bajo el manzano, y le ordenará: Mírame, esposo, ahora soy tu mujer. Y entonces se echará a reír. Una risa que procede de otro tiempo y de una lengua desaparecida.

Se sentarán juntos en la gran mesa, rodeados de treinta personas, y ella se fijará en todo. No se le escapará nada. Los banquetes de boda son los más felices, porque son el comienzo de algo nuevo, y la novedad abre el apetito, incluso el de los invitados más viejos.

Renzo y Ercole sacarán a Emanuela a hombros de la casa y ella alzarán por encima de su cabeza una bandeja, tan ancha como una rueda de bicicleta, llena a rebosar de anguilas cocinadas con su propia receta. Las corta en rodajas y las ensarta en una brocheta con salvia, laurel y romero y las pone al fuego, rodándolas con su propia grasa, hasta que tienen la piel casi negra. Entonces las sirve en la bandeja grande como una rueda de bicicleta con mostaza de Cremona, que se hace con aceite de mostaza, melones, calabaza, naranja amarga y albaricoques, conforme a una receta que data del tiempo de Sikelidas. Deliciosos, decía ese mismo Sikelidas, deliciosos los vientos primaverales para los marineros que desean zarpar...

Ninon será la primera en aplaudir, los hombres la vitorearán y Emanuela, la viuda, con la cara arrebolada por el calor del fuego, recordará de pronto a su marido diciéndole: Si te quieres casar conmigo, tengo esta casa y una barca...

Los dos hombres bajan a la viuda al suelo, y ella pone la bandeja en la mesa frente a los recién casados, y Ninon le da un beso, y sólo entonces Emanuela se seca los ojos con el borde del delantal.

Jean distribuye las botellas de espumoso en cubos azules llenos de hielo: son los cubos que utilizaba en su barca de pesca antes de morir el marido de la tía Emanuela. Después de abrir una botella y llenar las copas más próximas, Jean se sienta al lado de Marella. A su alrededor, se oyen los taponazos de las otras botellas descorchadas bajo los manzanos.

Habría sabido que era el padre de Ninon aunque no me lo hubiera dicho, dice Marella.

¿Nos parecemos?

Por la forma de sonreír.

Durante un momento, Jean se queda sin palabras, súbitamente tímido.

Eres su mejor amiga, dice por fin.

En Modena, sí, soy su mejor amiga. ¿Se ha dado cuenta? Nadie puede apartar los ojos de ella, ni siquiera mientras comen.

Es que es la novia, dice Jean.

Y está tan decidida, tan decidida a vivir. Dice esto muy bajito, juntando su cabeza a la de Jean. Tiene usted una hija muy fuerte, *Signor Ferrero*.

La has ayudado mucho.

Soy su amiga y me siento ahora más cerca de ella que nunca. Pero, ¿qué puedo hacer? He inventado la palabra STELLA. Le he dicho a Gino que tenga paciencia. Le dije que estaba muerta, muerta. Cuando te enteras de lo que se ha enterado ella, te mueres. Le dije que tenía que esperar y, tal vez, sólo tal vez, ella podría tener una segunda vida, si él quería de verdad algo de ella. ¿Y sabe lo que me contestó? Gino me sorprende, siempre

me sorprende, nunca duda. Su segunda vida, dijo, empezará el día que nos casemos. Nunca habían pensado antes en casarse. Mírelos ahora.

Zdena está sentada al lado de Scoto, el melonero.

¿Contenta?, pregunta Scoto, ¿estamos contentos?

Zdena baja la vista.

¿Le molesta el sol?, vuelve a preguntar Scoto, gesticulando y ofreciéndole sus gafas oscuras. Ella dice que no y busca las suyas en el bolso meticulosamente ordenado.

Todo el mundo come y charla y bromea y bebe. La sonora cascada de las fiestas, que nadie recuerda hasta que tiene la suerte de encontrarse en otra.

¿Bueno?, le pregunta a Zdena el melonero.

Por primera vez, responde Zdena.

Tras los ojos de payaso triste de Scoto se adivina una pasión por las preguntas sin respuesta. Un gran misterio, dice, como todo.

Como algunas cosas.

Muchas, *Signora*, y la más misteriosa de todas las criaturas es la anguila.

Scoto mira a Jean al otro lado de la mesa, esperando que traduzca.

Misterioso.

Jean traduce frase por frase.

No tienen pulmones, empieza Scoto, y viven durante días fuera del agua. Nadie sabe cómo. Nadan, nadan muy rápido, y entran tierra adentro. Horadan la tierra al principio como si fueran sacacorchos.

Zdena mira a su hija mientras escucha la historia de las anguilas.

Las hembras son más grandes que los machos y cuando van a desovar su vientre se vuelve plateado y se les llena la cara y sonrían... Cuando sube la marea, sienten el agua salada y esto las hace dejar el río por el mar. Es el momento de pescarlas. Millones de anguilas entran en las jaulas que se llaman *lav-riere*. Algunas logran escapar, sin embargo. No sabemos cómo. En estas criaturas todo es misterioso.

Si pudiera ser yo en lugar de ella, le dice Zdena a Jean.

Las que consiguen llegar al mar abierto, terminan en el Atlántico y atraviesan el océano hasta el mar de los Sargazos, y allí, en las profundidades marinas, depositan sus huevos, y los machos los fertilizan.

Ninon rompe a reír con un chiste que le ha contado Emanuela. Se ríe como si la propia risa fuera el chiste, y el chiste hace girar el mundo más y más rápido, de modo que sólo el chiste aguanta y no se marea y se hace más y más grande como el sexo de un hombre, y lanza partículas de luz y de risa y granos de azúcar y, echando atrás la cabeza, traga vino espumoso y juega con las burbujas y se las da con un beso a todo el que llega para unirse a su risa.

Las crías inician el largo camino de vuelta a casa, dice Scoto. Les lleva dos, tres, tal vez cuatro años. Y cuando llegan aquí, *Signora*, no son más grandes que una pulgada de cordón de zapato.

¿Y las anguilas grandes?, pregunta Jean.

Muertas en el mar de los Sargazos. Las crías vuelven solas.

No puedo creerlo, dice Zdena.

Vuelve a oír la risa de su hija. De pronto, echa atrás la cabeza. Por encima de las ramas del manzano, se ve un resplandor de cielo y por un momento, sin comprender nada, Zdena es feliz.

Propongo un brindis, anuncia Federico, poniéndose en pie, un brindis por la felicidad de nuestros hijos.

¡La felicidad!, dice Scoto, acércate, felicidad.

Entonces pasarán a la carne. El mar, que el padre sur convierte en mi Egeo, está en calma. Entre los dedos del Po, el mar se cuela imperceptiblemente hasta la laguna, donde los habitantes cogen mejillones y donde las aguas superficiales volvían antaño locos a los marineros con el deseo de abandonar esta ciénaga y navegar por todo el mundo. La laguna lame el dique que protege algunas casas dispersas, la iglesia y la plaza del pueblo con el banco junto a la parada del autobús. Desde la torre de la iglesia se siente el olor del cordero en el fuego. Más bajo que la plaza y mucho más bajo que la laguna se halla el huerto de los manzanos contiguo a la casa. Detrás de ésta, se encuentra el sótano cubierto de hierba donde están aparcadas las furgonetas y donde Roberto y Gino trinchan ahora la carne. Oigo afilar los cuchillos y la risa de los hombres. El aire huele a lumbre. En el huerto, las mujeres, vestidas con sus mejores galas, y los hombres, con los zapatos del cuero más suave, están sentados en torno a la mesa, repantigados en las sillas o levantados yendo y viniendo de un extremo al otro del banquete, pero todos parecen girar en la órbita de la novia. Ella no los deja ir, ¿o son ellos los que no la dejan ir? Al igual que sucede con los músicos en el escenario, es difícil saberlo; las dos cosas son ciertas. Y. su vestido es un espejo entre las ramas de los manzanos.

Roberto y Gino llevarán hasta el huerto la carne, cortada y servida en tablas de madera cuadradas, largas como un brazo. Tienen la cara tiznada. Al pasar a la carne, algo cambia en el banquete, una última formalidad da paso a algo más antiguo. Rosado, impregnado de ajo, con un intenso aroma a tomillo y a humo de leña, el cordero tiene un sabor animal a carne joven y hierbas recién cortadas.

¡Comamos para el resto de nuestra vida!, dirá cantarina Ninon. Gino y yo fuimos a las montañas juntos, queremos ése de ahí, dijimos, el que tiene el hocico negro, porque lo habíamos palpado, ¡éste es el nuestro! ¿Adonde se ha ido Roberto? ¡Bebamos a la salud de nuestro cocinero!

Llevándose a la espalda sus manos renegridas para no mancharle el vestido, Roberto besa a la novia.

Todos se disponen a comer. Con la carne beberán vino tinto de Barolo. Los invitados empiezan a tocarse con más confianza, corren los chistes y las bromas. Cuando alguien olvida algo, otro se lo recuerda. Se dan la mano al reírse. Algunos se quitan prendas, una corbata, un pañuelo, una chaqueta, un par de sandalias que aprietan de pronto. Las costillitas dispuestas en las tablas invitan a ser comidas con la mano hasta dejar limpio el hueso. Todos comparten.

Los invitados se están transformando en un solo animal bien alimentado. Una criatura extraña para el huerto de una viuda; una criatura medio mítica, como un sátiro con treinta cabezas o más. Probablemente tan antigua como el descubrimiento del fuego, esta criatura no vive más de un día o dos y sólo vuelve a nacer cuando surge otra celebración. Para quienes se convierten en ella, es importante encontrarle un nombre al que responda mientras está viva, pues sólo entonces podrán evocar luego en su memoria cómo se abandonaron a su felicidad durante unas horas.

Luca irá a buscar la tarta nupcial a su furgoneta. Tiene cinco pisos y está decorada con ramilletes de azahar glaseados en tres colores diferentes. En el último piso está escrito en plateado de luna el nombre: GINON.

Con sólo cinco letras estáis los dos, dice Luca. Me di cuenta de pronto cuando terminé de hacer las flores. ¿Sabes lo que voy a hacer, Mimi? Voy a poner GINON. ¡Los dos en uno!

Y éste será para siempre el nombre de la criatura de treinta cabezas nacida en el huerto de la viuda.

Ninon ofrecerá un trozo de tarta a todos los que han acudido a la boda, lo ofrecerá personalmente. Ellos pensarán un deseo, recordarán, saborearán su dulzura. En cada trozo hay pétalos de azahar glaseados.

Lleva una bandeja en alto, contra el pecho. Se detiene frente a cada invitado; sin decir palabra, sonrío y baja sus largas pestañas, de modo que el invitado tiene la impresión de que la novia acaba de hacerle una reverencia. Tras la bandeja, los botones del vestido tiran de los pequeños ojales de algodón. Tiene abiertos los tres primeros.

Las treinta trencitas, que se balancean y giran cuando se mueve, han llevado tanto tiempo y tanta paciencia que ella se propone no dejar que Gino le deshaga más de una por noche después de la boda. Cada noche escogerán la que vayan a destrenzar.

En la mano izquierda lleva el anillo africano de la tortuga, y hoy la tortuga está volviendo a casa, nadando hacia ella, apuntando a su muñeca con la cabeza. En la mano derecha lleva por primera vez una alianza; Gino se la puso en el dedo hace tan sólo cinco horas y morirá con ella puesta.

Poco a poco, todos dejan de hablar y la contemplan. Su andar es tan ligero y, al mismo tiempo, tan solemne.

Os dejo, decía la poetisa Anyte, os dejo, sobre mis ojos la muerte ha extendido su negro manto, está oscuro donde voy.

Los niños salen de la escuela. Algunos atraviesan la plaza a la carrera para ver qué hay en el huerto.

¡Todavía siguen!

¡La novia se ha quitado el chisme ese de la cabeza! Mira ése, el que está echado en la hierba, está borracho.

En las bodas siempre se emborracha alguien, mi madre dice que están esperando la ocasión.

Cuando me case, voy a...

¿Qué hace?

¡Hasta que tú te cases! Primero tienes que encontrar un novio alto...

Nos está haciendo señas.

Nos está diciendo que bajemos.

Se lanzan a trompicones por el terraplén, gritando y riendo. Cuando Ninon se acerca a ellos con la bandeja, les da vergüenza. Cogen un trozo, pero no saben si comérselo ahora o guardarlo para luego.

¡A comérselo! les ordena Federico, no volveréis a probar un pastel tan bueno en vuestra vida.

Chico, que tiene doce años y es el hijo del mecánico del taller de Fiat, la mira tan fijamente que se olvida de levantar la mano y coger un trozo.

¿Cómo, preguntan sus ojos, cómo es por debajo? Nunca había estado tan cerca de una novia. ¿Cómo es por debajo? ¿Es igual todos los días? Ya está medio desnuda. ¿O es diferente, nunca dos veces la misma? Sabe cómo se hace, no hay ningún misterio en ello, ha visto muchos cómics, pero ella es tan pequeña, apenas más grande que él, y el misterio está en su piel, brilla y sale de sus piernas y de su cuerpo y de su cara y de su extraño pelo y de los millones de cosas que puede hacer con ellos. Brilla y reluce y tiene una temperatura y un olor y no para de cambiar con la expresión de sus ojos y con lo que tocan sus dedos cuando acarician. Va a darle algo al hombre con el que se ha casado. Si cierra los ojos, adivina qué. No es lo que sientes con las chicas cuando les pones el dedo en ese sitio. Si cierra los ojos, lo adivina. Va a darle un secreto que es la novia misma. Cualquier soldado sabe que todas las novias son iguales. *Minas* vestidas de novia a punto de confiar su secreto a sus esposos en grandes camas de matrimonio. La cosa es que cada secreto es un secreto que nadie puede adivinar con los ojos abiertos. Por eso continúa siéndolo. Toda ella es el secreto, y el secreto es dulce y cálido, sin nada que roce entremedias, sin nada que los separe y con todo lo que hay debajo ayudando. Puro como las flores de azahar, el secreto de la novia sabe a azúcar. En el árbol que hay bajo el vestido desabrochado, un pajarito está diciendo... ¿qué dice?

¿Cómo te llamas?, le pregunta Ninon.

Chico.

¿Quieres un trozo de tarta, Chico?

Es el momento más caluroso del día. Incluso las mariposas posadas en las amapolas del dique aletean más despacio. Scotto, que vende sandías, va a buscar unas jarras con té

helado a una de las furgonetas. Gino ha encontrado un grifo en el que llena un baño de plástico rojo con agua fría. Los niños sumergen la cabeza y se sacuden el agua del pelo.

Cuando Ninon cruza camino de la casa, se le moja la falda, y siente en las piernas un frescor desigual, más intenso donde las medias de encaje han dejado calar el agua.

En el dormitorio que fue suyo la noche pasada, se pone unas gotas del perfume que le ha regalado su padre. *Saba*. No sabe dónde dormirán esta noche. Gino dice que es un secreto. Tal vez no tengan que dormir...

Zdena ha seguido a su hija dentro de la casa.

Échate diez minutos, pequeñita, dice Zdena, que ha entrado con ella en el cuarto. No debes fatigarte.

¡Mira, están tocando la bocina! Llegan los músicos. Ninon tararea la canción: *El lunes esta loco, pregúntale al viernes*. Están tan locos como Gino, dice. Pregúntale al viernes.

No te fatigues, dice Zdena, queda toda la noche por delante. Échate diez minutos.

¡Fatigarme! Hoy estoy incansable. Podría hacer hoy más cosas de las que has hecho tú en toda tu vida, madre.

Eso es verdad.

Ni siquiera te casaste, ¿no? Ni siquiera cuando te fuiste y regresaste. Tal vez lo hagas algún día, mamá. Te lo deseo. Un hombre apasionado, de espaldas anchas, a quien no conozcas..., y un día le contarás de tu hija Ninon y de su boda en esta casa y del banquete en el huerto.

Zdena no puede impedir las lágrimas.

Ponte un poco del perfume que me ha regalado papá. Ninon le acerca el frasco a su madre. Se llama *Saba*. Ninon está viva, ya lo ves. Esta mañana se ha casado, ya lo ves. Ni se te ocurra que Ninon pueda fatigarse.

Un camión entrará en la plaza y aparcará junto al gran plátano. Se bajarán cinco hombres con el pelo largo y camisetas con las mangas cortadas. Parecen demasiado cansados para hablar o caminar. Dos de ellos se apoyan en el camión, otro se tumba en el banco de la parada del autobús y los otros dos miran al cielo. Tal vez esperan que su propia música les recuerde por qué prometieron venir a tocar a esta plaza olvidada de Dios.

Hace mucho tiempo, un cónsul romano dio un festín para dieciocho comensales en el tronco hueco de un plátano. Fue en la sombra eterna de un plátano donde Zeus se transformó en toro para seducir a Europa. El plátano al que me estoy refiriendo fue plantado sólo hace unas décadas en la plaza de Gorino.

Los músicos desenrollan los cables, enchufan sus equipos. Uno de ellos se sube al árbol. Al igual que los vendedores ambulantes, los músicos buscan el gentío, ponen el puesto, actúan y se largan. La diferencia es que lo que ofrecen no te lo puedes llevar en

una bolsa. Está en el aire. Y, sin embargo, para que pueda estar allí, es necesaria una gran precisión electrónica; hay que comprobarlo todo: ecualizadores, contactos, micrófonos. Esta tarde, los cinco hombres se muestran indolentes en su rutina, como si alguien les obligara a trabajar. Quizá los dioses, de quienes no te puedes fiar.

Nunca había ido tan lejos, se queja el cantante, nuestra próxima actuación va a ser en una balsa en medio del mar. Tiene los nudillos magullados, en carne viva. Relincha en un micrófono, probándolo.

¿Tienen oído los peces?, pregunta el guitarrista. El guitarrista lleva unas gafas muy gruesas y tiene ojos de miope. No creo que oigan, dice, contestándose a sí mismo. Luego rasguea la guitarra y mira interrogativamente al conductor de la furgoneta, que se ocupa de la mesa de mezclas.

«Donde el Po, po, po, sale al mar, mamá», tararea el cantante, que se lió a puñetazos la noche pasada. Ajusta la altura del micro.

«Esto es el culo del mundo», repite como un disco rayado el bajo, que es el único que va con chaqueta.

¡Vete al demonio!, le grita el cantante. La familia de Gino es de aquí. Íbamos juntos a la escuela, y por él tocaríamos en Katmandú, si él me lo pidiera. Estamos en Gorino, ¿te enteras?

Ninon se dirige hacia los cinco hombres. El asfalto de la plaza está cubierto de arena en unas partes; en otras, crece la hierba entre sus grietas y hendiduras, pero ella avanza hacia los hombres como si estuviera cruzando el patio enlosado de su palacio. Su compostura es tal que nadie puede juzgarla.

Gracias por venir hoy, dice.

Fija los ojos en el batería, que se llama Fanegas. Tiene la delgadez típica que acompaña a veces a la percusión. Para tocar bien la batería, hay que escuchar continuamente el silencio, hasta que se rompe en ritmos y, finalmente, en todos los ritmos concebibles. Sucede así porque el tiempo no es un flujo continuo, sino una secuencia de compases. Escuchar ese silencio adelgaza el cuerpo.

Antes de que cualquiera de los otros pueda contestar, el batería coge sus palos y ejecuta un arrastre de timbales.

El ritmo de su carrera —similar al de un niño de piernecitas cortas corriendo veloz por varios pasillos— le recordará a Ninon aquel proyecto de niña de tener una casa en la que todas las ventanas tuvieran vistas al mar. La carrera no cesa.

Cuando le pone fin con un golpe en los platillos, y se ha apagado el último eco y vuelven a oír cantar a las cigarras entre la espesa hierba de detrás de la iglesia, Ninon dice: Venid a ver a vuestro amigo Gino, mi marido.

Y Fanegas, el batería, añade tres palabras: Esta noche estrellas...

Gino y Ninon serán los primeros en salir a bailar. La novia, le anunciará, va a bailar, ¿le gustaría a su esposo acompañarla? Y bailan solos para que todos los vean y recuerden.

Pronto se les unen otras parejas. La música suena muy alta. Atrae a todo el pueblo a la plaza. Los camareros sirven vino. Federico organiza un juego en la hierba para los más pequeños. El sol está bajo en el oeste, y cada vez hay más gente bailando en la pista: una tarima de planchas de madera dispuesta delante del grupo para nivelar el suelo. Las planchas son del mercado de pescado de Comacchio. Hay muchos espectadores, incluso un hombre en una silla de ruedas. Sólo al perderse entre el resto de las parejas, sienten Gino y Ninon que la música se acerca a ellos.

Es extraño cómo cambia el lugar del que procede la música. A veces se mete en el cuerpo. Ya no entra por los oídos. Se instala en él. Cuando dos cuerpos bailan juntos, esto sucede rápidamente. Oyen entonces la música que se está ejecutando como si fuera una grabación, una millonésima de segundo posterior, de la música que ya está sonando en sus cuerpos. Junto con la música entra en el cuerpo la esperanza. Todo esto lo he aprendido en El Pireo.

En la pista improvisada en la plaza de Gorino, las parejas bailan en el crepúsculo. Fanegas ha encontrado en el silencio el más rápido de los compases.

Zdena baila entre los brazos del guardavías, que, debido a su parecido con cierto actor de una película checa, está destinado, cree ella, a ser su amigo. Dondequiera que Jean deje sus huellas, estarán también las suyas, a su lado.

El guitarrista se contorsiona para impedir que la guitarra eche a volar, como un tucán, hacia el cielo nocturno.

Hoy a Zdena no le duelen los dedos. Sus caderas y sus hombros le cuentan calladamente a Jean todo lo que no ha sucedido. Luego ella le contará lo de los reclamos y le preguntará si él cree que debe dárselos a Ninon.

El ritmo entra en la sangre de Ninon, desafiando el número de linfocitos, Nk y Beta 2. Hay música para Gino en mis rodillas, dice su cuerpo, música bajo mis clavículas, en mi pelvis, entre los dientes, encima de mis nalgas, en todos mis agujeros, en el rizado perejil negro de mi entrepierna, bajo mis brazos, bajando por mi esófago, llenando mis pulmones, en el intestino grueso y en el intestino delgado, hay música para Gino, música en los huesecillos de mis manos, en mi páncreas y en el virus que me matará, en todo lo que no podemos hacer y en las preguntas sin respuesta que hacen mis ojos, hay música que suena con la tuya, Gino.

El grupo deja de tocar, y Gino se encuentra frente a Ninon y dice: Podemos hacerlo, ¿no?, podemos hacerlo sin hablar de la felicidad.

Ella duda, luego lo besa en la boca, con lágrimas de felicidad anegándole los ojos.

¿Qué haremos antes de la eternidad?

Tomarnos algún tiempo.

¿Bailar descalzos?

Ella se desprende de los zapatos y los lanza fuera de la pista. Luego, remangándose y extendiendo discretamente el vestido, se agacha y mete los brazos bajo la falda para desabrocharse y quitarse las medias blancas de encaje. Y a partir de entonces baila

descalza sin música sobre las tablas, que son suaves como un mantel de tantas veces que las han fregado las pescaderas de Comacchio. Bailando así, Ninon parece más una vagabunda que una novia. Como si un caballero hubiera venido a llevársela en su caballo, como había profetizado el calvo en el autocar camino de Venecia. Marella y Lella sirven más vino. El cantante se seca la cabeza con una toalla. El guitarrista se examina la mano derecha; tiene los dedos con los que puntea manchados de sangre. El batería camina solo por el dique. Han salido las estrellas. Dante dice: En su infinita profundidad, vi recolectadas y unidas por el amor en un solo volumen las hojas dispersas de todo el universo.

Ninon encuentra a su padre y le da un beso, como si con él y sólo con él pudiera volver a ser una niña.

Papá, ¿me llevarás mañana a dar una vuelta en la moto? Será mi primer día de casada.

He traído un casco de más.

¿Rápido?

Rápido, si tú quieres.

Nunca me da miedo contigo.

Vendrán más habitantes del pueblo a la pista. Los músicos volverán a tocar. Las viejas bailarán juntas para volver a sentir la música en sus cuerpos.

La música empezó —eso lo saben todos los músicos de *rembetica*— con el aullido de una pérdida. El aullido se convirtió en una plegaria, y la esperanza que encierra la plegaria hizo nacer la música, la cual nunca olvida su origen.

En ella, esperanza y pérdida forman una pareja.

¿Por qué tienen que tocar tan alto?, pregunta un pescador que se ha puesto una impoluta camiseta blanca que deja ver el águila tatuada en su hombro. Cuando yo era joven, bailábamos con un acordeón. Y nos bastaba. ¡Se van a quedar todos sordos estos jóvenes! *Gesù María*, mira como baila la chica.

Tocan alto, contesta el hombre en la silla de ruedas a su lado, para alejar el estrépito del mundo. Las cosas como son.

¿Qué?, pregunta el pescador.

¡Tú sí que estás sordo!

¡Mírala!

El inválido gira la silla de ruedas para quedar frente por frente de su contrincante habitual, quien, además, es su cuñado. Hoy, repite, tienen que acallar el estrépito del mundo. Tienen que interceptarlo subiendo el volumen. Vuelve a girar la silla para seguir deleitándose con la visión de las parejas bailando. Sólo entonces pueden decir lo que tienen que decir. No había el mismo estrépito cuando nosotros éramos jóvenes. Nosotros no teníamos que acallar nada. Era un mundo muy tranquilo el de entonces. Aquí era muy tranquilo.

Gesù! Y se supone que es la novia, ¿no?

¡Está enamorada!, dice el hombre de la silla de ruedas como si estuviera a punto de romper a cantar, ¡enamorada, Raimondo!

Parece una fulana. *Puttana!*

Ninon baila descalza enlazando a Gino por la cintura, con los dedos bajo las trabillas de su cinturón. Las trencitas vuelan en círculos, giran, como un juego privado de ambos.

Cuando tenga el primer brote de pulmonía y Gino se vaya al mercado y ella se quede en casa en la cama, le rezará a Dios: El mundo es malvado —¿cómo no lo ve nadie?—, el mundo es malvado. Y Cristo es la salvación de este mundo, dirá su alma en silencio; no era, no será, es. En un espacio mayor que el universo, el mismo espacio que hacemos todos nosotros con los ojos cerrados, todos los vivos, todos los que han vivido, todos los que vivirán, ahí en el agujero más oscuro, llenando un espacio mayor que el universo, El muere y salva. El aire lastima mi cuerpo. Todavía es temprano, los coches están arrancando. Gino volverá a las cuatro.

Desde su banqueta, el batería golpea una constelación tras otra. Los invitados se dicen que nunca habían estado en otra boda igual. Ninon alza los brazos y cubre la cabeza de Gino con las manos. Los dos están de puntillas.

Cuando ya no tenga fuerza en las piernas para caminar, Gino la empujará en una silla de ruedas como la del cuñado del pescador, y Federico inventará y soldará a los brazos de la silla una mesa especial para que pueda comer en ella.

Ahora le acaricia la mejilla y se vuelve para bailar sola para él. Posada como un pájaro contra el viento, se deja ir y volver una y otra vez a la misma posición mientras con las manos atrapa los ritmos del aire.

Una noche dirá: Me voy a morir.

Como yo, contestará Gino.

No tan pronto como yo. No he hecho nada en la vida.

Has hecho feliz a mucha gente.

Quiero beber algo, Gino.

¿Zumos de naranja?

No. ¡Ginebra!, una botella entera.

El grupo toca *El lunes esta loco, pregúntale al viernes*. Ninon está entre los brazos de Gino. En las piezas lentas, el corazón del dolor guarda siglos de una esperanza irreprimible.

En el mercado de una ciudad italiana, una madre empuja un cochecito de niño camino de la carnicería; tiene las piernas blancas todavía. Se para a saludar a Marella, que se asoma por encima del cochecito —tiene la capota echada y un fleco de encaje blanco que la madre cortó del vestido de novia para proteger al bebé del sol—, hace un gorgorito y dice: Es clavado a Gino, ¿no? Esto, que nunca sucederá, está, sin embargo, presente en la música que está bailando el día de su boda.

Cuando el tiempo es compás, como en la música, la eternidad se encuentra en los vacíos entre uno y otro.

Ninon estará tumbada bajo las arcadas del jardín del hospital, y su amigo Filippo, uno con un gorrito de terciopelo color cereza, la mirará con sus dulces ojos irritados y dirá: Lo peor no es que estemos condenados a morir. Lo peor es lo viejos que somos. Ando como un viejo. Me arrastro subiendo las escaleras como un viejo. Me agarro el estómago como un viejo. Escúchame con los ojos cerrados, cierra tus bonitos ojos, Ninon. Un vejete de ochenta años, dirás, un vejete balbuceante. Entre una primavera y el otoño siguiente envejecemos cincuenta años. Eso es lo peor; y eso es el resultado de nuestra pequeña tropa de enfermedades, a cada cual más despiadada. Hasta que dan con uno de nosotros, Ninon, son enfermedades normales, casi inocentes. Cuando nos encuentran, se lanzan al saqueo y a la masacre. Y Filippo la mirará, con las manos temblorosas, con los ojos dulces. No es que nos ataquen, es que nos odian, Ninon. Estos —los enfermos de sida— no se pueden defender, se dicen unas enfermedades a otras, éstos son una mierda. Y Filippo se quitará el gorrito color cereza y se lo volverá a poner con mayor garbo, si cabe. Y por eso envejecemos de esta forma tan terrible. Por lo demás, encanto, no te preocupes, no pasa nada. Por lo demás, dirá tristemente Filippo, somos pura luz.

Todo el frente de Ninon, de la barbilla a la punta de los pies, está en contacto con el de Gino, y es ella la que hace que se muevan las piernas de él, ella, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo.

Intentará peinarse todas las mañanas, pedirá que le ponga el reloj en la muñeca, tendrá un gotero de morfina, y con los ojos cerrados, su piel sentirá la mano de Gino alejándole el miedo, y la mano sentirá el calor, que es lo único que quedará, como un beso, pegado a sus huesos. Pesará diecisiete kilos, y sus ojos, las largas pestañas hundidas en las cuencas oscuras, lo mirarán fijamente.

Por una cascada de sonidos en la que todo se ralentiza, el cantante, que se lió anoche a puñetazos, grita: «...pregúntale al viernes».

¡Hagamos una anguila, Gino, bailemos el baile de la anguila! Brinca de piedra en piedra, acuéstame en un prado y sigue por la orilla, baja patinando las escaleras de la estación donde están en huelga nuestros amigos, salta a la furgoneta y tumbate con toda la mercancía en la cama, agazápate en el café, detrás del mercado, escala la pirámide, gira suave entre mis brazos, échate un bailecito en el tren con los soldados muertos que han venido a nuestra boda, lánzate a la carrera por los pasillos de las oficinas donde no quieren conocernos, vuela entre el agua y el cielo de mi boca, que dijo yo lo hago, me llevo a este hombre para bailar con él, agáchate para hacer un escalón con nuestros muslos y subiéndote a él alcanzas la luz de la cocina y cambias la bombilla, baila hasta que nuestros invitados hayan partido, vuelve a hacer la anguila, para siempre jamás, Gino.

Ya no será capaz de hablar. Para humedecerle la boca reseca con unas gotas de agua tendrá que utilizar una jeringa. No tendrá fuerzas para mover nada, salvo los ojos, que lo interrogan, y la punta de la lengua para tocar las gotas de agua. El se echará a su lado. Y una tarde, ella reunirá fuerzas para levantar un brazo, dejando la mano en el aire. El la tomará entre las suyas. Tendrá puesto el anillo de la tortuga. Permanecerán así, con las

manos en el aire. La tortuga nadará hacia fuera, alejándose. Y Gino la seguirá con los ojos y entrará con Ninon en la eternidad.

Los músicos están recogiendo. Una o dos parejas siguen bailando al son de la música que tienen todavía en la cabeza. Ninon está de pie, frente a Gino. Un poco antes, él la estrechaba contra su pecho y sintió una erección. Tiene el traje de novia sucio, como una bandera después de la batalla; la piel, brillante, los pies, negros. Mueve la cabeza como si se estuviera sacudiendo el agua del pelo. Las treinta trencitas se ponen a dar vueltas frenéticas. Se para. Ya no giran, sólo tiemblan ligeramente. Ahora, dice, ahora ha llegado el momento de que me deshagas una...

No bastaba un *tama* con un corazón de hojalata. Me quedé preocupado desde el momento en que el guardavías dijo «de todo» y supe —o pensé que sabía— a qué se refería. Era necesario otro exvoto; esta vez no sería de hojalata, sino de voces. Aquí está. Ponedlo junto a la vela cuando recéis.